AMOR BRUJO

ROSALBA ALIAGA SARMIENTO

AMOR BRUJO

NOVELA





BUENOS AIRES

M C M X X I I I

Señorita Rosalba Aliaga Sarmiento

Distinguida Señorita:

El nuevo libro que ofrece Vd. ahora a sus muchos lectores, — y cuyas pruebas ha tenido a bien someterme en demanda de mi humilde opinión, — me ha parecido, en efecto, un libro de amor. ¿De amor "brujo"? Talvez, por lo que el amor comporta casi siempre de superstición y engaño. Pero seguramente, nó, en cuanto la brujería implica pacto con el diablo.

Ninguna de sus heroinas parece tener trato con el siniestro señor de las tinieblas, estando todas ellas, por el contrario, más cerca de los ángeles buenos que del Malo. Todas son sensitivas, idealistas, quiméricas. Todas aman, sufren, sueñan, esperan y lloran humanamente; es decir, sin que influencia alguna sobrenatural intervenga en sus destinos. Y he aquí, a mi ver, que el mérito de su libro reside justamente en su humanidad; o lo que es lo mismo, en la emoción de sus personajes sin cesar perturbados, por inquietudes del sentimiento. Acaso por eso alguien los acuse de sentimentalismo. ¡Sentimentalismo! ¿Cómo disociar los sutiles matices de la sensibilidad y la ternura, para fijarles un exacto límite? ¿Pueden por ventura ser regimentados los modos de sentir, tan diversos como los temperamentos? De ingenuas, sí, talvez me atreviera

a acusar a tal cual de sus heroinas. Pero acaece que, precisamente por ser mujeres, la ingenuidad les agrega un nuevo encanto...

No sé si con lo dicho he conseguido sugerir que es el suyo un libro característicamente femenino. Sensibilidad, ternura, idealismo... Tan nobles elementos de belleza artística, modelados por una inteligencia fresca y expontánea ¿no conseguirán aplacar a los pisahormigas literarios que pululan por ahí, y que en vez de aplicarse a comprender el sentido profundo de los libros, se arman de un cuentagotas para destilar — junto con su propia bilis — posibles fallas de composición y de lenguaje?

¡Allá ellos! Prefiero, por mi parte, inclinarme deferentemente ante las cualidades de su obra, saludando en ella un aporte de valía para nuestra literatura femenina, en la que tanto abunda el feminismo y tanto falta la feminidad.

JEAN PAUL.

Bs. Aires, Junio de 1923.

A mi querida prima:

Rosalba Quiroga Sarmiento de Conforti.

AMOR BRUJO

I

Hacía apenas un minuto que acababa de darle un cordial apretón de manos a su mujer en el "hall" del pequeño nido; y ahora iba a su lado, con apariencia de autómata, la mirada vaga, el alma ausente.

Era curioso; ya una vida los separaba, ya todo había muerto, y he aquí que estaban juntos, caminando a la par, como si nada hubiera pasado entre ellos.

El corazón de Malena Jiménez golpeó con fuerza, pero aquel martilleo repercutió con un ruido hueco, sordo...

No, no, allí no había nada... ¡Qué le importaba a ella después de todo! El se ofreció a acompañarla, y con los ojos muy abiertos, y con fijeza de sonámbula veía la escena de hacía un instante...

El sobretodo puesto de prisa, la despedida precipitada, la excusa a la crédula esposa, el reclamo de

los chicos que estiraban sus bracitos para que los besara el padre antes de marcharse.

El silencio era un calderón que prolongaba la vibración de sus almas, ¿acaso él? Se detuvo asustada del vuelo de su mente. ¿Qué pensaría? ¿Por qué no hablaba? Pero chit... que ya musitaba frases entrecortadas, como si quisiera romper el hielo...

—Ha dejado de llover... ¿Te gusta caminar? ¿Sí? Pues... entonces podemos llegar a pie hasta la Avenida; el frío recrudece, y no nos vendrá mal un poco de ejercicio.

Ella respondióle vagamente, y cual si estuviera empeñada en salvar sus elegantes zapatos de los charquitos de agua formados aquí y allá, siguió a su lado en silencio. Ambos parecían empelidos por una fuerza ignota.

La tarde, de un gris azulado, sacudía su plumaje de nieblas, y como si la lluvia persistente de las últimas horas, hubiera sido una intermitencia en la circulación de la gran ciudad, comenzaba de nuevo el hervor de vida. Cruzaban los ómnibus atestados de gente, las sirenas de los autos, recorrían todo el diapasón de sus agudos, y al grito de los vendedores de diarios se unía la música de los cafés, que se desprendía como un vaho sonoro por las grandes puertas de cristal.

Una ráfaga del sudeste barrió las veredas, la silueta de la muchacha se delineó bajo la tela oscura de su traje.

Habían cruzado la calzada, él la miró por primera vez a los ojos, como ansioso de sorprenderla, de robarle aunque fuera a traición algún pedacito de su alma.

Ella hizo un gesto hermético, huraño, sus párpados se bajaron cubriendo con pudor una lucecita muy tenue, un puntito de oro, que se había puesto a danzar en el iris de sus grandes pupilas, y que sentía se

agrandaba, se agrandaba, tomaba la forma del pensamiento, y hubiera llegado hasta el alma de él, como un trasunto de vida interior, o como la dorada saeta de un recuerdo...

¡No! El debía ignorarlo. ¿Cómo volver al pasado? A las tumbas solo se va a depositar la ofrenda de una lágrima, o la pureza de una flor. ¡Y aquel pasado era una tumba!

La voz de él se alzó con blandas inflexiones de ternura.

—Malena... ¿Qué piensas? ¿Por qué no me hablas?

Mezcladas al ruido del tráfico sus palabras le llegaban en retazos; sin embargo, la última frase se quedó enganchada en su mente, oscilando, desflocándose al viento de su emoción...

¿Podía ella hablarle? ¿No comprendía que rememoraría fatalmente los días lejanos, las horas venturosas que se llevaron algo de su propia alma; y que ante la frase trivial encargada de disfrazar su verdadero sentir prefería el silencio?

¿Creía acaso que lo había perdonado?

Mordióse los labios con frenesí; brotó la sangre, desfiguróse el dibujo de su conmisura perfecta; los dientes fuertes y agudos como puñales apretaron con furia de tenazas.

Luego lanzó un tenue gemido, y con ademán rápido, su mano nerviosa enjugó la amapola viviente de su boca, y una mancha roja se extendió en la batista del pañuelo.

Y se repetía aquello que se le antojaba una burla.

¿Qué podía decirle? ¿No estaba todo dicho? ¿No había el destino hablado ya por ellos?

Anochecía; las vidrieras se iluminaban, aquí brillaban las sedas de tonos cambiantes, más allá parpadeaban las joyas en los escaparates de cristal.

¿Y toda aquella gente afanada, que pasaban ante

su mirada extática, como visiones de una pesadilla?

¡Oh, si ellas supieran! ¡Si ellas supieran su drama íntimo, su íntima tragedia!

Jaime habló de nuevo, su voz temblaba.

—Malena... escúchame...

Asióla suavemente del brazo.

—¿Tú no tienes prisa por volver a tu casa, verdad? Y yo... necesito hablarte... no puedes negarme eso, Malena... no... no puedes...

¿Por qué calló con un gesto de aquiesencia? ¿Por qué no huyó de aquel hombre apasionado, que sin duda iba a decirle cosas que ella no debía oir?

¿Era que la hora de la venganza tanto tiempo esperada en la sombra de su dolor solitario había sonado? ¿Qué plan meditaba, qué pasaba en ese corazón juvenil prematuramente envejecido por el desencanto? ¿Era que el antiguo amor volvía a adueñarse de su ser?

Se dejó llevar. El, ajustó su paso al pasito menudo de ella.

Formaban una bellísima pareja, los transeuntes se volvían a mirarlos, impresionados por el hechizo de aquella joven pálida de ojos profundos, que caminaba con aire de autómata...

Entraron en una confitería, el salón estaba desierto, una mesita apartada los reunió en un tête a tête, la luz era difusa, las medias tintas que ponían un barniz de misterio en las cosas, ponían también un antifaz de sombra en sus rostros. Acudió el mozo; pidieron te; ella desnudó sus manos largas y tersas y quedóse abstraída. Luego se miraron; en los ojos de él había una chispa de orgullo por aquel pequeño triunfo, en los de ella, se reflejaba una desconcertante sorpresa de sí misma... ¿No estaba corriendo una especie de aventura, con aquel canalla de su primo que fué su novio, y la olvidó por otra mujer?

Jaime Arriola cortó sus pensamientos.

—¡Que bien se está aquí, Nenita!... ¿No ves? ¿Qué mal hay en ello?

Al escucharlo sintió un escalofrío... ¡Nenita! El nombre de otro tiempo subía de nuevo a sus labios.

Aparentó no haberlo notado.

De la calle les llegaban gritos aislados, el ruido del trolley; ellos habían enmudecido de nuevo.

Jaime contemplaba los movimientos de Malena llenos de suavidad voluptuosa, y su gracia penetrante, que era como una aroma que se desprendía de su ser.

Un suspiro traicionó su angustia, y su mano varonil aprisionó la diestra de la muchacha, ella intentó libertarla, pero los dedos de él se crisparon y la retuvieron con frenesí a riesgo de maltratarla.

—Déjame... ¿estás loco?

—¿Loco? ¡Sí!... ¿No lo comprendes? ¡Esto es morir mil veces!

Malena sintió que un sollozo se extrangulaba en su garganta, y que todo su encono, todo su dolor latía en aquel sollozo!

Adivinó en sus labios balbucientes palabras que le era odioso oir, y que, sin embargo, en el fondo de su corazón las esperaba con ansiedad de demente.

—¡Te amo — murmuró él — te amo, la vida fué cruel... equivoqué la senda... perdóname; a nadie amé jamás... solo a ti!

Ella reaccionó; una risa seca, cortante, irónica, la sacudió.

—¡Miserable! ¡Aun te atreves a hablar de tu amor!

La interrumpió con un gesto.

—¡Sí... y no me avergüenzo de él, puesto que es lo único cierto, la única verdad que hay en mí!...

—¿Qué dices?

—Dios sabe que soy sincero, cuántas veces soñé con este instante, en que pudiera contarte mi cuita, explicarte el por qué de mi conducta...

—¡Basta! No me interesa el tema; no creo en el amor. ¿Tú eres tan necio para creer en el?

Rió; y en su risa, habían lágrimas.

—Hace muchos años que perdí la fé, que supe lo que era la mentira, el olvido, el dolor...

Buscó a tientas su cartera, sus guantes y salió.

Jaime comprendió que se iba; aquella vez para siempre, y un torcedor de angustia estrujó su corazón.

Arrojó el dinero sobre la mesa, corrió hasta la vereda, miró hacia todos lados como un náufrago, perdida la esperanza, indagando enloquecido el rumbo que había seguido la muchacha.

La gente se agolpaba en las mesitas de la Avenida, todo era bullicio, luz, movimiento, en las aceras se estacionaban los floristas callejeros, con sus canastas desbordando violetas y claveles.

Jaime nada veía, nublada la mente, sangrante el corazón.

Hasta que por fin distinguió su silueta. Malena hacía detener un taxi, ya su mano abría la portezuela, y ponía el pie en el estribo, cuando Jaime jadeante llegó a su lado.

Ella lo miró como si despertara, y quedó asombrada de la expresión de aquel rostro descompuesto, que revelaba tanto dolor, tanta rebelión contra el destino.

Jaime notó su aire desconcertado, y con una decisión que no admitía réplica la empujó hacia el interior del vehículo; dió las señas al "chauffeur", que impasible presenciaba la escena, y subió tras ella...

II

La luz tamizada por los "abat-jour" chinescos esfumaba los contornos de las cosas.

Una sedante vaguedad de medios tonos, amalga-

maba lo fantástico con lo real en una sola pincelada de misterio.

Aquel coqueto cuarto de soltera, enguantado de seda, con muebles de laca y mullidos almohadones, era testigo del quebranto de Malena Jiménez.

Aun estaba sobre el sofá el sombrerillo de ala "cloche", que tan bien sentaba a su fisonomía, la cartera con su monograma de oro, los guantes de piel de Suecia perfumados de violeta...

Acababa de llegar. Consiguió deslizarse hasta su cuarto. Echó un vistazo al espejo y quedó aterrada de la llama que ardía en su mirada. Caminó vacilante hasta un diván y dejóse caer como un cuerpo sin vida.

Su cabeza se agitó entre los almohadones, sus ojos se cerraron, y las largas pestañas pusieron una sombra azul, en el rostro lívido.

Su respiración se hizo fatigosa, luego sollozó muy quedo, y ajena a cuanto la rodeaba, vivía con la imaginación el penoso momento de esa tarde.

El auto rodaba con velocidad de vértigo, en vano ella intentó detenerlo, creía oir sus propias palabras de angustia y de temor. ¿Dónde vamos? ¿Dónde me llevas?

La Avenida Alvear con su asfalto bajo la lluvia, como un bruñido espejo donde los focos eléctricos dejaban un reguero de estrellas, aparecía en su mente.

Los jardines, el tranquilo lago vestido con una ligera muselina de niebla, se le antojaban visiones sutiles de un ensueño. La voz de Jaime despertaba todo su dolor, todo su encono, guardado durante tantos años, y sentía el ansia loca de herirle, de maltratarlo, de hacerle sufrir su desprecio, y el peso de su orgullo.

—¡Quiero que sepas que te amo y que mi vida es un tormento! — musitaba él.

Buscó su mano y la besó con arrobo en el tibio nido de la palma...

Malena sin una lágrima, con el rostro ardiendo de pudor y de ira, se apartó de su contacto con un movimiento instintivo; apretóse contra el rincón opuesto del coche, y le miró con odio.

—Bien sabes cuán inicua fué tu conducta; jamás debiste hablar de aquella mentira de otro tiempo... ¿O es que crees poder engañarme de nuevo?

Sus palabras salían de sus labios silbantes como dardos que buscaban la carne para enterrarse... Se diría que su anhelo era abofetearlo en pleno rostro, humillarlo...

Y sin esperar su respuesta golpeó con los nudillos el cristal del auto, y dió orden al "chauffeur" que volviera.

Jaime no se atrevió a contrariarla.

El regreso fué silencioso, ella terca, obstinada, huraña; él hablando como quien delira de aquel amor que era imposible entre ambos.

Y Malena recordaba como ella descendió de pronto, en cualquier calle del centro, por librarse cuanto antes de su compañía, recordaba el golpe seco de la portezuela, y el mutismo hermético de sus labios que no acertaron ni a decir ¡adiós!

Y allí estaba, marchita, sin ánimo para moverse, como si toda su vida se hubiera reconcentrado en su facultad de recordar, de odiar...

¡De odiar! ¡Sí; sólo ese sentimiento creía poder albergar en su corazón herido de desencanto! Y aquel momento de soledad nostálgica y desconsolada trajo a su memoria la honda melancolía de estos versos de Becquer:

Como enjambre de abejas irritadas
de un oscuro rincón de mi memoria
Salieron a perseguirme los recuerdos
De las pasadas horas...

III

Se le antojaba que fué ayer no más, cuando llegó de su lejana provincia andina, aquel muchacho todo gallardía, sano de cuerpo y de alma, que traía aún en la ancha frente pensativa, el beso del sol de sus montañas, y un no sé qué de infinito y profundo en la mirada...

Se le antojaba que fué ayer no más, y sin embargo, habían transcurrido muchos años...

Muchas primaveras se llevaron al estudiante a sus montañas, muchos inviernos le trajeron de nuevo.

Veíalo con la imaginación entrar a su casa y dirigirse al escritorio de su padre.

Malena era traviesa, alegre, locuaz, de frívola apariencia, pero no dejaba de interesarse ante el misterio del espíritu de su primo, que adivinaba profundo, tierno, reconcentrado.

Jaime con las pupilas siempre desplegadas en el hábito de escudriñar almas, comprendió a aquella muchacha exquisita, dúctil, sensible, que tenía un jilguero en el corazón, y una caricia en la mirada.

Malena que había leído largas descripciones y relatos de vida de provincia, experimentando una paz desconocida, una quietud llena de exquisitas vibraciones interiores, se preguntaba si esa languidez, si esa melancolía de Jaime, no era la sombra de añoranzas no confesadas, y tuvo celos de esos afectos, que sospechó profundos.

Malena y Jaime se amaron.

Recordaba la plenitud de aquel ensueño, el despertar de sus almas al primer amor, y su recordación la llevaba al delirio.

El primer beso, las manos que se buscan, sus ojos en sus ojos, sus labios en sus labios. ¿Por qué no murió entonces? ¿Por qué conoció el día de mañana, la

verdadera existencia, por qué aquello era un ensueño?...

Todo amor es un ensueño; la realidad es brutal, calcula, razona, lleva siempre tras de la oreja un lápiz para echar sus cuentas como el comerciante tras del mostrador.

¡Malena lo ignoraba!

Un día la muerte entró en su casa, faltó el padre, el sostén; fué el derrumbe, la fortuna mermó, quedaron Malena y su madre, reducidas a la pobreza.

Jaime acababa de terminar su carrera, la muchacha pensó en su boda como en una salvación...

Se iría con su amado, a la dormida provincia andina, donde él ejercería su profesión de médico.

Se iría con su amor, lejos de todas esas penas, a comenzar una vida nueva... y a través de sus lágrimas sonreía a su ilusión.

Y ávida de ternura, ávida de paz, veía su futuro hogar...

¡Cuánta dulzura, qué sedante bienestar! La calle arbolada y fresca, con su acequia de agua clara, la casita pequeña, soleada; un saloncito coqueto, con grandes ventanales al huerto, donde habría joyantes fru frus de alas, y poéticas flores del aire.

Allí tendría su piano, sus libros favoritos, su cestillo de labores; en la otra ala del edificio estaría el consultorio de Jaime, todo blanco, estucado, con sus vidrios opacos y su mesa de operaciones.

Jaime hizo por entonces un viaje a su provincia, llamado por su madre; a fin de ultimar los trabajos de instalación; lejos estaba Malena de sospechar que la realidad brutal, la que saca cuentas, suma o resta, se hallaba aquella vez encarnada en la varonil figura de la tía Carlota.

Esta señora, mujer positivista, calculadora, cuyas opiniones se acataban en la familia sin discusión, que

había dominado a su marido a quién manejaba a su antojo, que había casado a sus hijas según su capricho, con hombres ricos, único mérito a sus ojos, y cuyo carácter hombruno la llevó más de una vez a inmiscuirse en asuntos políticos de su provincia, con el acierto y la astucia de un caudillo, tenía ya resuelto el porvenir de su hijo, desde que supo la precaria situación de Malena.

Jaime se defendió como pudo, dió razones de orden sentimental, arguyó que había dado su palabra a su prima, y que caballerescamente, debía cumplir su compromiso.

Misia Carlota le trató de loco, de visionario, sólo así podría ocurrírsele pensar en un matrimonio con una niña pobre...

—¡Pobre! — le repetía como para hacerle abarcar toda la desconsoladora significación de esta palabra. — ¿Te das cuenta lo que esto representa?

Suponía que aún le quedaban dos dedos de frente para no venir a hablarle del primer amor, y todos esos romanticismos y boberías de muchacho... ¡Ya le encontraría ella una heredera con buenos campos y varios miles de vacas!

Pasó el tiempo, las cartas de Jaime efusivas y llenas de protestas al principio, fueron cada vez más lacónicas, parecía de pronto avaro de sí mismo, avaro de su pensamiento...

Malena tuvo miedo de ver demasiado claro, hasta que por fin Jaime dejó de escribirle. En vano ella lo hizo varias veces desconsolada; sus cartas quedaron sin respuesta.

Vinieron entonces los días trágicos; tenía la sensación de que había muerto algo de su propio ser, en aquella ruptura. Mas no fué eso todo, le estaba reservado a la ingenua muchacha ignorante de la vida, un dolor más atroz aún...

Jaime se casaba.

La madre había triunfado, bien sabía ella que en el carácter de su hijo había una falla; la falta de voluntad.

Aquella era la puerta siempre abierta a los planes de esa mujer ambiciosa!

Ante tan terrible golpe Malena quedó desorientada, anulada, incapaz de un esfuerzo por volver al natural equilibrio.

El tiempo, sin embargo, que amontona cenizas sobre las hogueras más fragorosas, el tiempo con sus días que van cayendo como hojas muertas sobre los surcos del corazón, ocultando las huellas más profundas, echó una palada de olvido sobre la tumba de ese amor.

Convirtióse en otra mujer, aquel cataclismo engendró en ella una personalidad nueva, hubo por decir así, un desdoblamiento de su ser moral, tornóse fría, indiferente, descreída, y cuando prestó oídos al amor, fué con un secreto anhelo de hacer sufrir a los otros, en la medida que ella sufriera.

IV

Algún tiempo después de las escenas descriptas, Malena Jiménez, rasga con mano temblorosa, una carta que acaba de llegarle.

Mira con avidez una escritura desigual, casi ilegible, pero que a pesar de los años transcurridos, reconoce...

Recorre los renglones rápidamente, las lágrimas le ponen un velo ante los ojos y los caracteres emprenden una zarabanda extraña.

Poco a poco, su emoción se va aquietando, el corazón vuelve a su regularidad, se sienta ante un secretaire y de codos, con la cabeza entre las manos lee.

Por su desgarramiento espiritual, Jaime Arriola

destila en aquella misiva gota a gota su amargura, amontona recuerdos, y hay momentos en que diseña a grandes trazos una fisonomía moral, que Malena no conoce, y cuyos rasgos aparecen desfigurados por la pasión.

Hay gritos emanados de lo íntimo de su ser, hay rebeliones supremas, angustias profundas por lo que es, y desesperación ante lo que pudo ser.

Hay momentos de desvarío, en que su pluma corre dócil al dinamismo interior de su quimera, y habla de su amor con fé, con ardor, olvidando los obstáculos que lo separan de Malena.

Luego vuelve al desconsuelo, la llama como a un ser lejano, como a una muerta; pero de pronto la pasión se adueña de su ser, y hace proyectos descabellados, se diría que es víctima de un rapto de demencia.

Al final se alza un grito que es un ruego o un desafío...

"Si aun me quieres, abandónalo todo y huyamos juntos..."

Malena se siente anonadada, pues en medio de su turbación comprende que el antiguo amor está latente en ella; las raíces de aquella planta de juventud han llegado muy hondo...

En la estancia, testigo de esta lucha de emociones y sentimientos en pugna, se oye, una voz cálida que exclama:

¡Jaime... Jaime... tuya hasta la muerte!

V

El timbre del teléfono arrancó a Malena de su ensoñación, con mano indolente alzó el aparto portátil y descolgó el auricular.

—¿Quién es? — inquirió con displicencia. — Mas al oir la respuesta, su rostro se coloreó, llamearon sus

ojos, y con voz ahogada, temerosa de que aquello fuera una burla de sus sentidos, repitió enajenada la pregunta.

Transcurrió un segundo, luego lanzó una exclamación de alegría.

—¡Jaime!

La sorpresa entrecortaba sus palabras, y sus respuestas se volvían un susurro muy quedo, muy dulce, como una caricia... luego reaccionaba sobre sí mismo, y su tono se esforzada por ser severo.

—¿Cómo te atreves? ¡Calla! ¡No! ¡Eso nunca! No.... no puedo...

Se oyeron en el "hall" unas leves pisadas, y ella dijo anhelante:

—Alguien viene... es una imprudencia; no me atormentes, Jaime.... ¡eso jamás!

Los pasos resonaron a la espalda de la joven. Ella experimentó un sobresalto.

Acaso era su madre o alguna de sus hermanas, e iban a sorprender su secreto. Jaime mientras tanto, continuaba sus ruegos apasionados.

Malena pensó que debía alejarlo, poner fin a aquel diálogo, aún a riesgo de un engaño, y ofuscada, sin medir el valor de sus palabras, sus labios descoloridos, balbucearon una promesa, que Jaime acogió con júbilo.

Aparentando una tranquilidad que estaba lejos de sentir, colocó el aparato en su lugar, y con mirada inquisidora indagó en derredor; pero el "hall" estaba desierto, sin duda algún sirviente curioso, fué el causante de su alarma.

Suspiró con alivio.

El silencio extendió de nuevo sus alas, como un fantástico murciélago, y las cosas volvieron a adormecerse en la penumbra, rimada por el tic-tac del reloj.

Ansiosa de soledad subió a su cuarto, echó llave

a su puerta, y se quedó parada, en medio de la habitación, vacilante, absorta, ante el perentorio dilema, que la vida le presentaba.

Jaime estaba loco, sólo así podía haber concebido tal proyecto... Y sin saber como, ella misma acariciaba esa quimera...

¡El amor! ¡Oh ser suya, y después morir, la existencia, tal cual la vivía, no valía el dolor de vivirla! Y se confesaba, que mientras existió su soledad moral, el páramo de su alma incomprendida sólo pudo albergar un cadáver; pero ahora que sentía bullir la vida en tumultuoso oleaje de emociones, su corazón redivivo, reclamaba su parte de felicidad. ¿Podría ahogar su amor, tronchar aquel renuevo?

¡No! ¡Era impotente ante los dictados de su amor; ya harto había sufrido, en los largos años de olvido!

Un estremecimiento la sacudió, agudo dolor taladró sus sienes, le castañearon los dientes, creyó tener fiebre; se metió en la cama, y allí permaneció acurrucada, llorosa.

Pasó la noche cavilando, el alba la sorprendió con los ojos desmesurados en las tinieblas, sin haber hallado solución a su gran problema.

VI

"Hoy a las 5", rezaba como una sentencia el pequeño billete enviado esa mañana por Jaime, como para reiterar su ruego.

—"Hoy a las 5" — se repetía Malena, casi sin abarcar el sentido de esa frase definitiva.

Una hora antes de la cita, aún se encontraba de codos ante su pequeña mesa-escritorio, garabateando cartas incoherentes, que rasgaba al leer.

¿Qué haría? ¿Qué resolución suprema latía en el fondo abismal de su corazón?

Lo ignoraba.

Perdida la voluntad, dominada por un algo superior, sentía que le era imposible rebelarse ni luchar...

El reloj dió el cuarto, Malena se estremeció; luego la media hora, con sones musicales, aquello pareció obrar sobre ella, con la eficacia de una orden.

Se puso de pie, erguida, rígida, como si todos sus nervios estuvieran en tensión; en su fisonomía se reflejaba un íntimo destello de voluntad indomable, caminó por la habitación con paso firme, sus movimientos eran bruscos, precipitados.

Abrió un armario, extrajo una valija pequeña, metió allí sus efectos de toilette, apretujó en el fondo, ropas tomadas al azar; colocó encima un traje cualquiera, y la cerró con firmeza.

Púsose su abrigo, su sombrero, tomó la maleta y salió de puntillas.

La casa estaba adormilada, en el ''hall'' se detuvo, escuchó el silencio familiar y sintió su alma mecida por la canción profunda de las cosas amadas.

Cada objeto, tenía para ella el valor de una evocación, sus años felices, Jaime, su amor.

Cerró los ojos como para sustraerse a ese hechizo que la ligaba, que la retenía con la hebra del recuerdo

Arrancóse a su abstracción, abrió la cancel y un segundo después estaba en la calle.

El aire helado le azotó el rostro, era casi de noche. Malena caminó en procura de un auto, apenas podía tenerse de pie.

Apretó con frenesí el maletín, pegóse a la pared temerosa de ser vista.

Pasó un automóvil, hízole señas; pero el vehículo siguió su marcha.

Llegaron otros, cinco, diez, veinte, ella los contemplaba con expresión de extravío, se le antojaban un enjambre de insectos de luz, que cruzaban volando, con sus ojos azules, verdes, rojos..

Por fin uno, advirtió su llamado; Malena fué a subir, pero se detuvo. ¿Qué ocurrió en ella? ¿Qué era ese ablandamiento de todo su ser, ese súbito desmayo de su voluntad?

Una angustia extraña la oprimió, trató de reaccionar, pero en vano; llamó en su auxilio el espejismo de su felicidad futura al lado de Jaime, y se dijo a sí misma como a un niño rebelde, que hay que convencer con buenas razones.

—Has prometido, él te espera, él te ama; seremos el uno para el otro, a despecho de todo convencionalismo, nuestros corazones no reconocerán otra ley que el amor...

Pero de pronto sus pupilas se agrandaron de terror; a la par de esa visión venturosa, otro cuadro de muy diversa índole se alzaba como un espectro en su conciencia.

Jaime, convertido en un perjuro, el hogar bendecido por Dios, deshecho por su causa, la maldición de la esposa burlada y ultrajada que eternamente se cerniría sobre su cabeza, y su propio tormento, de haber robado a dos criaturas inocentes el amor y la protección de un padre, le arrancó un gemido emanado de lo profundo de sus entrañas...

—¡No... no... eso jamás!... — murmuró.

La voz del "chauffeur" que pedía órdenes, la hizo volver en sí; balbuceó algunas palabras de excusa, el automóvil continuó su camino; y ella se quedó allí ruborosa, avergonzada de sí misma, sin hallar un reproche bastante severo con que calificar su conducta.

Comprendió que su actitud insólita, podía llamar la atención de los transeuntes, y hundida en sus pensamientos, siguió cuadras y cuadras, hasta que rendida de fatiga, se detuvo; lanzó un suspiro, pareció despertar. ¿Dónde la había llevado el azar? Sus ojos escudriñaron en derredor, y una expresión

mezcla de sorpresa y de júbilo, se reflejó en su rostro lleno de dolor y de sombras.

¡El destino acababa de guiarla de nuevo a su hogar!

Penetró en él, refugióse como una avecita extraviada en su nido de soltera, tan locamente abandonado; tenía la sensación de estar de vuelta de un largo viaje, y sentía la voluptuosidad suprema de haber ahogado el grito de su egoismo, pero su corazón de eterna célibe, su corazón enfermo de tedio y desesperanza, se anegó de llanto...

Horas después, Jaime Arriola, colérico y despechado, lee unas breves líneas de Malena. ¡Doloroso epílogo a tan insensato amor!

Mas a medida que avanza en su lectura, una sedante paz, sucede a su exaltación primitiva, y a pesar suyo, valora todo lo que de heroico y sublime hay en el renunciamiento de su amada.

"Perdóname Jaime y olvídame — dice ella — estuvimos a punto de claudicar, de extraviar la senda del honor y del deber".

Y su amargura se exhala en aforismos.

"El amor es acechanza de nuestros sentidos,—dice —es el dolor de vivir disfrazado de quimera, es el aquelarre maldito a cuyo conjuro acuden las almas.

!Cuidémonos del amor, que el amor es brujo!"

.. ..

.. ..

LA MASCARA DEL CAPUCHON AZUL

I

El bandoneón volcó su alma de misterio en las notas de un tango, dijeron los violines la tristeza que lloraba en sus cuerdas, el piano añadió un arpegio que era un suspiro; y la música honda, doliente, sutilizóse en armonías.

Los talles flexibles de los bailarines se retorcieron en una languidez suprema, las telas de tonos cambiantes modelaban tibias morbideces, y los tules y gasas de los lujosos atavíos de las máscaras flotaban como recamadas alas de doradas mariposas.

Manuel Ortiz sintió que aquella ola voluptuosa amenazaba envolverlo en una finísima malla de sensaciones; las parejas rozábanlo, era cual si el genio de la danza quisiera arrastrarlo en su soplo sensual...

Después de un día de ruda labor, él; (Maneco, como le llamaban sus íntimos), llegó al Club del Tigre, donde se daba cita la sociedad elegante aquella noche de Carnaval. Bajo la luz de las arañas reflejadas por mil espejos, no pudo menos que confesarse

lo magnífico del espectáculo; las sedas, las joyas, el polícromo derroche de las disfraces, los perfumes enervantes, las voces atipladas que modulaban frases galanas, y el brillo de los ojos femeninos en que parecía arder una llama inextinguible, interesólo un instante; luego su mirada avizora de mundano hecho al análisis de los seres y las cosas, descubrió el detalle grotesco, el lado casi trágico de esa alegría que sonaba a falso, y su interés se desvaneció como la espuma de una copa de champaña.

Sintióse solo, excluído de aquel bullicio, y cual si el cuadro cambiara al trasluz de su tristeza, creyó ver en cada frente un epitafio.

A su lado rió un Pierrot, y su fisonomía antojósele descompuesta en una mueca dolorosa; un grupo de máscaras que intentaban enhebrar con ironía, los falsos diamantes de sus ingenios, destilaron lastimosamente una larga serie de bromas descoloridas que completaron su desconcierto.

La orquesta emprendió entonces un ritmo endiablado, sonaron mil golpes, corearon voces agudas; el triángulo, los platillos, el tamboril, uniéronse al conjunto, y las máscaras como obedeciendo a un conjuro, comenzaron un vaivén absurdo... las caderas movíanse al compás, los pies trazaban sobre el parquet complicados arabescos.

Maneco Ortiz ahogó un bostezo, era un "shimmy", y tal espectáculo le resultaba intolerable; más trató de reaccionar, ¿acaso había ido al baile para hacer filosofía como un vejete que nada espera de la existencia?

Pasó la mano por su amplia frente en que bullían tantas ideas en controversia, cual si quisiera ahuyentar los sombríos pensamientos, pero fué en vano. ¡Estaba roto el encanto!

Deseoso de ordenar sus ideas se escabulló entre el gentío, abrióse paso a fuerza de habilidad, diciendo

una docena de simplezas que se esforzaban por ser galantes.

—Perdón, mascarita... ¿me permites si eres tan amable?

Hasta que libre, por fin, de aquella sofocante multitud, dejóse caer abrumado en un sofá.

—Soy un perfecto solterón — exclamó para sí; — nada de esto que hace las delicias de mis amigos, me interesa ni tiene el poder de retenerme.

Con un gesto burlón no exento de envidia, pensó en Alberto, Guillermo, Carlos, a quienes acababa de ver haciendo prodigios en las figuras de un tango.

Extrajo del bolsillo de su frac un puro, encendiólo y se puso a mirar las azuladas volutas que en interminables giros subían hasta el plafonier.

Luego escrutó en derredor; frente suyo un saloncito verde con aplicaciones de oro viejo, abríase como un estuche de raso, y una damita Luis XV de grandes "pannier" y peluca empolvada semejante a un biscüit, flirteaba con un jovenzuelo talle de avispa, ojos lánguidos, cuyas actitudes estudiadas indudablemente frente a un espejo, eran su mayor atractivo.

Al verlo, Ortiz no pudo menos que recordar con un suspiro su primera juventud.

Los magníficos bailes del Bristol en Mar del Plata, que atraía toda la "jeneusse doré" de los salones porteños; su primera novia, las grandes emociones de aquel amor que hasta entonces había sido el único, y su obstinación por permanecer al margen de la vida, lo obsesionó un instante.

La sola idea de volver a amar hacíalo reir de buena gana.

—¡Romanticismos! — decía a sus amigos que atentaban contra su celibato, atribuyéndole alguna conquista — eso queda bien a los veinte años, las cabezas juveniles tienen infaliblemente, por dentro, una pasión volcánica, y por fuera, un frasco de gomina...

Le bastaba pensar en su antigua novia para hacer la más cruel filosofía.

¿Qué había quedado de aquel rayo de luna hecho mujer, de aquella alondra que dejó la dulzura de su acento en la primavera de su vida?

En la actualidad era una corpulenta señora con cinco vástagos, entre los cuales parecía haber repartido íntegramente su antigua belleza; a uno los ojos, a otro la boca... ¡Aquella boca hecha para caricias inefables!...

La brisa fresca del río barrió la terraza, llevando en remolino la blanda cadencia de un vals; a ratos le llegaban gritos ásperos, palabras truncas, frases deshilvanadas. La gran farándula estaba en su apogeo.

De pronto una máscara de dominó azul, alta, delgada, cruzó por su lado como un hálito de misterio; su paso tardo acusaba indolencia, y su mano blanca y tersa como una paloma, jugaba al parecer inconsciente con las frágiles varillas de su abanico.

Ortiz observóla con atención, y se preparaba para verla perderse en la vorágine de la multitud, que sin duda la atraía, cuando ocurrió algo inesperado que acabó de intrigarlo.

Sin percatarse de su presencia y absolutamente ajena a la admiración que despertara, volvió la máscara sobre sus pasos, llegó hasta el sofá en que Maneco mascullaba su melancolía, y demostrando gran fatiga sentóse a su lado con aire de laxitud.

Una rápida ojeada bastóle para comprender que aquella era una mujer joven, interesante; el detalle de su toilette revelaba una coquetería muy femenina.

El dominó de raso azul que disimulaba su silueta en la amplitud de sus pliegues, abríase en un gracioso escote, dejando ver un lunarcillo sugerente que ponía una mota de terciopelo en la garganta ebúrnea y nacarada.

Entrecerró los ojos como para gozar más íntimamente de aquella visión, y sintió que un extraño hechizo lo unía en una hebra de oro a la misteriosa mujer.

Luego la desconocida con sus modales suaves y ondulantes, cruzó una pierna, adoptando una postura más cómoda.

Maneco Ortiz tuvo entonces ante sus ojos el pie de mujer más precioso que pudo haber soñado su loca fantasía; extasiado miróló una y cien veces a riesgo de parecer indiscreto... y pudo comprobar con asombro que la punta del zapatito que lo aprisionaba era inverosímil, el tacón empinado, y la rica media de seda adaptaba su tejido sutil de telaraña a su tobillo fino y elegante.

Su admiración disipó los nubarrones de su tristeza, tornándolo locuaz, casi optimista, y con la mejor de sus sonrisas (que extrajo del archivo de sus tiempos galantes), musitó al oído de la máscara frases entrecortadas, esquivas, que no hallando el ropaje nuevo con que vestirse, temían resultar anticuadas, fuera de tono.

—Mascarita... ¿me permites una palabra?

Ella volvióse con presteza cual si despertara de un sueño.

Ante la mirada sedosa de sus ojos negros de luz amable, él continuó, más dueño de sí mismo.

—No me taches de impertinente, pero no puedo callar mis impresiones. ¡Tienes el pie más precioso que puede imaginarse! ¡Si fuera poeta tejería para él un madrigal, mas como soy solo un simple médico (prosaico por añadidura), tengo que limitarme a admirar...

La máscara miró a su inesperado interlocutor, y sin responder ni una palabra rió de su ocurrencia. ¡Evidentemente aquello la divertía de una manera extraordinaria!

Sin perder su aplomo, Ortiz continuó con tono afectado e insinuante.

—Sedme franca, divina mujer, ¿tu zapato es de cristal?

Cesó la escala melódica de su risa, y repuso con malicia.

—Tú lo has dicho... esta noche he calzado el zapatito de Cendrillón.

—¡Oh admirable heroína de Perrault, tengo el orgullo de haberte adivinado!

—Mucho te aventuras.

—¿Tan difícil eres?

—En grado superlativo.

—¿Pretendes hacerme creer en los enigmas?

—Tal vez...

Ortiz rió y dijo con comicidad:

—Señorita enigma, ¿quiere darme esta pieza?

—Perdóname, Cendrillón no baila.

—Me extraña; tus piececitos son tan pequeños y nerviosos, que no comprendo cómo no se hallan en este instante girando sobre el parquet impulsados por la algarabía de un "Shimmy" o de un "Fox-trot".

—¡Oh!, son muy juiciosos; prefieren estarse quietitos, a más su dueña es un poco triste, y no gusta de esas cosas.

—Triste... ¿tú eres triste?

La máscara tomó un tono declamatorio y dijo, estirando su mano larga y pálida, en cuyo dedo anular fulguraba un diamante:

—¡La melancolía fué siempre mi hermana!

El cigarro del médico habíase apagado entre sus dedos nerviosos, y él, sin advertirlo, observaba a la máscara con aire pensativo.

—Es un caso curioso — dijo al fin, como quien ha llegado a una conclusión interesante.

—¿Qué es ello?

—Nuestra coincidencia espiritual; me alejo del bu-

llicio del baile cediendo a un imperioso mandato de mi eterno "spleen", y el destino pone a mi lado una persona en condiciones análogas.

—No creo que tu seas dueño de un caudal de aburrimiento como el mío — repuso ella con gracia.

—Acaso lo supero.

—¡Imposible!; te confieso que estaba a punto de llorar.

—¿En pleno baile de máscaras? ¡más bien hubieras reído! ¡Pero cuéntame el por qué de tus preciosas lágrimas!

—¡Curioso!

—Descubres mis defectos y yo voy encontrando poco a poco tus cualidades.

—¡Me adulas! No pienso creerte, pero escucha; ya que te empeñas.

Llegué al baile en compañía de un grupo de amigas bulliciosas; contagiada en un principio, reí como ellas, dí bromas, hasta que hecha girones mi ficticia alegría, busqué la sombra de este rincón propicio para mi diálogo interior.

—Tus palabras acusan una amargura incompatible con tus años juveniles... ¿qué sabes tú de la vida?.

—En un minuto puede vivirse más intensamente que en un siglo.

Ortiz rió de su tono enfático.

—¡Qué gracia me hacen nuestras modernas "desencantadas"! — dijo, — eso se justifica en las mujeres de Oriente, que se hallan excluídas de todo halago, y sus vidas languidecen tras muros inexpugnables sostenidos por muchos siglos de tradición... ¡Pero ustedes, muchachas americanas, cuyos horizontes la civilización amplía constantemente, solo por "posse" pueden sustentar tales ideas.

—Tu plural me ataca los nervios. ¿Por qué me

adocenas? ¡Dices "ustedes", en una amplitud de concepto tan desconcertante!

—Nunca podría adocenarte; he conocido muchas mujeres, pero ninguna tan original e interesante como tú... Hace apenas media hora que charlamos a tientas entre la nebulosa que envuelve los espíritus a ojos extraños; y ya creo vislumbrar la puerta de oro de tu alma selecta.

—Gracias; te queda mejor ser galante que irónico.

—Mucho me apenaría me tacharas de tal; máxime cuando me siento capaz de ser tan sincero y buen amigo para ti.

—¿Luego crees en la posibilidad de una gran amistad entre un hombre y una mujer?

—¡Hum... depende...! te confieso que tú eres peligrosísima, y siempre se correría el riesgo de que se convirtiera en un "flirt".

El dominó azul calló pensativo.

En ese instante una máscara llegó hasta ellos.

Era una gitana muy bien caracterizada, la pollera de colores chillones abullonaba sus pliegues alrededor del esbelto talle, un pañuelo rojo cubría su cabeza entre sartas de medallas y avalorios de cristal.

Con voz de falsete dirigióse a Ortiz:

—¡Hola, Maneco, qué encuentro tan feliz! ¿quieres que te diga la buenaventura?

—¡Encantado!

Ella lo amenazó con el índice, mirando de soslayo al dominó azul.

—¿No temes que descubra tus secretos?

—Confío en tu discreción.

—¡Já, já, já!... no hay discreción que valga; nosotras las gitanas, nos limitamos a decir la verdad llana y lisamente; y te advierto que nada escapa a nuestra doble vista, leemos como en un libro abierto hasta los más recónditos pensamientos.

—¡Qué maravilla!; voy a ponerte a prueba...

La gitana con sus preciosas manos llenas de sortijas, mezcló con habilidad una baraja francesa, hizo que Ortiz después de cortar con la izquierda apartara quince cartas; luego colocólas en forma de abanico, y mirándolas meditó breves instantes.

—¡Maneco! — exclamó al fin con aspaviento. — ¿Cómo es esto?; has perdido en el juego un dineral... pero espera... tu fortuna en el amor basta para compensarte.

Cual si quisiera envolver a su compañera en la red de su ironía, se dirigió a ella, que había permanecido hasta entonces silenciosa.

—Figúrate, máscara, que a este muchacho irresistible lo ama locamente una morena, y las cartas me dicen que... una rubia, deplora que no exista la ley del divorcio para.

Había bajado el tono de su voz hasta ser solo un susurro, lo que imprimía mayor suspicacia a sus frases intencionadas.

Comprendiendo Ortiz el origen de aquella chismografía, rió un tanto nervioso, y repuso simulando enojo:

—¡Eres una bribona que maneja con suma destreza el estileto!; pero debo advertirte que he resultado "ileso"... esas historias de amor me aburren soberanamente.

—¿Con qué una morena? — dijo cavilosa la máscara del dominó azul

—¡Cuidado, señor escéptico, que por su torre de marfil esta noche asoma el rostro de Don Juan! — agregó la gitana y segura de haber dado en el blanco, hizo una pirueta escabulléndose entre la concurrencia, que en ese momento llenaba la pasarella.

—Ni morena, ni rubia... — dijo Ortiz, que ya se sentía atraído por esa mujer encantadora, y temía se hubiera predispuesto en su contra con las palabras de la gitana.

Envolvióla en una mirada de fuego que ella sostuvo, y con voz ligeramente temblorosa le propuso llegar hasta la terraza.

Como dos mariposillas que ensayaran sus alas sobre un parterre salpicado de flores, avanzó aquella pareja como impulsada por una fuerza inefable; detenían su vuelo un instante, libaban en la miel de sus palabras para proseguir después dichosos de vivir.

La noche ataviada de estrellas regalábales la blanda dulzura de una brisa hecha de esencias y misterios; el río profundo reflejaba como un espejo las mil lamparillas eléctricas que como en los cuentos de hadas, vestían de luz el palacio encantado.

De codos en la baranda de mármol hundieron sus pupilas en las sombras, y sin ver, miraron las culebrillas de oro que festoneaban las olas.

La orquesta musitó a sus oídos un verso hecho armonía...

Miráronse nuevamente sorprendidos; era cual si una misma emoción los estrechara en un abrazo supremo.

—Divina incógnita, — dijo él, — no prestes oídos a la maledicencia, que teje y desteje en las vidas ajenas... acaso la aviesa intención de esa máscara ha despertado tu desconfianza; la figura de Don Juan tiene perfiles malignos; en mi vida hay una trama novelesca que quisiera conozcas, y tal empeño proviene de una secreta intuición... nuestras almas son dos vasos de diversa talla que contienen la misma esencia.

—Debo advertirte que el pasado no me interesa... prefiero el presente y el porvenir — repuso ella con coquetería.

—Tienes razón, un poeta dijo que el pretérito era siempre un epitafio, replicó él.

Hoy más que nunca comprendo que en esa frase hay una gran lección de vida.

Mientras tanto, la máscara, visiblemente turbada, dejábase mecer por el ardiente soplo de sus palabras.

II

—Confiesa que has estado de temporada con Maneco Ortiz — dijo Lía, la señora de Arévalo, a su hermana Ana María, levantando los ojos de su labor, mientras sus manos con habilidad sorprendente continuaban un prodigioso tejido.

La aludida dió un salto en su asiento, sacudió su magnífica cabeza de ángel rebelde, en que una graciosa melenita "a lo paje" imprimía cierto carácter infantil y travieso, y repuso como quien hace un quite a una estocada.

—Has observado mal, hermanita, mi encuentro con Ortiz fué casi al final del baile; antes he derrochado mi ingenio con Lucio, Miguel, y con el cabeza hueca de mi primo Tito, que estaba en su noche de espiritualidad... excuso decirte que me he reído de él a carcajadas.

—¡El te quiere!, haces mal de jugar en esa forma con su amor.

—Siento mucho haber inspirado una pasión tan insensata.

—No tienes corazón, Anita, ni raciocinio, y lo peor es que yo tengo que escuchar después sus lamentaciones.

Ana María hizo un gesto de infinita conmiseración.

—¡Pobre Tito!, tan fifí, tan mono — exclamó con sorna.

Lía sin responderle levantóse de su asiento y se alejó. Evidentemente le disgustaban sobremanera las locuras de su hermana.

La joven suspiró con alivio, y arrellanándose cómodamente en la hamaca de mimbre que en el corredor de la quinta era cómplice de sus perezosos abandonos, dejó vagar su fantasía.

La imagen de su hermana Lía, casi diez años mayor que ella, ocupó buen rato su pensamiento; el papel de madre le sentaba admirablemente; siempre fué reposada, práctica; bien pudo su pobre madre morir tranquila, dejándole a su hija mayor ya casada la pequeña Ana María, revoltosa e indisciplinada.

A los veinte años se casó con Julián Arévalo, hombre de espíritu práctico, cuya única preocupación eran sus placeres y el manejo de sus cuantiosos bienes. En cuanto a Lía, un nido confortable, lleno de todos los halagos materiales, bastaba a su felicidad, y a ella, que nunca tuvo complicaciones sentimentales, costábale comprender la complejidad psicológica de su hermana menor.

Rebatíale a medida de su alcance las ideas que juzgaba peligrosas, y que bullían constantemente en su cabecita juvenil, pero sus juiciosas reflexiones resbalaban sobre el espíritu de Ana María sin dejar la más leve seña.

Mirando solo el lado práctico de la vida, soñaba para la joven un casamiento ventajoso, que asegurara su porvenir, más la sola mención de tales proyectos horrorizaba a Ana María.

El ejemplo del matrimonio de Lía, contrato puramente convencional, en que le constaba no intervino el corazón de su hermana, subordinada en absoluto a la voluntad de su madre, sacábala de quicio.

¿Casarse ella así como si fuera un bibelot que cambiaba de dueño, sin tener en cuenta la comunión espiritual y el amor? ¡Oh, no, estaba decidida a permanecer soltera!

Su hermana y su cuñado que patrocinaban la can-

didatura de Tito Márquez, muchacho de gran fortuna y escasa inteligencia, tachábanla de romántica y soñadora, sin ocultarle su contrariedad por su indiferencia. Ella habíales explicado, sin embargo, su manera de pensar, y el por qué de aquella decisión de no sacrificar su libertad, sino en holocausto de un gran amor.

—¡Novelas! — exclamaba Lía, que la consideraba con la cabeza llena de esa hojarasca sentimental desprendida de los libres que hallara de continuo en sus manos.

—A mis amigos de baile no puedo considerarlos candidatos, yo necesito hallar un hombre superior, un alma noble, un corazón abierto generosamente a lo bueno, a lo excelso; los espíritus pequeños, apocados, cuyos horizontes son restringidos a convencionalismos y límites absurdos, me desilusionan, me dejan una sensación de vacío y una ansia dolorosa, — respondía Anita con una vehemencia que en vano trataba de reprimir.

—Pero Tito Márquez es un muchacho de grandes condiciones, — rebatíale Arévalo, en cuyo seño se pintaba el más vivo asombro al oirle tales reflexiones.

—Es probable que así sea, pero no llena mis aspiraciones, — agregaba con un cierto pudor de sus ideas que nunca usaron velos ni subterfugios para mostrarse...

Sn cuñado encogíase de hombros, pensando para sus adentros, que aquel era un caso de manicomio; no comprendía como una muchacha en sus cabales, desdeñaba los millones que el destino ponía en sus manos.

El recuerdo de tales escenas dejó en el rostro de la joven un pliegue que acusaba íntima preocupación.

Su aparente frivolidad era en ella una coraza que

la separaba del mundo exterior, para los jovenzuelos profesores de "shimmy" inclusive su primo Tito, prodigioso "foxtrotter", que revoloteaban en los salones como dorados picaflores, su ruidosa alegría, sus bromas y la travesura de su ingenio; mas muy hondo tenía su templo, allí guardaba como en un joyel sus incomprendidos ideales.

Joven y bella, sus pretendientes eran legión, pero a los entusiasmos de una hora, sucedía invariablemente el más gran desengaño.

En aqnel estado de ánimo intensificado por la trivialidad del ambiente, el destino la puso frente a frente con Ortiz la noche del baile de máscaras.

A las primeras palabras que él le dirigiera, creyó vislumbrar un espíritu delicado, un alma ávida de un gran amor; mas aquello mismo suscitaba sus reflexiones. ¿Era un farsante capaz de un "posse" que vestía su egoísmo con falsas galas?

Lo vió, sin embargo, con su penetración femenina, buscar obstinadamente el sendero que lo acercara a ella; cien veces perdió el rumbo desorientado por el enigma en que juzgara prudente escudarse; y cien más lo sintió tantear como un ciego en las tinieblas, hasta que domeñada por su hechizo depuso su amargura, arrojó lejos de sí su escepticismo y del choque de sus almas estaba pronta a surgir la divina chispa.

Dos días transcurrieron apenas del baile y ya Anita habíase hecho mil reflexiones. El recuerdo de Ortiz llegó a ser su obsesión; mas, tenía miedo, un terrible miedo de engañarse y caer también ella en la rutina de un amor vulgar.

Quién era aquel hombre? ¿Qué esencia formaba su alma? ¿Era un vaso vacío de vil arcilla o estaba repleto del néctar de los Dioses? ¿Era una estrella fija de fulgor excelso o un bólido fugaz que cruzaba en su noche encandilándola con su luz ficticia?

Una resolución tomada de pronto, hubiérase dicho

inspiración del cielo, fué cual un destello en el caos de sus ideas.

—¿El es un hombre superior, idealista, desprendido de toda pequeñez, capaz de amarme como yo sueño, por mi alma, por mis dotes espirituales, es capaz de comprenderme, de valorarme, de ver lo que otros no vieron? — se dijo como quien espera hallar de una manera cierta y definitiva la solución de un problema.

—Voy a ponerlo a prueba — agregó con firmeza, mientras enjugaba una lágrima rebelde.

III

—¿3495 Avenida? — dijo una voz melodiosa al colocarse Maneco Ortiz el conmutador en el oído.

—Sí.

—¿Hablo con el doctor?

—Exactamente.

—Soy una moribunda... un ser que ya casi no es de este mundo.

El médico conoció inmediatamente la voz de su compañera de baile, la máscara del dominó azul, y comprendiendo se trataba de una broma, repuso con fingida conmiseración:

—Deploro en sumo grado, mas ya en ese caso la intervención de un galeno resulta ineficaz.

Una ligera intermitencia del teléfono cortó la respuesta de ella, y sólo le llegó una frase inarticulada.

—¡Hola... hola!

—Sí... sí la escucho.

—¿Por qué no me avisó antes?

—Era un mal crónico que recién ha hecho crisis.

—¿No abriga usted esperanza de salvación?

—No..., acepto mi destino, el "spleen" es un mal incurable.

Una alegre carcajada llenó con su eco sonoro el consultorio.

—¡Oh, no, usted no puede morir, no debe morir, es demasiado linda, demasiado joven!

—¿Cómo lo sabe?; el hilo del teléfono lo pone en este instante en contacto con el misterio.

—Hubiera conocido su voz entre mil.

La risa nerviosa de ella, dióle la certeza de no haberse equivocado.

—¿Conoce mi voz?

—Y su alma...

Cuidado que eso no es bastante.

—Su rostro lo imagino.

—¿No teme una sorpresa?

—Desafiaría al mundo entero de que es usted bellísima.

—¿Belleza moral?

—Unida a la física.

—¿El misterio de mi dominó no le sugirió alguna duda al respecto?

—Tras el follaje se adivina la flor.

—No... no; hablemos seriamente; usted ha perdido su noche...

—¡Coqueta!

—Confiese que no ha pensado en mí como convinimos.

—Más de lo razonable.

—¿Por qué inmiscuye esa palabra de contornos tan severos?

—No sé; me obstino en sofrenar mi fantasía.

Ella calló un instante.

— Cómo supo mi número? — preguntó él.

—Me lo dijo la gitana que sabe su vida y milagros...

—¡Mala!, ¡ha puesto el dedo en la herida!

—¿Herida de amor?

—Dulzura de amor, sintiéndola cerca.

—¿A la morena?
—A usted...
—Yo estoy muy lejos.
—¿De veras?

—En una quinta solitaria donde hay lugares poéticos para pensar.
—¿Veranea allí?
—Naturalmente, en invierno no me resultaría este retiro.
—¿Tiene muchas flores?
—¡Muchísimas!
—Vive entre sus hermanas.
—Oh, no, somos muy distintas.
—¿Por qné?

—Si usted pusiera en ellas toda mi tristeza, serían flores de sombra, mustias y deshojadas.
—¡Romántica!
—¡Pobres flores ingenuas, no piensan ni sufren como yo!
—Acaso usted se complica la vida.
—Tal vez..., tal vez si fuera más simple...
—Debo advertirle que adoro lo complicado.
—Mal hecho, no debe quererme.
—El corazón no se manda.

Hízose un silencio elocuente, en que ella con los ojos obstinadamente fijos creyó verlo al final de aquel hilo que los unía; él, por una curiosa trasmisión del pensamiento cerró los ojos... y la máscara del dominó azul como un girón de cielo, sonrió en la obscuridad de su recuerdo.

—Hola, hola, ¿es usted?, tuve miedo de que cortaran, quería rogarle me diera su número telefónico y autorización para hablarla.
—Le advierto que quiero guardar la incógnita.
—¡Eso es una tiranía, a la que no me someto!
—¿He... he?, tendrá que ser obediente...

—¿Me hablará usted, por lo menos? — dijo anhelante — ¿mereceré esta dicha otra vez?

—Se lo prometo.

—Es una Diosa.

—Que anda por el mundo en viaje de placer, — dijo ella como terminando su pensamiento.

—¿Piensa volver al Olimpo?

—Todavía no, debo hacer antes algunas observaciones.

—¿Se vuelve paradojal?

—Es más pintoresco que hablar en serio.

—Escúcheme... las Diosas conceden privilegios, y yo, súbdito de su hermosura, reclamo mi parte.

—¿Qué es ello?

—La dicha de verla, ¡no me lo niegue, por piedad!

—¡Oh, no...!, ¿qué dice usted?, eso es imposible.

—¡Y pretende tener corazón!

—Quiero conservar unos días sus ilusiones.

—¡Dios piadoso, ellas no morirán jamás!

—¡Palabras..., palabras!

—Por lo menos su nombre.

—Ana María.

—¡Bello como su dueña!

—Yo soy fea.

—Aunqne lo fuera, su encanto es irresistible; yo amaría una mujer fea que tuviera su alma.

Ana María experimentó una gran conmoción, y se dijo de nuevo:

—¿Es posible que este hombre sea tan superior e inteligente, como para aceptar en él la posibilidad de un amor de alma a alma?

Mas, temerosa de ponerlo en guardia respecto a aquello, se limitó a decir con cierta emoción:

—Lo dudo, los hombres gustan sólo de exterioridades.

—De todo eso hablaremos largamente; verá como

el haberla hallado en mi camino es un hecho providencial...

En vano Ortiz esperó la respuesta de aquella voz de oro, que hacía vibrar las cuerdas de sus sentimientos. La desconocida había puesto fin a la conversación.

Con mano febril llamó a la empleada y suplicóle le dijera el número de que acababan de hablarlo, pero todo fué inútil. Evidentemente el dominó azul había tomado sus precauciones para rodearse del más impenetrable misterio.

Intrigado Ortiz por la sutileza y el espíritu excepcional de la máscara, pasó días de verdadera ansiedad ante su impotencia para hallarla de nuevo.

Después de terribles noches de insomnio, en que hacía los más extravagantes proyectos, paseábase en el consultorio, incapaz de leer, ni de concentrar su atención en el estudio.

Tenía el teléfono al alcance de su mano, y mirábalo como a un ser amigo que tarde o temprano iba a arrojar una luz en aquel asunto que ya llenaba su vida.

Durante varios días no atendió su clientela; dejábase caer en un sofá, y ahí se quedaba incapaz de un solo pensamiento.

Ante la vibración del timbre del teléfono experimentaba una conmoción eléctrica, corría presuroso en una loca vehemencia, por oir aquella voz tan soñada.

Su rostro lleno de languidez se animaba; el brillo de sus ojos era extraordinario, mas, todo eso desaparecía... como una burla a su ansiedad alguien reclamaba su presencia de médico.

Con una mueca dolorosa se negaba.

—El doctor no atiende, está en el campo.

Daba un suspiro profundo y hundíase de nuevo en su angnstia.

¿Qué sería de ella? ¿Por qué no cumplió su promesa de hablarlo?

Su incertidumbre era un tormento imposible de sufrir.

Cien veces la imaginaba irónica, falaz, haciendo burla de aquel amor que había despertado en él; luego su pensamiento cambiaba, bastábale recordar sus ojos, su voz, y sentíase de nuevo esclavo de su hechizo.

Le era imposible olvidar su fina ironía, la flexibilidad de su espíritu, su tono de broma que tan bien sentaba a sus frases y del cual él comprendió se servía para quitar a sus diálogos toda solemnidad e imprimirles un carácter natural y espontáneo.

Así transcurrió la semana que lo separaba del último baile del Tigre, con que se despediría el carnaval.

Varios amigos lo animaban fuera con ellos a Mar del Plata; pero él halló medio de substraerse aludiendo a su incurable "spleen" de solterón; pero en realidad era que en el fondo de su alma cantaba el ruiseñor de la esperanza, y no se hubiera alejado ni por salvar su vida.

V

—¿Te fugas?

—Me salvo del peligro amarillo — exclamó Ortiz escurriéndose entre las máscaras con expresión de ansiedad.

Al llegar hasta un grupo de amigos que estacionados en una puerta lateral del salón, hacían sus comentarios no exentos de malicia, de las máscaras, que en una ola incesante iban y venían de la terraza que da al río a los magníficos salones, enjugó su frente cubierta de sudor.

—¿Cómo es eso, querido amigo?

—Un endiablado dominó color oro qne me tiene loco — repuso el aludido — y bajo el cual he creído reconocer a una maligna gitana que en el baile del domingo, aprovechó lo de la "buenaventura" para clavarme sus púas.

—Alguna bruja de aquelarre en trance de tomar venganza — dijo uno.

—¡Veneno, amigo, veneno!; apostaría a que es vieja y más fea que un dolor de muelas.

—Veamos lo que te dijo, — apuntó un segundo, muy divertido de su indignación.

Pero ya Ortiz no lo escuchaba, habíase abierto camino con agilidad sorprendente entre el gentío, y los del grupo lo vieron con una expresión de felicidad suprema, llegar hasta una máscara de azul elegantísima; más, lejos estaban de suponer que allí a dos pasos, golpeaba en un pecho varonil un corazón apasionado, y que en aquel ambiente de trivial bullicio, iba a resolverse un grave problema sentimental.

—¡Ana María!

—¡Buenas noches!

—¡Ingrata!... una semana de torturas, casi he perdido el juicio, más sólo la idea de verla esta noche me ha podido consolar.

—Me asusta su tono melodramático.

—¡No, no, es la exaltación del primer momento, perdone...! seré razonable, vamos a hablar largamente.

La máscara siguió a su compañero en silencio; llegados a la terraza se situaron en una mesita, lejos del baile, y propicia para hablar de todo aquello que llenaba sus corazones.

—En nuestra deliciosa conversación por teléfono — exclamó él — le dije que deseaba explicarle el significado que tenía para mí haberla hallado en mi camino.

—Espero sus galanterías, — dijo ella con aire de resignación.

—La verdad pura y neta.

—Gracias.

—¡Su eterna ironía!

Calló un tanto desconcertada.

—¿Sabe que esta noche no podrá negarme la dicha de ver su rostro?

—¿Para qué? ¿No ha dicho usted que le bastaba conocer mi alma?

—Y lo reitero; mas no podré conformarme con que sea siempre para mí un enigma, su hechizo me ha cautivado al extremo de hacerme olvidar antiguas teorías de egoísmo... y permítame decirle, el amor ha vuelto a mí glorioso, radiante, como un sublime resurgimiento.

Hizo una ligera pausa y continuó con voz apasionada.

—¡Ana María, mujer soñada, la amo! ¡La amo misteriosa, enigmática, apareciendo en mi existencia como una interrogación al destino, no demos la espalda a la verdadera vida, tratemos de ser felices...

La máscara inclinó su frente pensativa, donde bullía el volcán de sus ideas; aquel era el momento ansiado, sólo necesitaba valor para llevar a cabo un proyecto que en secreto acariciaba.

Mientras tanto, él decía con acento monótono:

—¡Su rostro... quiero ver su rostro!

Ella se levantó con ademán resuelto.

—Voy a complacerlo — dijo ante la mirada interrogadora de Ortiz.

—¿Quiere escoltarme hasta el "toilette"?, me sacaré el antifaz.

Un grito de júbilo acogió sus palabras, y segundos después, la máscara desapareció en el cuarto de los espejos.

Ortiz, mientras tanto, la esperaba en la terraza, fumando un cigarrillo turco.

¡Por fin entregaría su destino en manos de aquella mujer que ya creía amar con locura — pensaba. —Un instante sólo lo separaba de la dicha de contemplar ese rostro adorable que adivinaba hermoso.

A las pocas chupadas arrojó el cigarrillo y se paseó lleno de ansiedad...

—¡Se le antojó, tardaba un siglo! Escrutaba la gran portada de "vitraux" con mirada anhelante, hasta que oyó una voz muy conocida.

Como movido por un resorte dióse vuelta y se halló con una mujer de raro aspecto, ante la cual retrocedió un paso con visible disgusto.

La silueta correspondía a su desconocida: ¡pero el rostro!

Maneco Ortiz sintió que perdía el sentido, que todo giraba en fantástico torbellino.

Azorado abarcó de un vistazo una cabellera estrafalaria, de subido color anaranjado, que se abullonaba en mil grotescos bucles.

Pero no era eso todo, allí había una nariz...

—¡Oh, que horrible pesadilla! ¿cómo era posible que el antifaz maligno y embustero, hubiera logrado ocultar a sus enamorados ojos tamaña prominencia?

Mirábala absorto... aquello era un fenomenal pico de loro que la naturaleza en un momento de travesura colocó sin duda en un rostro de mujer.

Ortiz hubiera deseado que la tierra compadecida de su angustia se hubiera abierto para devorarlo.

¡Idealismos, patrañas! ¿cómo podía amar a aquella mujer que parecía una extraña caricatura?

—¡Ortiz! — dijo ella con sorna al notar su asombro — en su obsequio he descifrado yo misma el enigma... ¡no era posible fuera a enamorarse de una sombra!

Se dieron un apretón de manos.

—Encantado... le agradezco... pero... — balbuceó absolutamente confuso sin saber lo que decía.

—¿Está usted turbado?, vamos hacia el río en esa quietud solemne, nuestra comunión espiritual será más amplia... más completa.

El se quedó mirándola, y repuso:

—¿No le parece que hace demasiado frío? En este momento amanece... sus hombros desnudos reclaman la caricia de un chal.

—No, no, gracias, soy tan feliz que nada de esto tiene importancia para mí; en este instante no existe si no nuestras almas, nuestra dicha...

Ortiz sacó instintivamente el reloj.

—Las cuatro de la mañana — dijo.

—La hora de la penumbra azul — comentó ella, aparentando no notar sus evasivas y su súbito enfriamiento.

Una máscara de negro acercóse en ese instante, y dirigiéndose a la joven, dijo a media voz:

—Vamos, Anita, todos están ya en el auto, sólo faltas tú...

Ana María dudó un momento; su mirada inquisidora como un buzo misterioso había sondeado aquel espíritu, y lo que creyó lingote de oro puro se tornaba vil escoria a la luz de la evidencia.

¡Mentido amor de las almas, mentida superioridad!, aquel hombre, como otros tantos que halló en su camino pretendían ascender al ideal con las alas rotas.

Lanzó luego una carcajada, y repuso:

—Espera... espera, antes debo demostrar a mi compañero, que no soy tan fea como aparento, y que he tenido la buena idea de poner a prueba su gran amor.

En un ademán rápido arrancóse la peluca y la nariz, quedando a los ojos del médico una belleza radiante, extraordinaria.

—¡Señorita... señorita!, escúcheme usted, por pie-

dad, debo explicarle — suplicó Ortiz con voz doliente.

Envolviólo ella en su altiva mirada, con un gesto de supremo desdén; y como la luna cuando la eclipsa un celaje, la vió a través de su desesperanza, que ocultaba su bello rostro entre los pliegues satinados de su capuchón azul.

EL RELOJ DE LA TIA MARCELA...

La tía Marcela era una viejecita muy sola... el destino despiadado la privó del amor de los suyos; hacían muchos años a la muerte de sus padres sobrevino el derrumbe de su fortuna; mas con la fortaleza de las almas grandes, enjugó sus lágrimas, y afrontó la vida con valor...

Un día... abandonó su casa solariega, y a través de sus crespones miró por última vez aquellos lugares testigos de los dulces días de su niñez, y bajo un techo humilde, en un barrio apartado, a donde no llegaba el bullicio del mundo, vivió de su trabajo.

La tía Marcela era encajera; sus manos amarillentas y escuálidas, que parecían talladas en marfil, realizaban el prodigio de los encajes maravillosos.

¡Cuántas veces en mi predilección por ellos he recurrido a su habilidad, para restaurar algún punto, o para hacerle un encargo de Venecia...

Solía encontrarla en su sillón predilecto, con su frente orlada por cabellos lacios y canos, donde el tiempo y los sufrimientos dejaran sus huellas, y po-

día leerse como en una página de pergamino antiguo, su larga historia de dolor...

Su carácter era huraño y reconcentrado, su espíritu no parecía estar nunca en el presente, sino perdido en las lejanías de un recuerdo.

De la casa de sus padres llevó consigo, junto con otros objetos que le eran caros; un reloj de madera oscura, pieza de mérito, que hubiera hecho las delicias de un coleccionista de antigüedades.

Habíalo colocado sobre una consola dorada. Allí estaba a su lado, y con sus palpitaciones monótonas, llegó a ser el fiel compañero de sus horas...

Con él, tía Marcela no se sentía tan sola; su tic-tac, tic-tac, era como el latido de un corazón amigo.

Y mientras los primorosos encajes de bolillo y Venecia brotaban de sus ágiles dedos, percibía la dulce sensación de la presencia inmaterial de los que fueron... Y en un momento de mayor desvarío quizás, llegó a preguntarse si en aquel reloj, no residiría un alma prisionera de mágico conjuro, y esa idea la obsesionó constante.

Lo miraba con ternura y le hablaba del pasado.

—¿Recuerdas? — le decía.

Y el reloj respondíale con su invariable tic-tac, tic-tac, de gran elocuencia para ella.

La tía sonreía dulcemente, su corazón de mujer hecho para la ternura, y privado de toda afección, había hallado a quien amar.

Cuando las sombras escalaban los balcones, y la habitación se poblaba de fantasmas, rodaban de su falda las labores olvidadas y la viejecita dialogaba con él.

Más una noche se despertó sobresaltada. Un rayo de luna iluminaba la esfera de su reloj con sus reflejos argentados; incorporóse en el lecho; las manecillas inertes marcaban una hora.

Escuchó... escuchó largo rato, mas un silencio de

muerte la rodeaba. El viejo reloj, cansado sin duda de rodar hora por hora, minuto por minuto hacia la eternidad, había enmudecido.

La tía Marcela experimentó horrible angustia, con los ojos desmesuradamente abiertos en la oscuridad, midió el abismo insondable de su soledad aterradora, y roto aquel último vínculo que la ligaba a la vida... sintió que su pobre corazón también cansado, dejaba de latir!

POMPAS DE JABON

I

El portón del Convento giró sobre sus goznes con un murmullo confuso, cual si impartiera su bendición sobre aquellas cabecitas revoltosas que, egoístas en su ansiado instante de libertad, apenas si tenían para él una mirada desdeñosa...

Jacoba Dourrieu, la más indisciplinada de las educandas, al oir su nombre, salvó de un salto el umbral de la portería y fué a caer en los escuálidos brazos de su tía Mónica, que en un auto la esperaba.

Una avalancha de besos sonoros desbordó como un torrente largo tiempo contenido, y fué en balde que la señorita de Bermúdez tratara de sustraerse a esas exageradas manifestaciones de ternura, temerosa de ahogarse bajo la presión de sus abrazos...

Una hora después, en el vagón de ferrocarril que las conducía a Villa Grande, la estación inmediata a Las Acacias, la estancia de Dourrieu, Jacoba charlaba bulliciosamente, hilvanando una serie de preguntas que la tía contestaba con aire displicente.

—¿Y mamá, y las chicas, y Benita... y Pirulo?

Ante aquel nombre mágico la señorita de Bermúdez abandonó los monosílabos, su rostro se iluminó y sus ojos se llenaron de ternura...

Jacoba había tocado su punto sensible.

—¿Pirulo? Muy bien ahora, pobrecito... Estuvo muy enfermo este invierno...

Y no omitió detalle de la dolencia de su faldero, cual si se tratara de un niño.

Agotado su tema favorito, guardó silencio; lo demás no revestía importancia para ella; al cabo de un rato, haciendo abstracción de su compañera de viaje, sacó de su valija una revista y se engolfó en la lectura.

Decepcionada, Jacoba lanzó un suspiro; sabía que le hubiera sido más fácil hacer verter una cascada de una roca, como Moisés en el desierto, que arrancarle una sola palabra a su tía Mónica.

Reclinó con resignación sobre los almohadones su cabeza rizosa de bucles indomables, que semejaban un haz de vegetación silvestre en toda su lujuriante profusión, entornó sus ojos gris pizarra con remolonería felina y la observó.

¡No pasaban los años por la señorita de Bermúdez! No había cambiado un ápice de los lejanos días en que, siendo pequeña, se trepaba a sus rodillas de ásperas aristas.

Y se dió a pensar en la teoría de la evolución de todo lo creado, tanto en el orden moral como en el material.

Según esa aseveración, la naturaleza humana renovaba cada diez años hasta su más mínima célula... Sin embargo, ante aquel ejemplo de cristalización, podía admitirse tal aserto?

La tía Mónica conservaba los mismos ojos pequeños, de un marrón desleído, que parecían atisbar tras de las ventanas de sus anteojos; la misma nariz pro-

minente caída como el gancho de un candado sobre esa boca de conmisuras herméticas, avara de sonrisas.

En cuanto a su espíritu... ¿habrían terminado sus constantes rencillas con sus hermanas por causas nimias? ¿Conservaría aquella ingenuidad de niña, o habría olvidado sus caprichos y manías absurdas?

La joven no pudo menos que recordar unas hermosas páginas, halladas en una Antología, referentes a la transmutación de nuestros espíritus.

"La vida es una estación de ferrocarril — decía — en la que todos vamos diariamente a despedirnos de nosotros mismos... el yo de hoy, le da un abrazo muy estrecho al yo de ayer... y se queda esperando el de mañana"...

Aquello no admitía réplica; la tía Mónica, que viajaba en ese instante frente a ella, flaca y escueta como un fósil, no era seguramente la de hacía cuarenta años... que imaginaba llena de juventud y alegría.

—¡Si en un momento de expansión ella me contara su vida — se dijo — sus secretos, todo eso que murió... su romance!... (porque indudablemente había tenido alguno).

No concebía las almas sin el aroma de un recuerdo, guardado como una flor marchita entre las páginas de un libro.

Sí; sí, ella habría tenido también su gota de miel.

Por asociación de ideas, pensó en su propia vida; contaba quince años, y se sentía en los umbrales de la existencia.

Era la menor de dos hermanas cuyo egoísmo la obligaría a permanecer en el colegio por tiempo indeterminado.

—Eso veremos — pensó, sacudiendo su cabeza rebelde.

Había transado por un año más, para alcanzar la

última clase, la apenaba dejar truncos sus estudios, mas después... ¡Después! ¿También ella tendría su romance, su gota de miel?

Quedóse en suspenso ante el enigma del futuro y, mecida por los blandos vaivenes del tren, como en una gran cuna, se adormeció.

II

Esa mañanita de verano, Jacoba se levantó con el alba, ansiosa de recorrer palmo a palmo aquellos lugares que como viejos amigos la acogían con ternura.

La noche anterior a su llegada, la luna, cómplice de su anhelo, habíale dejado entrever el cuadro familiar del parque y sus alrededores, vestidos con un pálido ropaje de ensueño; mas ese paisaje funambulesco, no hizo más que excitar su deseo de contemplarlo a pleno sol.

Cubrió su cabeza con un gran sombrero de anchas alas, y como una mariposa pronta a libar de flor en flor, descendió las escalinatas musgosas que daban acceso al jardín.

Allí estaban las magnolias florecidas, ostentando sus níveos cartuchos aterciopelados y fragantes; allí el estanque verdoso y quieto como un cabuchón antiguo engarzado en su aro de piedra; más allá la sombra azulada y tersa de los rincones predilectos, el banco de mármol, la glorieta invadida por la yedra.

Tomó luego una calle de eucaliptus y se dirigió a la lechería; aspiraba a plenos pulmones el aire saturado y fresco.

Benita, la hija del capataz, salió a recibirla, llena de alborozo.

Su excursión duró casi toda la mañana, y a su regreso llegó al corredor de una manera tan sigilosa

que le permitió oir parte de un diálogo entre su madre y sus hermanas.

—Es la edad más sin gracia; — decía Julia, la mayor — su rol en sociedad no está definido; si usted, mamá, quisiera oirme, no pensaría en sacar a Jacoba del Colegio hasta dentro de cuatro o cinco años.

—Yo haría más — exclamó Aurelia — no le permitiría salir a la sala cuando vengan visitas; las chicas metidas me atacan los nervios.

La señora de Dourrieu, que se mostró siempre débil ante los caracteres dominantes de sus hijas mayores, y deseaba conciliar con ambas partes, opuso su resistencia con timidez.

—¡Pero, hijitas, si Jacoba está hecha una mujer!... yo a su edad estaba casada, ¿cómo negarle lo que su juventud y belleza reclaman?

—¡Casada! — dijo Julia ahogando un bostezo — esos eran otros tiempos.

—¡Su belleza! — comentó Aurelia con un gesto displicente, y agregó:

—Cuando nosotras tengamos novio...

Una carcajada de la tía Mónica, que cosía en una hamaca de paja, las hizo volver la cabeza con ira.

Aurelia, que no le perdonaba sus franquezas, la interpeló con sorna.

—¿De qué se ríe usted, tía?

La señorita de Bermúdez, imperturbable, continuó su labor.

Aurelia se levantó furiosa.

—¿Porque hablo de novios? Le aviso que no pienso quedarme solterona.

La señora de Dourrieu intervino.

—Cállate, Aurelita...

Golpes de puertas dados casi simultáneamente indicaron a Jacoba que su hermana se había alejado.

Dominada por la indignación, volvió sobre sus pa-

sos y se internó por los senderos del jardín; pero luego su enojo fué cediendo su puesto a una gran alegría.

Sus hermanas, sin sospecharlo, la enteraban de lo que jamás en su natural modestia, hubiera llegado a pensar.

Sentóse en un banco; desató las cintas de su capelina, y meditó.

Aquello era la reanudación de la guerra sorda cuyas escaramuzas comenzaron el año anterior. ¿Era que temían sus triunfos? Su madre habló de su belleza, estaba segura de ello. ¡Qué terrible egoísmo! — se dijo. — ¿Eso sería lo humano, lo natural?

Recordó las rivalidades entre las compañeras de pensionado, explicables en cierto modo en seres que no los une vínculo alguno, pero, entre hermanas, le resultaba inadmisible.

Comprendió que la casualidad había querido ponerla en guardia, y su espíritu travieso no pudo resistir la tentación de aceptar el reto.

¿Sus armas? ¡la ironía! ¿Sus represalias? ¡el desdén!

La campana del almuerzo interrumpió su soliloquio y con un gesto altanero, que le iba a las maravillas llegó al comedor.

III

Quince días han transcurrido desde el arribo de Jacoba, quien, consecuente con sus planes, ha puesto en juego toda su astucia, para resistir a los choques de sus adversarias.

Hay momentos, sin embargo, en que sus nervios se aflojan y cansada de aquel tiroteo sin cuartel, siente un inmenso deseo de llorar.

Entre la gente de la estancia sólo hay dos per-

sonas a quienes ama de verdad: su hermano Jaime y la tía Mónica.

Jaime Dourrieu, diez años mayor que Jacoba, tenía para aquella muñeca revoltosa, una ternura no exenta de admiración.

Aunque muy joven, estaba casado con Luci Mac Donell, heredera de una gran fortuna, pero mezquinamente dotada por la naturaleza.

Para Jaime, el platillo de la balanza cargado de oro pudo más que toda otra consideración, y allí estaba con ínfulas de conquistador, mirando a su mujer como a un adorno costoso.

Una tarde se hallaban todos reunidos a la hora del te; por los grandes ventanales del comedor les llegaba del jardín el aroma acre de la tierra recién regada.

Sucesos extraordinarios tenían revolucionados los ánimos en Las Acacias.

La familia de Menéndez, que hacía muchos años no veraneaba en el lugar, acababa de llegar a su casa de campo, una chacra distante una legua de la estancia de Dourrieu.

Aurelia era la más intrigada con esto.

—Viene con ellos Fifina — exclamó mirando a Jaime, a quien sospechó enamorado de ella cuando muchacho.

—¿Será cierto que se ha divorciado? — inquirió Julia.

La señora de Dourrieu aseguró la veracidad de aquellos rumores.

—El marido era un pillete — exclamó Jaime, — que le ha derrochado la fortuna.

—A eso se exponen las que realizan matrimonios sin amor — dijo la señorita de Bermúdez con intención de zaherir a Luci, a quien detestaba.

—Por eso muchas se quedan solteronas — dijo Aurelia con sorna.

La tía Mónica, que recibió la saeta, repuso con presteza:

—Ya lo creo... y no por falta de festejantes, como les ocurre a otras.

Jaime juzgó oportuno interrumpirlas.

—Se dice que él ha contraído nuevas nupcias con una bailarina.

—¡Qué horror! — exclamó Aurelia. — ¡A lo que estamos expuestas!

Julia sonrió con malicia:

—No te preocupes... Sandoval es un buen muchacho.

—¿Sandoval? — preguntó Jaime.

Luci respondió a su marido:

—¿No sabes? Es el festejante de Aurelita; todo el invierno ha sido su sombra.

—Me olvidaba decirles que he sabido por Benita que llegan mañana — agregó la señora de Dourrieu.

—¡Qué suerte! Así no será tan opio este lugar — dijo entre dientes Jacoba sin poder contenerse.

—¿Qué dices? — murmuró Aurelia.

—No acostumbro repetir lo dicho.

—Es una suerte porque "en boca cerrada no entran moscas".

—Basta, niñas — gritó la madre; — disputáis por cualquier tontería.

Aquel tiroteo de palabras hubiera sin duda, seguido a no haber llegado un peón con una carta. La vista del sobre azul enigmático, en que una mano de mujer elegante había garabateado la dirección, tuvo el poder de calmar los ánimos. La señora de Dourrieu se puso los anteojos y de un vistazo se enteró de la breve misiva.

—Las de Menéndez nos saludan e invitan pasado mañana a almorzar.

Todos hablaban a un tiempo:

—Iremos — exclamaba Julia, aguijoneada por la curiosidad de ver a Fifina.

—¿Habrán invitado a los de Sandoval? — murmuró Aurelia.

Misia Juana metió la carta en el sobre con parsimonia.

—Haremos atar el breack grande, así cabremos todos.

—Yo me quedo — dijo Luci, perezosa de pasar un día fuera de casa.

—Yo también — murmuró la tía Mónica.

Nadie las contrarió.

—Seremos cinco — dijo Jaime.

Aurelia comprendió que había incluído a su hermana menor.

—Jacoba debe quedarse a acompañar a Luci — exclamó.

—No te aflijas... no me interesa el programa — repuso la aludida, en cuyos planes no entraba demostrar sus impresiones.

La agradable perspectiva había, sin duda, puesto de buen humor a Aurelia, pues se limitó a mirarla con desdén.

IV

El día del paseo, sin embargo, al verlas partir lloró amargamente: ¿por qué habían de excluirla siempre cual si fuera la Cenicienta?

Para colmo de su mal humor la tía Mónica, atacada de una fuerte jaqueca, permanecería todo el día en su cuarto.

¿Qué hacer para matar el tiempo?

Buscó un libro; pero su espíritu inquieto no halló en él nada que pudiera interesarla; sentía un ansia de movimiento, de aire, de sol.

—¿Si diera un paseo? — se dijo.

Arrojó el libro con súbita animación ante la escapatoria que proyectaba.

Apenas tuvo tiempo de subir a decirle a Luci que iba a dar una vuelta, cuando le avisaron que la charrette la esperaba.

Trepó de un salto, tomó las riendas y, tocando al ponney con la fusta, partió a buen trote.

El tiempo era magnífico; sobre el camino duro y liso se deslizaba el minúsculo carruaje.

La naturaleza parecía sonreirle a su paso; Jacoba no perdía un detalle de aquel paisaje, tantas veces visto desde chica: conocía cada uno de los árboles que bordeaban la huella, los ombúes, nidos de tordos y chingolos que alborotaban el bosque con su agreste melopea.

Los alambrados, interminables como líneas de telégrafos enanos, con sus postes nudosos y torcidos, sobre los que se asentaban las lechuzas; más allá el alfalfar peinado por el viento, las chacras de maíz rumorosas, adornadas con los blancos plumeros de sus flores; después la hacienda mansa y tranquila, que aparecía aquí y allá como manchones multiformes inclinados sobre los tiernos pastizales.

Jacoba detuvo la charrette; había llegado a una encrucijada, de donde partían dos caminos; recordó que tomando el de la derecha daría a poco andar con la laguna de los Ceibos, habitada en esa época por bandadas de patos silvestres.

Hacia allí se dirigió, y momentos después apareció a sus ojos un hermoso espectáculo.

El camino remataba en una gran abra semejante a una decoración teatral; verde gramilla tapizaba el suelo; los árboles añosos, de troncos negruscos y áspera corteza, estaban revestidos de plantas trepadoras; y como si el divino artífice de aquel paisaje hubiera querido, en un momento de capricho, romper la monotonía del verde, con los más brillantes colo-

res de su paleta, había puesto rojo sobre el follaje de los arbustos, sepia en la hojarasca y gualda en los aromos en flor.

Jacoba recordó esas tricromías en que las hadas vestidas de tenues gasas, bailaban en ronda con los pies desnudos sobre la grama odorante.

Por un rumor sordo adivinó la laguna a dos pasos de allí, e iba a descender cuando se oyó el estampido de un arma de fuego.

El ponney, asustado, dió un fuerte tirón, y la charrette, entre tumbos y barquinazos se hubiera estrellado contra un recodo que formaban añosos sauces, a no haber sido una mano varonil que tomando de las riendas sujetó al caballo.

Jacoba hallóse de pronto en presencia de un joven elegante que vestía breech y polainas, y podía tener a lo sumo veinte años.

Al cruzarse sus miradas el desconocido exclamó con énfasis:

—Le ruego me disculpe... he estado a punto de ser causante de un lamentable accidente.

Apenas vuelta de su sorpresa, trató de sonreir, pero su palidez delataba su impresión.

—Hace dos horas que cazo en los alrededores — continuó el joven — y tenía seguridad de no hallar por estos lados alma viviente...

Jacoba bajó del coche, y al ver la cara compungida de su interlocutor, dijo con aire picaresco:

—No se preocupe... felizmente no fué nada, y digo felizmente porque de haber ocurrido algo, habría tenido que confesar en mi casa esta escapatoria.

El joven rió de su espontaneidad.

Como advertida por repentina intuición creyó reconocerlo.

Recordó las palabras de sus hermanas; aquel no podía ser otro que Sandoval.

Encantada con aquella aventura que colmaba sus

constantes anhelos de cosas imprevistas, dejó de lado su natural reserva, trató de reanudar la conversación, y siguiendo con la vista la trayectoria de una bandada de cisnes, exclamó:

—Usted ha introducido el desorden entre los moradores de estos lugares.

—Una simple alarma; no creo haber hecho blanco.

Jacoba se asomó a la laguna.

—Si me permite, señor cazador, echaré una mirada a estos lugares después de un año de ausencia.

—¿De un año?

—Sí, de un año de convento.

El joven frunció el ceño.

—¿Hacía usted el noviciado?

—¡Oh, no, qué horror! Terminaba mis estudios.

—Maravilloso; no esperaba hallar una joven encantadora y dueña de un caudal de sabiduría.

—¡Ja, ja!, mi ciencia cabe en un dedal...

—¿De veras?

—Sí... sé lo estrictamente necesario, ni un ápice más.

—Veamos algo de lo que usted sabe — dijo él muy divertido.

Ella dudó un instante.

—Sé quién inventó la pólvora, por ejemplo, y que ésta sirve para cazar... y producir sustos.

El joven rió.

—Supongo que no ignorará que Colón descubrió la América y que Nerón incendió a Roma.

—Si usted me apura — dijo ella un tanto picada — hasta podría filosofar con Schopenharuer.

—Me lo figuraba — exclamó él como quien ha llegado al fin que se proponía.

—Un cielo tan diáfano y hermoso como el de hoy destruye toda idea pesimista.

Jacoba miró el firmamento, de pronto inquieta al

advertir que el tiempo había volado durante aquel coloquio.

Subió al cochecito y el joven la siguió.

—¿Hacia qué lado queda Villa Grande? — inquirió él. — Me encuentro algo desorientado.

—Desde aquí es difícil decirlo; habrá que salir a la carretera.

Quedóse como quien medita; luego agregó:

—Si usted quiere le conduciré hasta el Molle, y desde allí...

El joven rió complacido.

—Mil gracias; es usted muy amable.

Encendió un cigarrillo, llamó a sus perros, que olfateaban todavía algún rastro imaginario, y subió a la charrette.

Ella guiaba con una habilidad que no pasó desapercibida para su acompañante; evitaba las partes abruptas del terreno, levantado a trechos por médanos o troncos medio hundidos en la hojarasca, hasta que salieron al camino.

El, mientras tanto, no cesaba de charlar, y los temas más triviales adquirían en sus labios un interés insospechado.

Le confesó que de vez en cuando lo visitaban las musas.

Jacoba lo contempló con admiración.

—¿Es usted poeta?

—A ratos.

—¡Adoro los versos!

—¿De veras?

—¡Cuánto me gustaría conocer los suyos!

—No quiero apenarla; mis versos son muy tristes.

—¿Tristes?... ¿Está usted siempre triste?

—Siempre... es raro en mí la alegría de este instante, por ejemplo.

Ella se ruborizó.

Al llegar al cruce de los caminos, recordaron que

debían separarse, y ante la desazón que les produjo esta idea, se miraron sorprendidos.

Aquél era un prodigio de simpatía fulminante; acababan de conocerse de la manera más casual, y después de un rato de charla, les parecía que su amistad databa de años.

La joven sofrenó el ponney y con un gesto de coquetería exclamó:

—Señor desconocido... descienda usted; he cumplido mi palabra, y adiós...

El joven bajó presuroso y se quitó el sombrero.

—Escúcheme... una palabra aún; no es posible que vayamos a separarnos así, expuestos a no vernos nunca más... prométame volver.

Hablaba con frases entrecortadas, y los labios temblorosos.

Jacoba quedó pensativa.

Sería tan necia de desdeñar aquella aventura? El recuerdo del menosprecio de sus hermanas la hizo enrojecer.

¡Oh, si pudiera contarles que un hombre seductor había estado pendiente de sus labios!

Con la ancha frente a plena luz, la miraba con una admiración que acabó de turbarla.

—Volveré — dijo; y partió veloz.

La tarde declinaba; tenía enfrente una puesta de sol soberbia; el cielo, teñido de un rojo violento, se abrasaba en llamas; las nubes, irisadas en mil matices fosforescentes, formaban un intermezo de colores; desde el bermellón al índigo, la luz descendía en medias tintas de lila y rosa pálido.

Bandadas de patos revoloteaban encandilados en aquel mar de lumbre; una leve brisa ablandaba el bochorno del día, y del bosque, que iba quedando a su espalda como un telón de fondo, le llegaban gritos ásperos, chirridos de insectos, toda esa armonía

agreste que a esa hora se eleva al cielo como una oración.

Al llegar a un recodo del camino, Jacoba volvió la cabeza.

Allí estaba él, viéndola alejarse.

Sonriendo con halago dobló con presteza; llegada a la estancia se dirigió a su cuarto; su madre y hermanas no habían regresado; tenía tiempo de recuperar su calma habitual.

Su primer movimiento fué correr al espejo. ¿Cómo la habría encontrado aquel muchacho encantador?

La luna biselada le contestó con un gesto lisonjero que parecía decirle:

—¡Tontuela! ¿Has podido dudar? Mira esos ojos rasgados, cuyo iris se transforma al capricho del tiempo; mira ese pelo crespo, indómito, tan negro y sedeño, sin embargo, que semeja un plumaje de cuervo.

—¡De veras — se dijo con una pirueta — que no creo haberle parecido del todo mal!

V

Desde aquel día Jacoba fué feliz.

El recuerdo de aquel joven arrogante que tuviera para ella el interés y la deferencia a que se sabía acreedora, era como un lenitivo a sus heridas de amor propio.

Guardaba en su memoria sus menores gestos, como si se tratara del rostro de un viejo amigo. Experimentaba un placer desconocido en repetirse mentalmente sus palabras; ¡qué melancolía sugerente, qué dulces matices los de su voz, qué ritmo acariciante unía sus frases hecha de galanura y sprit!

¡Ya podían sus hermanas comentar las divertidas incidencias del paseo a lo de Menéndez, subrayando

con frases intencionadas todo aquello que pudiera excitar su envidia!

Su diálogo interior la aislaba, y a su dulce abstracción no podían llegar ya aquellas pequeñeces.

Mas a pesar de su promesa, no pudo volver a Los Ceibos: su madre y hermanas parecían haber redoblado su vigilancia, y una nueva escapatoria hubiera sido como revelarles su secreto.

Al trasluz de su vehemencia el paisaje visto aquella tarde, adquiría en su imaginación, los tintes más brillantes.

El bosque rumoroso, el tapiz de esmeralda salpicado de margaritas y el lago imantado del sol, vivían en su memoria.

La soledad fué su compañera, las frondas del parque sus confidentes.

Su alma se había transmutado en un himno, y con impulsos de pájaro batía sus alas de poesía.

La tía Mónica fué la primera en advertir su cambio; a pesar de su exterior adusto con que la vistieran sus desengaños, poseía un corazón hecho de ternura y una intuición sorprendente para los asuntos de psicología.

Amaba a la niña menor, que naciera cuando ella, huérfana y sola, acogióse al hogar de su hermana; conocía a fondo su carácter, la ingénita bondad de aquella criatura, blanco de todas las saetas, y se juró ayudarla y prevenir a medida de su alcance los peligros que la acecharan.

Hasta que un día resolvió abordarla; hablóle sin ambages, con su solicitud maternal.

Jacoba se defendió de aquel asalto con un vigor de que no se hubiera creído capaz.

La señorita de Bermúdez no insistió; pero, sin duda, sabía a qué atenerse...

VI

—¡Seremos trece en la mesa! — dijo Aurelia.

—¿Trece? — repitió Julia con aspaviento.

—¿Vas a creer en agorerías?

—Desde luego, mamá... no debemos exponernos a ser víctimas de la fatalidad pudiendo evitarlo.

—Pero, ¿cómo? — inquirió misia Juana, que no comprendía la intención de sus hijas.

—Fácilmente, hay que suprimir un asiento...

Y las miradas de Aurelia y Julia, se volvieron hacia la hermana menor.

Jacoba sintió bullir la cólera y exclamó con aire de desafío:

—Pueden suprimir todos los asientos que quieran menos el mío... — y agregó con sorna, recalcando sus palabras: — Porque a pesar de mi excesiva juventud, he resuelto participar hoy de la amable sociedad de nuestros vecinos.

Sus palabras fueron como el clarín de alarma que incitaba a los bandos a la lucha.

—¡No faltaba más!

—¡No entrarás al comedor!

—Lo veremos...

La tía Mónica llegaba en ese instante.

—¿Qué ocurre? ¿Hay fuego en la casa?

Por toda respuesta Aurelia le tiró con un almohadón a Pirulo, que siguiendo a su dueña acababa de asomar su hociquillo húmedo y lustroso.

—¡Fuera, perro odioso!

La tía se irguió, ofendida, al oir llamar a su regalón por aquel nombre que se le antojaba un epíteto ofensivo.

—¿Perro? Hay más nobleza en ellos, que en muchas personas.

Jacoba, con ánimo de divertirse, recogió el almo-

hadón, y después de hacerlo recorrer en el aire una curiosa trayectoria, le dió impulso hacia Aurelia, quien al sentir el golpe, se arrojó sobre un sofá dando gritos.

La señora de Dourrieu creyó que a su hija le daba un ataque de nervios.

—¡Pronto, Julia, pronto el frasco de sales!

Pero la mayor, encarada con Jacoba, no podía atender a su madre.

—¡Me las vas a pagar! — gritaba corriendo tras de ella.

La tía Mónica acudió en su auxilio y la contienda tomó en ese instante un aspecto realmente pintoresco... ¡Aquello era un campo de Agramante! Rodaban las sillas, un florero fué a estrellarse contra la pared, haciéndose mil pedazos, y Pirulo, desde la puerta, como sentido y agraviado, ladraba desaforadamente.

Cuando Jacoba logró desasirse, tenía el vestido en jirones y la cabeza revuelta como un plumero, pero estaba satisfecha de sus puños...

Apenas reparados los daños y desperfectos del salón llegaron los invitados. Aurelia, olvidada de sus nervios y del "frasco de sales", salió con la sonrisa en los labios, y un aire de candidez que resultaba un espectáculo para quienes la vieron momentos antes desfigurada por la ira. Julia fué la que tardó en aparecer, había tenido una verdadera odisea para hacer de nuevo sus rizos, lastimosamente estropeados en la contienda; y recién al momento de sentarse a la mesa, llegó con mil perdones y zalamerías que semejaban un arrullo de paloma.

Jacoba, metida en su cuarto, se guardó bien de tentar la fatalidad... cambió su vestido y se decidió a ayunar.

Mas, al rato, unos golpecitos dados en su puerta la hicieron incorporarse de un salto; abrió con preste-

za y no pudo menos que lanzar una carcajada. La tía estaba frente a ella, cargada de viandas y con cara de complicidad.

—Sobrina... vengo a almorzar contigo... no te apenes, guarda tus lágrimas para mejor oportunidad.

—¡De veras que la tía tiene razón! — se dijo Jacoba con su volubilidad infantil y tentada por un pastelillo de hojaldre que asomaba su oreja remingada bajo una nívea servilleta.

Abrazó a la señorita de Bermúdez con su acostumbrada efusión, despojó una mesita de los objetos que la adornaban, y colocó en ella los utensilios del improvisado banquete.

La tía, contentísima con aquella dulce intimidad, charlaba alegremente, sin olvidar por eso de participar a Pirulo del menú.

Una hora después la señorita de Bermúdez se escabulló.

Al quedar sola, Jacoba calculó que los invitados ya habrían abandonado el comedor, y salió de su cuarto en puntillas, deseosa de ver sin ser vista.

El solo pensamiento de que Fifina Menéndez, que creía una heroína de novela, estaba allí, a dos pasos suyos, excitaba su curiosidad al extremo de exponerse a ser sorprendida en flagrante delito de espionaje. Sus más leves movimientos se le antojaban ruidos formidables que iban a delatarla. Sacóse los zapatos y con cautela llegó hasta la pieza contigua al comedor, ocultándose tras de una cortina de cretona.

Deslumbrada por la luz exterior, no distinguió en el primer momento a las personas allí reunidas; mas habituada luego a la penumbra de esa habitación que, mediante las celosías cerradas, se conservaba tan fresca y sombría como una cripta, fué pasando minuciosa revista.

A la derecha estaba la de Menéndez, era ella, la hubiera adivinado entre mil, con el cabello de un

rubio ficticio y los ojos artísticamente sombreados de Kol, vestía una toilette de organdí blanco que le daba un aire en extremo juvenil y flirteaba ostensiblemente con Jaime.

En un ángulo se habían agrupado las señoras, pendientes de un largo relato de Luci.

De pronto Jacoba creyó ser víctima de una alucinación, su mirada errabunda acababa de tropezar con unos ojos oscuros que reconoció en el acto, ahogando un grito.

Su caballero del bosque se hallaba allí... y habiendo descubierto de una manera inexplicable su escondite, la contemplaba a su vez mudo de asombro.

Aurelia, empeñada en conseguir que Fifina cantora, estaba lejos de advertir lo que ocurría.

Un diálogo animadísimo se estableció.

La de Menéndez, con mil monadas, aseguraba que hacía un siglo que no ensayaba un trino; pero a nadie convencieron tales razones.

Jacoba, mientras tanto, sacudida por una hilaridad desconocida ante lo cómico de aquella situación, puso un dedo sobre sus labios recomendando al joven el más absoluto silencio.

Mas las palabras no hacían falta para ellos en ese instante: el lenguaje de sus miradas era de sobra elocuente a sus corazones.

Fifina acabó por decidirse, y escoltada por Jaime se dirigió al piano y puso en el atril la apasionada melodía de Bemberg "¡Aime moi!" Jaime, inclinado hacia ella, le dijo casi al oído:

— La canta usted en inglés, Fifina? "Love me well", ¡me resultaría tan bello en sus labios!

Ella lo miró con coquetería.

—Es más dulce en francés... escuche usted...

Y con su timbre dramático, dijo entre la aterciopelada gama de los arpegios, las primeras estrofas:

"Aime moi c'est si bon d'oublier toute alarme
C'est si bon de confondre en un seul deux baisers.

Y la frase final subía a sus labios como un reclamo de ternura.

—'¡Aime moi... aime moi!

Jacoba no olvidaría aquel instante, ganada por la cálida armonía que parecía desprenderse de la música dialogaba íntimamente con aquella alma que adivinaba apasionada.

El salón, Fifina, todo desapareció para ella, y en medio de su turbación, sóla veía aquellos ojos iluminados por un mundo de tiernos reproches.

Al día siguiente iría a la laguna de Los Ceibos, aunque tuviera que hacer prodigios para burlar la vigilancia materna.

Aurelia volvió hasta su compañero.

—¿Qué le parece la voz de Fifina? Es admirable, ¿verdad, tiene una escuela toda delicadeza, toda dicción...

El joven se limitaba a asentir, le hubiera sido imposible decir si la de Menéndez era soprano o contralto; tan lejos estaba su atención de tales detalles...

VII

Al día siguiente Jacoba tuvo una impresión desagradable; habíase organizado una cabalgata, y la señora de Dourrieu, ya fuera porque llegó a sus oídos su escapatoria en la charrette el día del almuerzo en lo de Menéndez, o arrepentida por su habitual dureza con su hija menor, empeñóse en que ésta participara del paseo.

Aquello que antes hubiera hecho las delicias de Jacoba, le resultó intolerable.

¡Cuánto habría dado por quedarse para poner en

práctica el plan que meditaba! Pero su madre mostróse intransigente y no tuvo más remedio que acceder.

Lo imprevisto, sin embargo, parecía empeñado en sorprenderla agradablemente.

Al reunirse los excursionistas en la calle de eucaliptus, Jacoba creyó soñar.

Allí estaba Sandoval, y era el más bello y apuesto de los jinetes.

El, que acaso había comprendido lo secundario del lugar que ocupaba en la casa Jacoba, concurrió por compromiso, sin la menor esperanza de verla.

Bajo la mirada inquisidora de Aurelia, que no acertaba a dar crédito a sus ojos, cedieron ambos a un mutuo deseo de expansión; y quedándose un tanto rezagados, conversaron de todo aquello que llenaba sus corazones.

Jacoba estaba radiante; la dicha de sentirse cortejada en presencia de sus hermanas era el mayor de sus triunfos.

Aquel fué un día memorable; Sandoval, enamorado de la ingenua frescura de su espíritu y de su adorable simplicidad, le habló de sus sentimientos; ella escuchaba arrobada sus palabras, que eran a su oído cual música dilecta.

De regreso a la estancia, la señora de Dourrieu, informada por sus hijas de lo ocurrido, resolvió que Jacoba ingresara al colegio cuanto antes.

Al ser notificada la joven sintió germinar en su espíritu la rebelión.

¿Era posible que ajenas ambiciones frustraran su dicha, y que aquel amor fuera a ser destruído por tan arbitrarios designios?

Jacoba lloró aquella noche largo rato, mientras experimentaba la sensación de que algo en ella amenazaba derrumbarse.

VIII

Benita llevó al joven la noticia...

Sandoval, presa de gran agitación, buscaba en su mente la idea salvadora.

¡Se amaban e iban a separarse!

—¡Yo sabré impedirlo! — exclamó.

Al conocer la joven aquellas palabras se dejó alucinar por sus locas esperanzas.

Al día siguiente, pretextando enfermedad, permaneció toda la mañana en su cuarto; la tía Mónica subió a verla, mas como si ambas ocultaran lo que ocurría en sus corazones, hablaron de cosas indiferentes.

Hacia las dos de la tarde, de nuevo sola, le pareció oir voces airadas, cuyo diapasón se elevaba por momentos.

Bajó del lecho, llegó hasta la puerta entornada y escuchó.

¡Acababa de reconocer el acento de Sandoval!

¿Qué atrevido plan había puesto en práctica?

Al comprender la inutilidad de su intento recordó, por asociación de ideas, los romances novelescos en que el enamorado galán se sirve de la escala de seda para raptar a su amada.

—¿Por qué no, después de todo? — se dijo.

Mientras se entregaba a tales reflexiones escuchó con sorpresa cómo en la casa se iba haciendo poco a poco un gran silencio.

IX

Al anochecer Benita era portadora de un mensaje de Sandoval.

La tía Mónica, que estaba de guardia, logró inter-

ceptarlo, y encerrándose en su cuarto leyó las siguientes líneas:

"Adorada Jacoba:

"Su madre me ha negado su consentimiento para nuestro enlace, arguyendo que antes deben casarse sus hijas mayores.

"Tan efímero motivo, no puede ser un obstáculo para nuestro amor, y no ha hecho más que excitar mi imaginación, que es muy vasta, y he hallado, adorada mía, la manera de burlarla...

"Mañana a las cinco de la mañana, la espero en la encrucijada del Molle; nos casaremos en Villa Grande a las seis, y cuatro horas después estaremos en la Capital Federal"...

La señorita de Bermúdez lloró de emoción ante aquel mensaje decidido y tierno.

—¡Oh, si todos los hombres hubieran sido así, yo no estaría soltera! — se dijo.

Mas su cariño hacia Jacoba la indujo a proceder con energía y dejar de lado su sentimentalismo.

Debía salvar a esa criatura inexperta de tan grave error.

Dos días después, en medio de una farándula de cajas y paquetes, metida en un compartimento de ferrocarril, la señorita de Bermúdez, encargada de conducir al colegio a su sobrina, la miraba a hurtadillas a través de sus gafas, reprimiendo una sonrisa picaresca...

X

Han pasado los años, y Jacoba Dourrieu, que nunca supo el ardid de la tía Mónica, rememora con un suspiro de decepción aquel amor juvenil, imaginativo y quimérico, que se desvaneció al primer soplo como burbujas de espuma, como pompas de Jabón!

MONEDA FALSA

I

Mi amigo Rolando Creusse me tomó del brazo y juntos penetramos al Café de París.

Era una cruda noche de invierno; el frío con sus lancetas aceradas nos hería el rostro; la calefacción de la sala nos proporcionó agradable bienestar.

Restregamos nuestras manos entumecidas, fuimos a instalarnos en una mesa, pedimos té y rum y encendimos nuestros cigarros.

—La historia de ese misterioso "fetiche" promete ser interesante — dije, continuando nuestra interrumpida conversación.

—¿Interesante? — exclamó moviendo la cabeza con escepticismo. — Eso, hasta cierto punto... Es un largo relato que sólo te dejará en el alma una fuerte dosis de amargura.

—¡Bah! pondré por escudo mi natural optimismo. Créeme que estoy realmente intrigado...

—Este misterioso "fetiche" como tú le llamas, — me dijo Rolando — vino a mis manos de una manera casual.

—¿Casual?...

—Sí, tenía un amigo a quien quería entrañablemente... Creo que tú has conocido a Jules Bertín "el francés", como le llamábamos cariñosamente.

—Sí, sí, excelente muchacho; — dije recordando aquel buen mozo de incipiente bigote, — me parece verlo... tenía siempre un aire muy melancólico.

—No era extraño...

—¿Por qué?... te ruego me expliques.

Mi amigo tomó un aire confidencial y exclamó:

—Como tu sabrás, Jules fué de los primeros reservistas que partieron para Francia; fué destinado al 101° de Coraceros destacado en el frente Occidental. ¡Pobre Jules, muchos han sido los muertos de la guerra y también numerosos los como él desaparecidos! Días antes de irse estuvo a verme, tenía más que nunca aquel aire de tristeza de que tú me hablas. Yo atribuí como era natural su estado de ánimo a la proximidad de su heroico sacrificio, pero él me entregó esta moneda diciéndome con aire preocupado:

—Guárdamela, querido Rolando; si me respetan las balas de los "boches" y puedo regresar, me la devolverás; sino, que sea un recuerdo mío para ti.

—Al manifestarle mi extrañeza ante sus palabras brilló en sus ojos claros una íntima tristeza cual si despertaran en él penosas añoranzas. Contóme entonces la historia de este "porte-bonheur".

El mozo llegaba en ese instante, servimos rum en nuestras copas, y ante la taza de té humeante, mi amigo pareció súbitamente predispuesto a una confidencia. Tomó un trago de licor y al notar mi mirada interrogadora comenzó la historia que le revelara su amigo.

—"Desde la muerte de mis padres — dijo Jules — me creía solo en el mundo; podrás calcular mi sorpresa al recibir un buen día un telegrama donde se

me llamaba con urgencia por la gravedad de un miembro de mi familia.

Cuando llegué al pueblo de Las Heras encontréme con que él hasta ese instante insospechado pariente había muerto, y sus exequias realizadas horas antes de mi llegada.

Contrariado por el atraso del tren, que me llevó a ese rincón de provincia con paso de tortuga, impidiéndome llegar a tiempo para cumplir aquel penoso deber, me dirigí apesadumbrado al único hotel de la localidad.

Hallábame encerrado en mi cuarto, cuando escuché unos golpes dados en mi puerta.

Abrí con cautela y encontréme con una misiva del cura del pueblo, en la cual me pedía fuera a su casa aquella tarde, manifestándome tener revelaciones de importancia que hacerme.

Pasando de una emoción a otra, acabé por no experimentar extrañeza, ante las cosas extraordinarias que me ocurrían y prometí no faltar.

A la hora convenida me encaminé a la Casa Parroquial.

Bajo un parral que el buen tiempo vestía con los primeros brotes, encontré sentado en un banco rústico al cura.

Abstraído en la lectura de su breviario, no advirtió mi presencia hasta que me encontré a su lado.

Con ademán afable me estiró su mano flaca y nu-
la ingenuidad de un niño, me sonreían con dulzura.
dosa, mientras que unos ojos azules en que brillaba

Al aceptar el asiento que me ofreció a su lado, lo vi guardar su libro de horas en un profundo bolsillo de su sotana, que imaginé atestado de estampas y medallas, sin olvidar por cierto su tabaquera y algún pañolón a cuadros.

—Señor cura — exclamé. — ¿Usted deseaba hablarme?

—Sí.... sí, y ya comenzaba a arrepentirme de no haber ido yo mismo a verlo, temiendo no acudiera a mi llamado.

Traté de manifestarle mi vivo interés por conocer sus revelaciones que arrojarían luz sobre aquellos sucesos inexplicables, pero el sacerdote me interrumpió:

—Aunque pueda parecerle extraño, yo conocía a usted de nombre...

—¿A mí, señor cura?

Sí, el anciano que acaba de morir, en sus últimos momentos, no cesaba de nombrar a usted

Miréle con incredulidad.

—¡Bah! — me dije — ¿cómo podía hablar de mí quien no me conocía?

Al sorprender en mis ojos un destello de desconfianza, agregó cual si hubiera leído en mi pensamiento:

—No conocía a usted... pero en su corazón gritaba la voz de la sangre, más fuerte que sus rencores.

—¿Sus rencores?... no sé realmente; le ruego me descifre este enigma.

Quedóse pensativo, después dijo:

—Voy a satisfacer su curiosidad; a más, tengo encargo del muerto de hacer a usted algunas revelaciones.

Sentí una especie de terror; yo mismo solicité la confidencia y ahora experimentaba una secreta cobardía, ¿tendría algo que ver con mis padres? ¿qué pena profunda había oído durante la vida, el alma de aquel muerto misterioso?

II

El sacerdote arrancóme a mis pensamientos y con voz ligeramente velada dijo:

—Hace días fuí llamado a la cabecera de un mo-

ribundo, era un anciano que las gentes vieron llegar al pueblo como agobiado por un gran dolor.

Su reserva y el aislamiento de que se rodeó valiéronle el sobrenombre de el "Buho"... Así le designaban los campesinos al relatarme alguna nueva excentricidad del viejo solitario.

Mas yo al escncharlos pensaba en la amargura de esa vida, que desde el primer instante imaginé un largo calvario.

Pero he aquí que la muerte venía a ofrendarle el ansiado descanso.

En el ejercicio de mi Ministerio he asistido a muchos seres en aquel horrible trance, mas nunca había visto un alma tan acongojada.

El odio se levantaba en su corazón como las olas bravías de un mar tempestuoso.

Pidióme le ayudara a incorporarse en el lecho, luego exclamó con la mirada extraviada y la voz anhelante:

—¡Ellos me ofendieron... me burlaron!

Y señalaba con sus manos descarnadas los ángulos oscuros de la estancia, donde creía ver en aquella hora suprema a los que lo traicionaron.

Después sus manos cayeron abatidas y mirándome con fijeza continuó:

—¡Voy a contarle una historia... después me dirá señor cura si el que tanto ha sufrido puede perdonar jamás!

Enseñéle la Cruz recordándole que el Divino Maestro perdonó a los que le ofendieron.

El viejo inclinó la cabeza, meditó breves instantes y comenzó así:

"Había en un tiempo un hombre feliz... Poseía todo cuanto pudiera ambicionar; una esposa a quien amaba, un hogar dichoso, una hija que era el orgullo de su padre.

La fortuna le prodigó sus dones, y él satisfacía con su oro sus caprichos.

¿Qué podía proporcionar el dinero que no estuviera al alcance de su mano?

En verano una quinta llena de flores le ofrecía delicioso retiro; habitaba en invierno su espléndida casa en la ciudad; sus amigos formaban legión; era socio de varios clubs, tenía extensas vinculaciones...

¿Cómo presagiar la tormenta cuando en el cielo no hay ni un celaje? ¿Cómo dudar de la vida que le sonreía con halago? ¿Puede nadie imaginar la tempestad que arrecia de pronto, cuando se navega en un mar tranquilo?''

Al advertir que divagaba volvió a su narración.

Por aquel entonces murió un amigo de la infancia a quien amaba; habían cursado juntos sus estudios, pero al llegar a hombres la vida los separó.

El, que no necesitaba labrarse un porvenir, dedicóse a sus viajes y demás placeres; y el otro dominado por una verdadera vocación militar abrazaba la carrera de las armas.

La muerte lo sorprendía en una lejana campaña contra los indios; más a pesar de sus grandes sacrificios, no le había sido posible dejar a su hijo ni un mediocre bienestar.

Por los diarios supo con sentimiento su triste fin.

Un día se presentó en su casa un joven de aspecto elegante, vestido de riguroso luto.

Entrególe una carta póstuma de su amigo en la que le suplicaba en recuerdo de su antigua amistad velara por su hijo.

El muchacho era inteligente, su carácter suave y maneras afables acabaron por vencer un incomprensible e íntimo recelo que le inspiraba aquel desconocido.

Con un tacto particular trató de ganarse su buena voluntad y confianza; tanto que al poco tiempo ha-

cíale parte en sus negocios, llegando a ser el apoderado y administrador de sus bienes.

Recibido en su casa como de la familia, no tardó en notar su inclinación hacia su hija.

Mas él se opuso tenazmente a aquellas relaciones.

La joven, sumisa, pareció obedecerle y su enamorado volvióse desde entonces taciturno, reservado, dedicándose por completo al trabajo, cual si quisiera olvidar.

Fomentado por su bienhechor ganó dinero, lo suficiente para asegurar su tranquilidad.

¡Mas, la ambición!... ¿ ,.:oc; acde tasbé-,, S (o el fondo del alma hay esa levadura de malas pasiones? ¿por qué la maldad siempre en acecho estira su zarpa e hiere en el momento menos pensado?

Durante largo tiempo su atención se alejó de los negocios, requerido por acontecimientos de otra índole. Su esposa atacada de pronto por una grave afección moría del día a la noche.

Como su protegido era el apoderado de sus bienes le fué fácil maniobrar en favor de sus propios intereses y detrimento de su bienhechor.

¡Que amargo despertar; el hogar vacío; la fortuna derrumbada!

Arrojó de su lado al miserable, no quería volver a verlo jamás!

Al menos la vida no le quitó cuanto poseyera... aún quedábale el amor de su hija; y el infeliz aferrándose a esa ternura, sacó fuerzas para comenzar de nuevo la lucha por la existencia.

Instalóse con ella en las afueras de la ciudad en una casita blanca de sol, donde todavía creía ser feliz. ¡Oh el invencible optimismo, que hasta en los momentos de amarga prueba nos habla de días mejores! Es como si una voz nos gritara; espera... espera! y con esta dulce promesa el corazón se engaña.

La traición de que fuera víctima, considerábala un hecho aislado, ¿podría por un hombre juzgar la humanidad? ¡No... no; nada estaba perdido! ¿No tenía, acaso, amigos, quienes participaron de sus riquezas! Le bastaría un apoyo y estaba seguro de rehacerse.

Juzgándolos por su propio corazón recurrió a ellos. Y aquel que prodigó a manos llenas su amistad, su dinero, su confianza, fué recibido como un extraño por los que antes lo adulaban.

Dónde estaban las sonrisas, las atenciones, el afecto de otrora? ¿Qué se había hecho todo eso? ¿Fué, acaso, humo o no existió jamás?

Conoció los silencios desdeñosos, la indiferencia que hiere como una bofetada en pleno rostro.

Hasta los criados de sus amigos que antes se inclinaban en su presencia como obedeciendo a una consigna, cerráronle las puertas con altanería.

Quedóse pensativo cual si recordara paso por paso aquel largo camino en que murieron todas sus esperanzas.

Entonces — continuó — experimentando un asco inmenso ante la falsía de que estuvo rodeado, se refugió en su hogar.

Mas, pronto comprendió que ni allí encontraría la paz ansiada.

Por una extraña coincidencia, cuando su corazón era herido por el desengaño, el alma de su hija abríase como una flor delicada, a la ilusión del vivir.

Ofuscado por su egoísmo no pensó sino en sus dolores, tornóse melancólico y su carácter se agrió cada vez más. ¡Cómo la recordaba años más tarde tejiendo a su lado silenciosa en las largas veladas de invierno! Le parecía verla con su cabeza rubia inclinada sobre la labor; le parecía acariciar sus rizos dorados que brillaban al resplandor del fuego.

¡Oh pasado indeleble cuyas escenas vivieron siempre en su corazón!

Y así transcurría el tiempo sin traerle ningún consuelo; embargado por sus sufrimientos no veía nada de lo que ocurría en su derredor.

No veía que su hija siempre bulliciosa, alegre, que llenaba con sus gorjeos de alondra el hogar, estaba triste cual si una honda preocupación trabajara en su espíritu.

¡Bah! ¿No tenía, acaso, suficiente con sus propios tormentos para indagar ajenos pesares? ¿Cómo leer en otra alma, cuando no alcanzaba a descifrar su propio dolor?

Hasta que un día...

La voz del anciano fué muy débil, su cabeza cayó sobre la almohada, mientras gruesas lágrimas surcaban el ajado rostro.

Pasó una mano por la frente cual si quisiera aclarar sus ideas.

—Si se fatiga demasiado no prosiga usted, acaso le sea perjudicial.

—No — me repuso — debo llegar hasta el fin...

Hizo una pausa.

—¿Por dónde iba? ¡Ah; sí... sí!... Un día encontrábase más triste que de costumbre, el corazón parece como que presintiera el dolor...

—¡Lelia! — gritó a su hija — pero sólo respondióle el eco de su propia voz en la casa solitaria.

—¡Lelia! — insistió pensando que ocupada en sus tareas domésticas, acudiría por fin a su llamado. Más asaltado por un súbito presentimiento, llegó hasta una mesa, habíale llamado la atención una carta puesta en sitio ostensible.

Comprobó que le estaba dirigida, rasgó el sobrescrito con presteza y leyó lo siguiente:

Querido padre:

Cuando leas estas líneas estaré muy lejos; una

fuerza suprema ante la cual en vano luché sin tregua me arrastra inexorable. ¡Perdóname; mas no he tenido valor de arrostrar de nuevo tu negativa. Jules Bertín y yo nos amamos; nadie en el mundo podrá impedir nuestro amor.

—¡Mi padre! — grité emocionado al escuchar aquel nombre.

—El hombre que lo había arruinado — replicó con énfasis el cura, repitiendo las palabras del moribundo.

Después continuó:

—Un velo de lágrimas oscureció su vista, su cabeza daba vueltas.

—¡También ella! — gimió. — ¡También ella me abandona! ¡Oh, la mala hija!

Desde entonces fué como si una lápida hubiera caído sobre su corazón.

¡Aquel último golpe habíalo aniquilado, era un muerto en vida!

Y así transcurrió un año de soledad de desamparo, de miseria... Ya no luchaba; los resortes de su voluntad estaban rotos; a mas, ¿para qué lo haría? ¿para quién? ¿por su vida? Al contrario. ¡Si hubiera podido morir! ¡Oh, el descanso, no pensar, no sufrir, el olvido, la nada!

Un atardecer contemplando desde su ventana los árboles cuyas hojas doradas por el otoño comenzaban a desprenderse; abstraído en aquella elocuente imagen, no supo si era juguete de sus quimeras...

Allí a dos pasos suyos, hallábase una mujer con un niño en brazos, que se había deslizado hasta él como una sombra.

Permanecía parada, mustia, con el rostro lívido.

—¡Padre! — exclamó al fin.

En aquella sola frase había un mundo de ternura, mas no bastó a su corazón.

Miróla con ojos terribles; ya no dudaba, era ella...

¡Eran sus ojos... su voz!... Vió después el niño que dormía sobre su pecho.

¿Qué pasó por el alma de aquel hombre? ¿Por qué en vez de estirarle sus brazos llamándola a sí para darle su perdón se levantó colérico, demudado?

—¿Quién eres? — exclamó. — ¿Cómo te atreves a presentarte ante mí, con el hijo del hombre que labró mi desdicha?

La madre se tambaleó.

—¡Perdóname! — imploraba. — Yo también sufro; bien caro pagué mi capricho, sin tu perdón no puedo ser feliz!

Pero él ya no oía; presa de un vértigo cayó sobre un sillón.

La joven estrechó a su hijo y comprendiendo que aquella alma endurecida por el sufrimiento, estaba cerrada a toda piedad; como si fuera un fantasma, se alejó...

III

Mi amigo Creusse quedóse abstraído.

Interesado por conocer el final de aquella historia le pedí continuara.

El se apresuró a complacerme y prosiguió:

—Mientras tanto — me dijo Jules — había anochecido, las sombras como un manto de gasas cubrían la aldea, y ya el campanario se borraba en la penumbra...

El cura levantóse y exclamó señalando su casa donde brillaba la luz de una lámpara.

—¿Quiere que entremos? Allí continuaré mi relato.

Seguílo en silencio; creyéndome, sin duda, embargado por intensa emoción, calló a su vez.

Penetramos en una sala que podía haber pasado por la celda de un cenobita, tal era su aspecto de extrema austeridad.

Las paredes eran blanqueadas a cal y de una de ellas pendía un Crucifijo.

En el medio de la habitación, hallábase un escritorio atestado de papeles, y en un rincón una biblioteca polvorienta.

El cura avivó la luz de la lámpara, ofrecióme una silla y tomó asiento a su vez.

—¡El odio! — exclamó — es un ácido corrosivo que destruye, que mata... Por eso día a día embargado por él, íbase despedazando aquel lacerado corazón... El alma que odia es un yermo, donde sólo crecen las espinas.

Hizo una pausa, luego continuó su narración.

—La voz del anciano era cada vez más débil; tuve que aproximarme para comprenderle.

—Cuando el pobre hombre volvió en sí, — dijo — la dulce imagen se había desvanecido, levantóse como loco arrepentido de su crueldad.

—¡Lelia, Lelia! — gritó — pero, como otrora, sólo el eco de su propia voz le respondió.

Después de estos sucesos, la vida resultábale imposible en el hogar abandonado.

Vendió lo poco que le quedaba, y huyó de esos lugares en que sentía recrudecer sus heridas.

Quería irse lejos... lejos, donde nadie supiera su dolor; pero, he aquí que su partida fué un nuevo desgarramiento, experimentaba la sensación de que en aquella casita donde tanto sufriera, había dejado algo de su alma. ¡Oh, era inútil cuanto hiciera por revelarse contra su destino!

Convertido en un escéptico no creía en nada, no esperaba en nada; entonces buscó un lenitivo a sus pesares.

Frecuentó los bars, convirtióse en un noctámbulo, tuvo trato con gente de baja especie, hasta que creyó haber hallado por fin consuelo, ahogando en alcohol sus amarguras.

Y bebió el olvido, la indiferencia. Ya no era el mismo. Parecía haber surgido de su propia miseria un hombre nuevo.

Después sus exiguos recursos se agotaron y conoció todas las angustias, todas las humillaciones. Y así pasó el tiempo... ¿Cuánto? ¡No sé! ¿Podría decir que mucho? Esto es relativo, para algunos seres los años son siglos, para otros un soplo...

Una vez, vagaba por la ciudad con el rostro demacrado, la barba crecida, hubiera sido imposible conocerlo.

En la calle tocaba un órgano quejumbroso, multitud de pilluelos jugaban en derredor.

Confundido con aquella chusma dejóse caer en un umbral; hallábase entregado a sus pensamientos; su mirada distraída abarcó el cuadro que lo rodeaba y su corazón dió un vuelco...

¿Era que el destino no habiendo saciado su crueldad, guiaba sus pasos hacia aquellos lugares, para gozarse en su dolor?

Cuando pudo serenarse, vió en frente suyo, la quinta que habitara en épocas felices. Nada había cambiado; allí estaba la verja de hierro que daba acceso al verjel mustio a sazón, allí estaba la yedra que enamorada del muro, revestía la casa con su hojarasca invernal de tonos rojos.

Allí hallaba su corazón un manantial inagotable de dolorosas emociones.

La puerta de aquella casa abrióse y apareció un niño.

En la obscuridad de su alma fué como si alumbrara un rayo de sol.

Era el hijo de Lelia... de su hija, y mirábalo con avidez.

Tenía sus mismos ojos, sus mismos rizos, y escuchaba arrobado el timbre de su vocesita infantil.

Loco de alegría fué a lanzarse en pos de la criatura, deseaba estrecharla entre sus brazos, reclamando el derecho que tenía a su amor...

¡Si hubiera podido olvidar! Pero, en ese instante todo el pasado oscureció su vista y quedó anonadado. ¿Podrá calcular señor cura lo que pasaba en ese infeliz, sabiendo que a dos pasos suyos estaba el hombre que le quitó cuanto tuviera y vivía olvidado de su crimen?

¡Qué lucha se desencadenó en su conciencia!

Por momentos le pareció oir que le recordaban sus tormentos. ¿De quién era esa voz que le sugería las más terribles venganzas? ¿Quién le decía, el hijo de tu amigo, tu protegido a quién prodigaste tu cariño te traicionó, te quitó tus bienes y hasta tu propia hija; él es dichoso, tú desgraciado; él todo lo tiene, tú nada posees?

Una nube roja pasó por sus ojos, su mano palpó sus bolsillos buscando un arma.

Después un sollozo desgarró su pecho.

¡No, no debía escuchar aquella voz que era sin duda la voz del mal!

Miró por última vez la criatura; levantóse como ebrio y echó a andar calle abajo.

Desde entonces — continuó — sus alucinaciones lo obsesionaron; bastábale cerrar los ojos para ver a su hija que imploraba su perdón y a su esposa que lo miraba con aire de reproche.

Hasta su sueño era poblado de extrañas visiones. ¡Cuántas veces no pudiendo reprimir los impulsos de su odio, tomó en sueños su ansiada venganza; y al despertarse miraba sus manos, asombrado de no hallarlas tintas en sangre!

IV

El anciano me miró con ansiedad.

—Señor cura — exclamó — hemos recorrido juntos la abrupta senda de esa vida, no falta más que el fin...

Adopté en silencio mi anterior postura, preparándome a escucharlo de nuevo; mas pareció que su pobre mente cansada, se perdía en el laberinto de sus recuerdos.

—¿Cómo llegó a este pueblo? — dijo. — ¿Qué mano invisible lo llevaba? Todo era en su existencia cual si los acontecimientos estuvieran escritos y previstos por su destino.

Una noche de invierno hallábase más acongojado que nunca, deseoso de olvido encaminóse a una taberna para calmar con alcohol sus acerbos dolores. Llegó con la mirada torva y el aire abatido.

Al abrir la puerta, una racha helada se coló junto con su magra figura; la lámpara a kerosene que pendía de una viga del techo se balanceó y estuvo a punto de apagarse.

—¡Voto a mil diablos! — gritó el tabernero con voz colérica.

El hombre, impasible, miró en su derredor.

Hallábanse allí reunidos una veintena de individuos; unos jugaban a los naipes congregados junto a una mesa redonda, otros bebían y hablaban en voz alta, extrayendo de sus pipas enormes bocanadas de humo que flotaban en el ambiente como un velo azul.

El recién llegado se acercó al mostrador, pidió uno de esos brebajes que matan el cuerpo y el alma, registró sus bolsillos, y extrajo su último dinero.

—Páguese — exclamó.

Había tomado el vaso y bebía con avidez.

El dueño de la taberna le dió el vuelto. El viejo miró la moneda con recelo.

—¡Es falsa! — murmuró.

El tabernero ciego de ira, trató de arrojar fuera al infeliz.

El viejo recogió con presteza la moneda y llegó a la puerta con aire medroso como un perro apaleado.

Mas, desde allí dióse vuelta; su cuerpo encorvado por los años temblaba como epiléptico bajo la ropa miserable; sus ojos despedían extraño fulgor, mientras su boca contraíase en un gesto de desprecio.

—¡Es falsa!... ¿Creerán sin duda que esto me asombra? ¡Ja, ja, ja! ¡La dí verdadera y vuelve a mis manos falsa!... ¡Tenía que ser; así fué siempre en mi existencia!

Y hablaba, hablaba a un ser quimérico, que de pronto surgía ante su vista; era el espectro de su propia vida, el espectro del pasado envuelto en el sudario del desengaño. Y él lo apostrofaba, echábale en cara sus angustias, sus dolores; estaba transfigurado.

—¿Qué más dá que esta moneda sea falsa? — decía. — Todo es falso en el mundo... Falsa la amistad, falso el cariño... Falso el oro que brilla en los falsos oropeles. Y si no, ¿quién puede arrojar la primera piedra?... ¿Quién no tiene algo falso metido en el corazón?

Los circunstantes impresionados por la voz de aquel hombre, y sus palabras incomprensibles le observaban en silencio.

Habían cesado las conversaciones, y el ruído de las fichas, la escuálida figura del viejo era centro de todas las miradas; apretó en su mano crispada aquella moneda y salió con paso vacilante.

Su voz era débil como una queja.

Lo demás, lo sabe usted, señor cura, ese hombre se

sintió morir, y no quiso irse del mundo con aquel odio que pesaba en su corazón; ahora, dígame, dígame por piedad, si quien tanto ha sufrido, puede perdonar jamás!

El sacerdote hizo una pausa — agregó mi amigo Bertín, — sacó de sus bolsillos sus anteojos y abrió un grueso volumen cuyas tapas de cuero negro gastadas por el uso, me decían claramente que durante el transcurso de innumerables años, había sido hojeado por su mano piadosa.

—Escúcheme, — dijo — al llegar aquí en su narración, esto leí al moribundo:

''Viendo Jesús mucha gente subió a un monte, y
'' habiéndose sentado, se llegaron a él sus discípulos
'' y comenzó a enseñarles así:

''Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, diente por
'' diente? Yo os digo: Si alguno te hiere en la me-
'' jilla derecha, preséntale la otra.

''¿Habéis oído que se os dijo?: Amarás a tu pró-
'' jimo y aborrecerás a tu enemigo?

''Pero yo os dijo: Amad a vuestros enemigos, ha-
'' ced bien a los que os aborrecen y orad por los que
'' os persiguen y calumnian''.

Quedamos en silencio; el ancianó inclinó la frente cual si aquellas palabras, le hubieran conmovido hondamente.

Entonces continué mirando con devoción el Crucifijo. ''Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores''.

A medida que repetía los versículos del Evangelio, la faz del anciano iluminábase con una luz interior.

Escuchaba... escuchaba atentamente. Su alma sedienta de consuelo durante tantos años, bebía mis palabras con avidez, y a través de sus lágrimas brillaba en su rostro una augusta serenidad.

—¡Oh la dulce piedad! — le dije. — El perdón,

la caridad cristiana, el amor a nuestros semejantes!

¿Por qué convertirnos en jueces? Dejad que Dios, que lee en lo recóndito del corazón humano, pronuncie en su hora la sentencia; los de aquí abajo, míseras criaturas, debemos atenernos a su justicia...

Jesús dijo: "No querais juzgar y no sereis juzgados".

El, vino al mundo a traer la luz que brilló en las tinieblas, sus palabras eran de amor, de perdón, y de consuelo.

—Padre — dijo al fin — qué dulzura experimento, qué consolación, todo me parece tan lejano, tan pequeño, tan ínfimo, al lado de la grandeza del perdón.

Después cual si cediera a un movimiento superior a su voluntad, exclamó:

—¡Si pudiera ver a mi nieto! Sus padres han muerto; no puede alcanzarles mi perdón; pero él, mi nieto... avísele en mi nombre, señor cura; oh, si pudiera verlo antes de morir!

Mandé hacer un telegrama; pareció más calmado; después, me dijo con timidez:

—Yo desearía pedirle, ya que usted ha sido tan piadoso conmigo..., por si no me alcanza mi nieto, quiero dejarle algo escrito.

Apresuréme a complacerlo, traje junto al lecho papel y tinta.

Sintiendo que la vida lo abandonaba, el viejo me dictó una carta.

El párroco me la entregó con ademán sencillo.

Abrí con mano temblorosa aquella especie de mensaje de ultratumba y leí lo siguiente:

"Querido nieto:

"En la hora de la muerte estiro mis brazos a ti.

"Como tal vez no me sea dado el consuelo de verte, " te escribo estas líneas que son mi testamento.

"Te lego esa "moneda falsa", símbolo del caudal

" de mi experiencia; sufrí mucho, y en mi hora pos-
" trera la miro como el síntesis de mis desengaños.

"No creas que quiero destruir tu juvenil optimis-
" mo; deseo únicamente que te sirva de alerta en las
" encrucijadas del camino.

"El señor cura ha aceptado mi encargo... te re-
" velará mi historia; entonces te explicarás el mo-
" tivo de mi extraño legado".

V

Al día siguiente amaneció un hermoso día de sol; pero ni la belleza del paisaje, ni aquel derroche de luz, pudieron disipar las sombras que dejó en mi alma el relato del Padre Daniel.

Deseando visitar antes de mi partida la tumba de mi desventurado abuelo, me dirigí al cementerio local.

Dejando a un lado la calle principal, seguí un camino circundado de tapias, que la primavera comenzaba a vestir con madreselvas y campanillas azules.

A mis espaldas quedaba la aldea recostada graciosamente en la colina, con sus rojas techumbres y sus casitas pintadas de blanco.

Después de un rato de buena marcha, encontréme ante la puerta del camposanto.

Empujéla lentamente, el áspero chirrido de sus goznes hizo volver la cabeza a un viejo que cavaba una fosa a pocos metros de allí.

Tocó el ala de su sombrero y me miró con unos ojillos grises, fríos, que parecían interrogarme el motivo de mi presencia en aquel lugar.

En pocas palabras expliquéle lo que me llevaba; dejó su azadón y echó a andar con paso desigual.

Yo le seguí en silencio, embargado por íntima emoción.

Mientras recorrimos un sinnúmero de callejas tortuosas, no pude dejar de reflexionar sobre lo efí-

mero de la condición humana; quedando absorto ante el misterio de esas tumbas, que guardaban los despojos de vidas que fueron, y que hoy la muerte reunía en un mismo abrazo.

Pero la voz del sepulturero, me volvió a la realidad.

Hablaba con indiferencia, como naturalizado con la muerte.

—Aquí yace — dijo, el anciano que fué enterrado ayer.

Con la consiguiente emoción comprobé que la tierra había sido recientemente removida; hinqué mis rodillas ante la humilde cruz de pino, y descifré el nombre en la lápida de mármol...

Recé largo rato; después me entregué a mis tristes reflexiones.

Mi alma llena de piedad, evocaba aquella otra alma cuyo paso por la vida fuera una tristeza; las palabras del cura sonaban aún en mis oídos; y recorría paso por paso, la dolorosa historia.

Caía la tarde; el cielo estaba puro, sólo hacia el ocaso unas nubecillas blancas como copos de espuma, comenzaban a incendiarse a los rayos del sol poniente.

Levantéme con presteza — terminó Jules Bertín — sentía una gran angustia; mas, reprimí mis sollozos por no turbar la paz del que allí dormía".

.. ..

.. ..

Sus últimas palabras — dijo Rolando — dejaron en sus labios una crispación de amargura.

Se hizo un gran silencio; mientras tanto yo reflexionaba.

¿Era verídico que aquella historia se la reveló Jules Bertín? ¿O, Rolando, en un íntimo deseo de confidencia, tomaba ese nombre para poder revelarme el misterio de su fetiche? ¿Era mi amigo Creusse el

nieto de "el Buho", y por un pudor muy explicable ocultaba los nombres de los verdaderos protagonistas de esa narración, muy humana, muy real, después de todo?

Rolando arrojó sobre la mesa de mármol la moneda que según decía, le dió su amigo Bertín.

Rebotó con ruido hueco y fué a caer en mi mano...

Por la puerta vidriera ante la cual nos hallábamos situados, vimos un rectángulo de luz lívida.

—Es el alba que llega, — dijo soñoliento.

Nos despedimos; yo quedéme un rato parado, viendo su silueta que se perdía entre los telones de la bruma.

Caminaba como agobiado, cual si todo el dolor del abuelo pesara en ese instante en su corazón.

Alejéme a mi vez pensando:

Falsa como esa moneda circula mucha en el mundo, y los que la emplean quedan siempre impunes ¡no los alcanza la ley!

LA QUIMERA DE BETINA

Lo imprevisto me reveló ha poco una historia de amor; o para hablar más propiamente, un misterio de amor. Contaré el caso.

Volvía yo por el tren de las 16 y 22 de un pueblo cercano a la Capital, y en busca de un rincón tranquilo para hacer cómodamente el corto viaje, me había refugiado en un vagón desierto, cuando mis ojos distraídos y vagabundos descubrieron abandonado sobre un asiento cercano, un pequeño maletín. Me levanté, fuí hacia él, y lo recogí con la intención de entregarlo al inspector. Pero apenas hube vuelto a mi lugar con el hallazgo, una curiosidad irresistible se apoderó de mí. ¿Qué podía contener aquel coqueto saco de piel de Rusia y dorados herrajes, de propiedad femenina según todas las apariencias? Lo palpé cautelosamente, y un crujir de papeles en su interior acicateó mi curiosidad. ¡Papeles! ¿Serían documentos? ¿Serían billetes de banco? ¿Serían cartas de amor?

El tren corría vertiginoso; la tarde agonizaba; sobre el áspero paisaje suburbano la sombra descendía,

y el inquieto lomo del río vecino, ostentaba en la lejanía siluetas de barcos. A ambos lados de la vía, poblaciones y caseríos comenzaban a iluminarse, y sobre la barranca, villas y palacetes; se destacaban en el horizonte con vigorosos toques de cepia.

Con el maletín al lado, y la mirada perdida en el fugitivo paisaje, sentía acrecentarse en mí un ansia de averiguar qué secreto se ocultaba en el saco misterioso. Comprendo que fuí débil e indiscreta. Reconozco que me rendí a impulsos que debí refrenar. ¡Sea esta pública confesión, el castigo de mi culpa! Cedí a la tentación y apreté el resorte del maletín, después de asegurarse de que nadie me observaba. La bocaza recuadrada del pulido metal se abrió ampliamente, y quedó de manifiesto ante mis ojos lo que había adentro. Eran cartas. Cartas revueltas, estrujadas, algunas de ellas medio desgarradas, como si se las hubiera introducido allí con agitación y desorden, bajo el apremio de quién sabe qué urgencia. Cartas que referían acaso alguna de esas historias del sentimiento, viejas y eternamente nuevas; cartas en las que tal vez se reflejaban, las quimeras — dolientes y exquisitas — de algún corazón enamorado.

Llegábamos al Retiro. No tuve tiempo sino para advertir de una ojeada, una escritura masculina irregular y nerviosa. Y acabé de consumar mi mala acción. Mordida por la curiosidad, ávida de conocer el secreto de aquellas cartas, descendí del tren y me alejé de la estación llevándome el maletín.

Cuando entré en mi casa me encerré en mi cuarto (como acto de contrición tendré el coraje de acusarme hasta el fin), y devoré la correspondencia que el azar y (oh! lector, oigo que tú agregas: la falta de escrúpulos), había puesto al alcance de mi mano. Se trataba efectivamente, según yo lo supusiera, de car-

tas de amor. Eran los desahogos de un alma inquieta y atormentada, que había ido volcando sus incertidumbres, sus congojas y sus esperanzas, en una serie de misivas, escritas con impresionante sinceridad. Nada de retórica ni de artificios literarios, nada de relumbrones matafóricos ni de simulada emoción. Quien había escrito aquello, había escrito lo que sentía, había dejado que su espíritu se exhalara en palabras, con la naturalidad y la fuerza, con que brota del manantial el agua pura. Si la artificiosidad estaba ausente de aquellas cartas, el arte sobrio y espontáneo de un escritor, se manifestaba en ellas. La nobleza del pensar, la hondura del sentir, la suelta y flexible elegancia de la frase, revelaban a un profesional de la pluma. ¿Sería un poeta enamorado? Sí, eso debía ser. Sólo un poeta, es decir, una sensibilidad exaltada, una inteligencia disciplinada por el estudio y la contemplación del mundo moral, era capaz de traducir así sus impresiones.

Mi imaginación exornó al incógnito enamorado, con todas las seducciones corporales, que no podían menos que corresponder a tal espíritu. Y creo que por un momento, envidié a aquella no menos incógnita Betina, a quien estaban dirigidas las cartas, y que había sabido conquistar el amor de hombre tan extraordinario.

Pasé el resto de la tarde, sumida en vagas ensoñaciones. Las palabras que acababa de leer, habían alcanzando una intensa repercusión en mi propio ser. ¡Qué dulce, qué bueno debía resultar sentirse amada así!

Al siguiente día hice insertar en los diarios, un aviso poniendo a disposición de su dueño el maletín perdido. Y en el espacio de dos días que transcurrieron sin que nadie se presentase a reclamarlo, volví a leer muchas veces, algunas de aquellas cartas impregnadas de belleza y de pasión.

La tarde del tercer día, se me anunció la visita de la señorita Betina Soler. ¡Era ella! Iba a conocer al fin a la inspiradora de aquel amor magnífico. ¿Cómo sería? ¿Qué encantos poseería para haber provocado una pasión semejante, en un hombre tan selecto como el que yo entreveía a través de su correspondencia?

Era bella, en efecto, la muchacha, y la distinción de su porte, el recato de sus modales, la esquisitez de su espíritu, correspondían a su belleza. ¿A qué relatar los pormenores de la primera conversación que selló nuestra amistad? Baste decir que una vinculación afectuosa y estrecha, se originó aquel día entre nosotras. Le confesé mi pecado: había violado el secreto de su correspondencia. Y ella misma me relató la historia de amor a que el episodio del maletín se refería, autorizándome a escribirla y publicarla. Hoy que Betina Soler (¿necesito advertir que no es éste su nombre verdadero?), se encuentra viajando por Europa, quiero a mi vez contarte a ti, lector, lo sucedido. Pero puesto que recuerdo casi textualmente sus palabras, oigámosla a ella misma:

—"Fué en el Tigre — me dijo Betina — en donde yo veraneaba por entonces. Como de costumbre nos habíamos reunidos en la quinta de Peñalva, y nos entreteníamos aquella noche en charlas de cosas baladíes en la terraza, bajo la caricia silente de la luna, cuando llegó de la ciudad un visitante. Era Manolo Urquiola, un poeta de creciente fama, cuyos versos había yo leído con frecuencia en diarios y revistas. Quedé desagradable y casi penosamente sorprendida, al conocerle. ¡Cuán distinto era de lo que yo lo imaginé! A través de sus versos, lo concebía como un mancebo bello y varonil, de honda mirada y seductora prestancia. ¡Ay! el que tenía delante era un hombre de edad indefinida, bajo de estatura y calvo. Sus ojos miopes y saltones, miraban con una insis-

tencia que parecía impertinente, detrás de los anteojos encabritados sobre una nariz deforme. Cuando reía, enseñaba unos dientes enfermos bajo los cuatro pelos del bigote. ¿Era de veras aquel personaje simiesco y casi repugnante, el autor de las deliciosas estrofas, todas espiritualismo, que las revistas se disputaban, y yo recitara de continuo con emoción? ¡Qué desencanto! Mi primer movimiento fué casi de rencor para con aquel tipo ridículo que substituía al otro, al idealizado por mí, al que mi fantasía le había prestado formas armoniosas, a aquel a quien yo profesaba un afecto silencioso...

—¿Qué te parece, Urquiola? — me preguntó Chita Peñalva en un aparte.

—¡Qué quieres que me parezca! — le contesté con ironía que no disimulaba mi despecho,—es un mono, y lo que es peor, un mono sabio.

—No precipites tu juicio, Betina, replicó Chita; Urquiola tiene no sólo un gran talento, sino también un alma llena de bondad y de ternura. Para juzgarlo tienes que hacer la parte del espíritu.

¿La parte del espíritu? La tenía hecha de tiempo atrás. La parte del espíritu era la que me había engañado, la que me había defraudado, la que se había burlado de mi candorosa ilusión. El espíritu era bello sin duda; pero ¿cómo un hombre de inteligencia tan sutil, como un fino psicólogo, como el que se revelaba en sus versos, no comprendía que llevaba en sí una antinomia trágica, y que de su doble personalidad, grotesca la una, cautivante la otra, no tenía derecho para mostrar sino la segunda? ¡Qué se metiese en un rincón y no se dejase ver sino en espíritu! ¡No había derecho para estafar a las gentes con semejante presencia!

Chita sonriente escuchó mi desahogo, y se alejó para organizar un pequeño paseo a pié bajo los sauces,

siguiendo el borde del río. ¿Fué casualidad? ¿Fué maniobra de Chita? Lo cierto es que cuando emprendimos el paseo, me encontré sin saber cómo al lado de Urquiola. Caminábamos lentamente bajo la penumbra del follaje, y tal cual rayo de luna que se filtraba por entre las ramas, no alcanzaba a alumbrar la fisonomía de mi interlocutor, que discurría con voz dulce y grave, de cosas interesantes y sencillas. El encanto de su palabra me ganó poco a poco. Olvidé su figura material, y atenta sólo a la música de sus frases sutiles que hablaban de Arte y de Belleza, la figura idealizada, que mi fantasía le prestara al poeta antes de conocerle, reapareció ante mis ojos. No sé si, en términos generales, sus frases hablaran también de amor; pero sí sé que volví a quedar cautiva — tan grande es el poder de la ilusión — de aquel espíritu exquisito, cuyo acento cobraba no sé qué penetrante sugestión en la vasta serenidad de la noche.

Silbó un tren. Era el último que volvía a la Capital, y Urquiola necesitaba apresurarse para alcanzarlo. Se despidió allí mismo de nosotras, precipitadamente, y se alejó sin haber dado tiempo a que en mi alma se rompiese el reciente encanto. Al verlo irse sentí que una vaga nostalgia me oprimía, y suspiré...

—"Muchas otras veces nos encontramos después en lo de Peñalva — prosiguió Betina. Urquiola era un amigo dilecto de la casa, y se le recibía en ella con placer. Tuve, pues, ocasión de conversar largamente con él, en las veladas que casi a diario prolongaban la habitual reunión íntima, después de comer. De ordinario la concurrencia, — las chicas de la casa, y las de varias familias vecinas que venían con sus hermanos, — se distribuían en grupos o parejas, en la amplia terraza circundada de sauces, bajo el tenue resplandor de las estrellas. Cerca de

nosotros, medio oculto en la penumbra, corría el río lento y silencioso, y alguna barca a remo o alguna lancha a motor que pasaba a intervalos, cargada de paseantes, dejaba un rumoreo de voces alegres y de risas juveniles, cuyo eco íbase diluyendo poco a poco en el silencio nocturno. Eran aquéllos, el sitio y la hora que yo prefería, para mis conversaciones con Urquiola, primero porque la quietud y el paisaje impregnaban mi espíritu de una serenidad, que lo templaba al diapasón de las divagaciones sentimentales de mi interlocutor; segundo porque... lo adivina, ¿verdad , — porque la discreta sombra que nos rodeaba, defendía mi quimera de la realidad brutal... La semi-oscuridad de la noche y del lugar, me impedía ver la boca de donde salían aquellas palabras armoniosas, que mecían mi alma como al son de una suave barcarola; y el cráneo devastado, la nariz en forma de tubérculo, los cjos miopes y saltones, no existían entonces para mí. A quién yo escuchaba en aquellas pláticas deliciosas, recostada en una mecedora, y entrecerrando los párpados para intensificar los relieves de mi visión interior, era al poeta de mi fantástica quimera, al mancebo varonil de honda mirada y seductora prestancia... ¿Sospechó Urquiola el papel de sustituto de una sombra que lo hacía yo desempeñar en nuestros diálogos? Creo que no. Por el contrario: alguna respuesta expresiva dicha a media voz, alguna frase proferida por mí, bajo la sugestión de las circunstancias, algún olvido de mi propia ficción, en fin, lo hicieron creer que yo correspondía a su cariño. Porqué el poeta me amaba. Me lo había dicho cierta noche que, con varios amigos y amigas, volvíamos de una excursión. La soberana belleza del paisaje, la luna esplendorosa, el agua que espejeaba entre la fronda de los sauces, la calma de la naturaleza que nos envolvía en un vaho de emanaciones agrestes, — se

complicó otra vez, con la inefable música de las palabras de Urquiola para perturbarme y desorientarme. No sé... algo debo haberle respondido que estimuló sus esperanzas, porque aquella noche su hablar tan agudo en las ideas, tan evocador y tan pintoresco en la imagen, tan elocuente y tan conmovido, cuando tocaba asuntos del sentimiento, me embriagó como nunca. Recuerdo que esa noche la pasé toda entera, bajo la sugestión de sus palabras, que segían resonando en mis oídos como una música lejana''.

—''Pero las cosas llegaron a un punto difícil, prosiguió Betina Soler, después de una breve pausa. Ni la asiduidad de Urquiola, ni mi aparente aceptación de sus galanteos, habían pasado inadvertidos para los que nos rodeaban. Ya le dije que la familia de Peñalva tenía al poeta en particular estimación. Miraba, pues, complacida nuestro ''flirt'', y hasta se dedicó a estimularlo y protegerlo. Urquiola, por su parte, alentado inconcientemente por mí misma redobló sus atenciones. Y no ya entre las sombras propicias y misericordiosas de la terraza, sino en plena luz, bajo esa vibrante luz estival del Tigre, que, acaso por la reverberación del agua, cobra una diafanidad deslumbradora. ¡Qué desastre para el pobre Urquiola! Cuando se me presentaba bañado por el sol implacable, me sentía ganada a un mismo tiempo por la lástima y el rencor. ¡Cómo! ¿Era aquella especie de gorila grotesco, el que arrullaba mi espíritu; y perturbaba mis noche, poblándolas de melodiosos ecos y poéticas visiones? ¿Podía estar yo enamorada de semejante Quasimodo? ¿Era posible que espiritualizase tanto mis aspiraciones de muchacha romántica, como para abstraerme a aquella casi repugnante realidad? Hice un severo examen de conciencia; y si yo no llegué a ver del todo claro en mí misma, combatida, como me hallaba, por sentimientos contradictorios, llegué por lo

menos a tomar una resolución. Me alejaría del Tigre y de Urquiola. Pediría a mis padres que me llevasen a concluir la temporada veraniega a Necochea, y así me sometería a la prueba del fuego, de la ausencia. La distancia, la soledad, la privación de aquella especie de maléfico filtro verbal, con que sabía trastornarme el poeta, me volverían la serenidad necesaria, para aquilatar mi verdadero sentir, y, tomar una resolución definitiva, que decidiese la suerte de mi "flirt" con Urquiola. Así lo hice; y quince días después le tendía la mano por la ventanilla del tren a mi enamorado, que había ido a despedirnos a la estación, prometiéndole volver pronto yescribirle.

—"¡Escribirle! Hícelo apenas un par de veces, respondiendo en términos evasivos y triviales, a esas cartas acongojadas y febriles, que encontró usted en el maletín. Apenas llegada a Nectchea, me dí con empeño a nu nuevo "flirt". Quería someterme a la prueba que necesitaba, para saber exactamente a que atenerme. La casualidad hizo que encontrara en el balneario a un antiguo amigo de bailes y paseos, Jorge Lacroix, quien de tiempo atrás, me tenía demostrada viva simpatía. Arbitro de la moda y mimado de los salones, era Lacroix, lo que se llama un buen mozo. Pero no era más que eso. La mediocridad de sus ideas, la insignificancia de su instrucción y de su inteligencia, me afligieron. Yo prefería no hablar con él, admirando en silencio la elegancia con que llevaba su irreprochable smokin las noches de "soirée", o la naturalidad con que se movía dentro del traje de playa, meticuloso y atildado, en su afectada negligencia. Hice cuanto pude por enamorarme de aquel bello ejemplar de animal humano, exteriormente afinado por la civilización, que bailaba tan bien el "shimmy" y que tan bien se desempeñaba en los salones. Pero sucedía que en cuanto entablábamos

una conversación a solas, en cuanto abordábamos algún tema extraño a sus habituales actividades de hombre "chic", el alma se me caía a los pies, como vulgarmente se dice. ¡Qué chatura, qué estrechez mental! ¿Dónde estaba mi poeta, que sabía evocar universos con la magia de su palabra alada?

Esta vez invertido, resurgió en mi espíritu el conflicto anterior. ¿Podía yo amar a un hombre bello, sólo por su belleza, con prescindencia absoluta, de su incurable inferioridad moral? Acababa de buscarle solución al problema opuesto, y no le había encontrado otra que la fuga... ¿Qué hacer? ¿Cómo alcanzar ese ideal de la perfección, o por lo ments del equilibrio físico-espiritual, que pretendía yo encontrar en el hombre, para el cual reservaba mi corazón y mi existencia? ¿Era que perseguía un imposible? ¿Era que debía conformarme con la aproximación de aquello en que fundaba mi felicidad futura, optando por uno de los dos aspectos de la belleza que Dios ha puesto en el mundo, y renunciando a la vana pretensión de encontrarlos a ambos reunidos en una sola faz? Si tal debía hacer, era preferible que optara por el aspecto moral. Sí, era lo más noble, lo más digno de mí. Volvería al Tigre y le entregaría mi amor al poeta, que me imploraba desde lejos, cerrando los ojos ante su fealdad, y no abriéndtlos sino ante su hermosura interior. Después de todo, los hombres como Lacroix, no eran más que "sepulcros blanqueados", según dice terriblemente la Escritura...

Y otra vez convencí a mis padres, siempre felices de satisfacer mis deseos, y regresamos al Tigre, cuando ya la temporada de verano terminaba. Volví sin anunciárselo a Urquiola, a quien quería sorprender con mi presencia y con mi resolución de aceptar franca y abiertamente su cariño. Sin aviso previo, divertida de antemano, con el asombro que iba a producir,

me presenté aquella noche en la tertulia de Peñalva, segura de encontrarme con Urquiola. Allí le hallé, en efecto. De nuevo la hora y el paraje le pusieron su marco de ensueño a la entrevista. De nuevo escuché aquel acento grave y profundo, que repercutía en mí como el sonido en una caja de resonancia, llenándome de vibraciones armoniosas. De nuevo operó el milagro de alucinarme la magia de su verbo... E iba a pronunciar la palabra decisiva, el "sí" que Urquiola aguardaba anhelante, cuando alguien tuvo la ocurrencia de pedirme que ejecutara al piano el "Claro de luna". Preciso me fué acceder a esta demanda que todos apoyaron, y acompañada del poeta, me dirigí al próximo saloncito, alumbrado por una lámpara de pantalla china. La divina música de Beethoven exaltó aún más mi sensibilidad, excitada casi hasta el deliquio por las recientes emociones; y con la mirada en el teclado, dejé que mis dedos, movidos sólo por el dinamismo interior, fueran desgranando en el silencio las sublimes notas... Urquiola, que escuchaba de pié junto a la lámpara, prorrumpió en un ¡bravo! que me arrancó de mi ensoñación. Levanté mis ojos hacia él y, ¡Dios de misericordia!, lo que vi a mi lado, rozándome casi, soplando mis cabellos con su aliento acelerado y cálido, no fué un hombre: fué un orangután, sobre cuyo rostro horroroso concentraba la pantalla siniestras livideces... Mis manos se paralizaron sobre las teclas, y me pareció que la sangre se me helaba. Tuve, sin embargo, fuerzas para reaccionar, y sin hacer caso de Urquiola me levanté del asiento, y volví a la terraza. Las más opuestas impresiones se agitaban borrascosamente en mí. Sentía ganas de llorar; y al mismo tiempo una cólera hecha de amargo desencanto (aquella misma cólera cruel y vengativa, que me embargó, cuando conocí de cuerpo presente al poeta), mordióme el alma.

¡Pobre Urquiola! Fuí injusta y despiadada con él. No era suya la culpa de mi desilusión. Me había ofrecido lo que tenía, sin engaño ni doblez. Yo sola — soñadora incorregible, — había ido amontonando sobre mi cabeza, aquella tormenta de quimeras. Mas esto no lo comprendí hasta después, cuando la reflexión y la calma tornaron a mi espíritu. Por el momento una sola voz clamaba en mi interior: la de mi despecho ante la ilusión desvanecida. Rompí aquella noche, definitiva y brutalmente, con Urquiola, sin explicaciones ni paliativos, y le anuncié que al día siguiente iría a la Capital, con el objeto de hacerle llegar con seguridad a su domicilio, las cartas que de él conservaba, a trueque de las mías.

De regreso en mi casa, poseída todavía por esa cólera impulsiva e inútil contra las cosas, que es el defecto fundamental de mi carácter, busqué las cartas del poeta, y con crispada mano que las estrujaba al tomarlas, las arrojé en el maletín que usted conoce. Fuí, en efecto, al día siguiente, a la ciudad con el propósito de cumplir mi airada promesa, pero mi absurda cólera había pasado y reflexioné... Comprendí que no tenía razón ni derecho para descargar los rigores de mi loco enojo, contra un hombre cuyo solo delito era el de quererme, acaso aturdidamente, estimulado a ello por mí misma. La escena de la lámpara había muerto para siempre mi quimera; pero yo tenía el deber de desagraviarlo y de dulcificar nuestra ruptura. Lo vería de nuevo en casa de Peñalva, le entregaría en propia mano sus cartas, recobraría las mías, le diría palabras fraternales de consuelo, y nos separaríamos sin ofensas ni rencores, salvando siquiera los recuerdos. Y fué al regresar al Tigre, con mi maletín, cuando lo olvidé en el tren, absorbida sin duda por mi arrepentimiento''.

Había yo escuchado con vivísima curiosidad a Betina Soler, que al llegar a este punto se detuvo.

—¿Y Urquiola? — pregunté.

—He vuelto a verlo — me contestó — y le he dicho suavemente la verdad, omitiendo sólo aquello que a mi desencanto, ante la brusca visión de su fealdad se refería. Le he dicho que yo misma me había equivocado al imaginar que lo quería, y al dejárselo entender alguna vez. Le he pedido que me olvide, y que únicamente de nuestras pláticas a la luz de la luna conserve una memoria idealizada. Le he prometido, en fin, ser su amiga a la distancia, puesto que pienso partir en breve para Europa por una larga temporada. Y ahora, concluyó Betina Soler, usted que sabe de analizar almas, dígame qué piensa de mi "caso". ¿No lo encuentra extraordinario?

Rehuí la respuesta.

¿Para qué demostrarle que lo que su fantasía consideraba "un caso extraordinario", no venía a ser después de todo, sino un fútil episodio de la eterna oposición entre la quimera y la realidad?

BAJO EL MISTERIO DE UN ANTIFAZ

¡Alma... ven a mi alma sin ruido,
y dime así... al oído...!

(Amado Nervo).

Aquella noche de Carnaval, la Estación Retiro presentaba un aspecto de inusitada animación con la afluencia de máscaras, que, en grupos bulliciosos, llegaban apresuradas a tomar los trenes eléctricos al Tigre.

En el pintoresco pueblo vecino, debía realizarse un baile, en los lujosos salones del Club; y desde ya se descontaba la brillantez de la fiesta por la inmensa concurrencia que llegaba.

Hacia un lado del andén, como para contemplar aquel desfile encantador de mujeres elegantes, se hallaban dos jóvenes que parecían conocer a todo el mundo, y que, poseedores de rara perspicacia, descifraban las incógnitas más misteriosas.

Uno de ellos, Jorge Campos, de tipo rubio, facciones correctas y elevada estatura, sostenía animada

conversación con Julio Lastra, el pintor; un buen mozo en quien se adivinaba, por su corrección atildada, al hombre meticuloso que hace culto del detalle.

—¡Mira, Jorge, esa odalisca, qué ojazos!

—¿La conoces?

—Ya lo creo.

—¿Y aquella "dama antigua"?

—¡Qué maravilla! yo desearía ser un caballero del año 40 para bailar con ella un minuet.

—No te quedarían bien las genuflexiones ceremoniosas que se estilaban entonces; eres demasiado ultramoderno — respondió Lastra.

En ese instante llegó hasta ellos otro joven, al parecer muy amigo, por el afectuoso recibimiento que le hicieron.

—¡Hola, querido Mario, casi pierdes el tren! — dijo Jorge.

—Te estábamos esperando — añadió Lastra.

El recién llegado, era de tez mate, ojos azules, y, a pesar de su aparente juventud, sus sienes empezaban a blanquear.

—Casi no vengo, — exclamó —, un amigo me invitó a la Opera, pero temiendo aburrirme, resolví quedarme en casa... mas después, recordé mi compromiso con ustedes, y aquí me tienen, aunque no soy un compañero alegre...

—Un poco de "posse" que no te va mal — dijo Campos.

—Esta noche debes dejar tus preocupaciones a un lado, olvida tus pesares y trata de divertirte; esa es la verdadera filosofía — agregó Lastra.

Mario Herrera encendió un habano, y tomando a sus amigos del brazo se dirigió al tren.

Los tres jóvenes subieron al convoy, y tuvieron que permanecer de pie, pues el wagón estaba totalmente ocupado.

La aparición de ellos fué saludada por las máscaras con manifestaciones de simpatía.

—Mírenlo a Campos, y a Lastra, el pintor, — les decía a sus compañeras, una galleguita de pañolón floreado.

Jorge la observó con atención sin conocerla.

A un lado se había reunido un grupo de máscaras de negro, cubiertas de azabaches y encajes, que ponían una nota de sombra en aquel cuadro brillante.

—¿Cómo te va, Lastra? — le dijeron con voces atipladas.

—¿Quién es ese personaje misterioso que los acompaña?

El pintor se acercó y les dijo:

—¿Cómo; no lo conocen?...

—No, contestó una de ellas.

—Parece muy melancólico — agregó otra.

Una tercera protestaba.

—¿Quién no conoce a Mario Herrera?

—¡Cierto! — dijeron —, pero debemos confesarte que lo notamos muy cambiado.

El joven llegó hasta ellas y les dijo:

—¿Un cambio desfavorable?

—No... estás siempre buen mozo, pero en este último tiempo parece hubieras encanecido.

—Tal vez... — murmuró Mario distraído.

—Pero créeme que te sientan las canas — dijo una morenita monísima vestida de aldeana.

—Después que de vez en cuando las echarás al aire, ¿verdad? — agregó una de las de negro.

Mientras Jorge y Julio continuaban su charla y sus bromas, la mirada de Mario vagó distraída entre aquella bandada de mariposillas azules, blancas, rosadas; y se dejó arrullar por el encanto de esa hora de "esprit" y buen tono; mas de pronto, sus ojos quedaron extáticos ante una mujer maravillosa.

Estaba ataviada con un magnífico dominó que en-

volvía su silueta esbelta en un misterio impenetrable; un capuchón orlado de encajes y gasas, cubría por completo su cabeza; y un antifaz de raso negro completaba el enigma.

Habíase quedado pensativa, como abstraída en una dulce melancolía, absolutamente fuera de lugar e incompatible con aquel bullicio trivial.

Mario Herrera, compenetrado del misterio que la rodeaba, se sintió súbitamente atraído hacia ella.

—Mascarita — le dijo — o mucho me engaño o pareces aburrirte.

La joven experimentó un sobresalto al oír su voz; mas reponiéndose al punto, contestó:

—Eres perspicaz...

—¿De veras?

Ella hizo un gracioso mohín de asentimiento.

—¿Y tú te diviertes?

—¡Ya lo creo!, con máscaras tan espirituales...

Y señaló al grupo.

—Comprendo tu ironía.

—¡Oh! eres demasiado sutil...

—No tanto como desearía.

—¿Por qué?

—Porque con sutileza se adivinan muchas cosas...

El dominó temió haber dicho demasiado, y abriendo un gran abanico de plumas, ocultó tras de él una sonrisa.

Un suavísimo perfume de ámbar, llegó hasta Herrera, que aspiró con fruición...

—¿Tú desearías adivinar algo? — insinuó el joven intrigado?

—Puede ser...

—Yo te aconsejaría que nunca buscaras el por qué en la vida.

La conversación había tomado un giro confidencial.

—¿Cómo vivir sin reflexionar?

—Simplemente... dejándose llevar por la corriente.

—¿Has isto alguna vez una barca, cuyos remos penden dormidos, y que se desliza suavemente en las ondas....?

—Te noto muy lírico.

—¿No aceptas la metáfora?

—No; la encuentro peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Sí; me has sugerido una visión aterradora, pues esa barca sin gobernalle, puede estrellarse en los escollos.

—Entonces... ¿crees necesario el timonel?

—Y la brújula — agregó ella.

—¿Qué sería...?

—¡El amor!

Los dos callaron, mas luego de un rato, Herrera continuó:

—¿Sabes que esa palabra tiene un raro sortilegio?... con sólo pronunciarla he leído en tus ojos tantas cosas...

—¡Bah!... veo que tienes gran imaginación.

—¡Oh! si ella me sirviera para olvidar!...

La conversación fué interrumpida por Campos, que sonriente se aproximó a su amigo.

—¡Bravo, querido Mario — dijo golpeándole el hombro con su mano enguantada — ¿qué has hecho de tu melancolía?, la veo esfumarse como cendal de bruma a los rayos del sol...!

II

Con sobrada razón Jorge extrañaba el entusiasmo de su amigo; se conocían desde la infancia y jamás tuvieron secretos el uno para el otro.

Campos sabía que en la vida de Herrera había una historia de amor y que no estaban aún cicatrizadas las heridas de su corazón.

Solían reunirse con frecuencia en el "attelier" de Julio Lastra; y en aquel ambiente de amistad sincera Mario hablaba de sus pesares, como si experimentara un alivio en desahogar su corazón.

Una tarde encontráronse allí como de costumbre; el pequeño departamento donde Lastra tenía su taller, aparecía iluminado por los últimos rayos del sol; los grandes balcones que daban al poniente se hallaban abiertos de par en par y el cielo teñía los cristales con sus reflejos rojizos.

En todos los detalles se adivinaba el espíritu eminentemente artista del pintor; divanes turcos invitaban al ensueño, tápices orientales cubrían los muros y el pavimento; por doquier bocetos olvidados como inspiraciones muertas en albor, y hacia un ángulo una mesa de laca azul con un búcaro de rosas.

Jorge y Mario, instalados en cómodos sillones contemplaban a Lastra que dé pié ante el caballete y con su pipa entre los labios, daba algunos toques sobre una tela; después retiróse y de lejos pareció juzgar su obra.

Las sombras escalaban poco a poco los balcones, y el estudio quedó en la penumbra.

—Ya no tengo luz — exclamó con pesar.

Dejó su paleta y sus pinceles y miró a Mario, notando en su frente más pronunciado su habitual gesto de preocupación.

—¿Qué opinas de este cuadro? — dijo, tratando de distraerlo.

Herrera se levantó y lo miró con atención. Era un paisaje otoñal ya terminado, en cuyo cielo se advertían las últimas pinceladas dadas aquella tarde.

Herrera, que era amateur de todo lo que fuera arte, alabó con entusiasmo el talento de su amigo.

—Este paisaje — exclamó Lastra — es de una gran elocuencia... ¡qué hermosa es la naturaleza, y qué sabia!, parece poseer una rara intuición en asun-

tos de psicología, pues podría interpretar nuestros estados espirituales con sus diversas manifestaciones.

—Entonces habrá que creer que entre el alma y la natura existen vínculos — insinuó Jorge.

—Esa es una hipótesis muy aceptable — exclamó el pintor.

—¿No la véis estremecerse azotada por el huracán, y pasada la tempestad lucir sus galas a la luz del sol?

—Son simples faces — dijo su interlocutor.

—Así nuestra alma — continuó Lastra; — si pudiéramos verla, hallaríamos los paisajes más variados; al comienzo de la vida cuadros primaverales, después, el asunto cambia; el tiempo se encarga de agostar las rosas... ¿Qué opinas, Mario? — dijo intrigado por su silencio.

—Poco entiendo de esto, pero me parece muy difícil llegar hasta las almas; esos son romanticismos de artista, querido Julio... ¿podrías con toda tu sutileza interpretar un alma de mujer?

—Sí, a pesar de su complejidad.

—¡Bah! — dijo con escepticismo — necesitarías la linterna de Diógenes.

—¿Cómo... tu novia no tenía alma?

—¡Qué sé yo lo que había en esa deliciosa muñeca!

—He ahí, el origen de tus pesares.

—No lo creo, si me hubiera puesto a meditar todas esas cosas, me habría complicado la vida.

—Ese es tu error, las mujeres desean ser adivinadas, y tienen en su alma un santuario donde es difícil llegar.

—Haz como yo, amigo Mario, que me río del amor, — dijo Campos encendiendo un cigarrillo.

Echó una bocanada de humo y se quedó mirando las azuladas espirales.

—Te ríes porque no lo has experimentado; pero

yo, les confieso que amaba apasionadamente a mi novia, y al mismo tiempo sufría, de ver que no nos comprendíamos.

—Yo — dijo Jorge — nunca me enamoraré.

Mario y el pintor rieron de su fatuidad, y él continuó:

—Figúrense Vds. que hace un tiempo me gustó una chica, reunía todas las condiciones que se pueden soñar...

—¡Ah! ¡já, já!, eso era amor — dijo Laura.

—Nada de bromas — le interrumpió Jorge —, el caso prometía ser serio; pero fiel a mis teorías resolví no verla más, y le dí a Cupido con la puerta en la nariz...

—Esa es una manera como cualquier otra de rehuir responsabilidades — dijo riendo el pintor.

—Oh, debe ser muy cómodo poder disponer así de su corazón — murmuró Herrera.

—Por eso yo sólo quiero a mis pinceles — exclamó Lastra —, esos no tienen veleidades de mujer.

Por los grandes "vitraux" se filtraba la luz de un foco eléctrico que iluminaba suavemente el "attelier".

Herrera y Campos se despidieron.

—Hasta más ver, amigo Lastra.

Jorge se volvió súbitamente.

—¿No recuerdan que mañana es Carnaval? ¿No les parecería bien que fuéramos al baile del Tigre?

Los tres amigos se pusieron de acuerdo.

—Y no faltes, Mario — dijo Campos con malicia—, que tengo la seguridad que encontrarás alguna máscara espiritual que te consuele.

—¡Oh, no!, ¡ya para mí se acabaron esas cosas... no olvides que llevo en el alma un paisaje otoñal...!

III

Durante un largo tiempo las conversaciones sociales giraron alrededor del compromiso de Lina del Carril, con el distinguido sportman Mario Herrera.

La belleza y distinción que caracterizaba a la novia, daban singular relieve a su personalidad, creando a su alrededor no pocas rivalidades, que se manifestaron en los comentarios que suscitara la noticia.

Una dama empingorotada que sabía al dedillo las intrigas sociales, decía con aire profético:

—¡No serán felices!

La madre de hijas casaderas, que veía desvanecerse algún proyecto matrimonial respecto al joven, sonreía con desdén.

Otros, los que nunca miraban con buenos ojos la felicidad ajena, exclamaban:

—Son dos fortunas que se juntan.

Y aquella serie de sonrisas, gestos y palabras, por aviesos que parecieran en su intención, no dejaban de tener en el fondo algo de verdad.

Lina del Carril hacía lo que el mundo llama una boda de conveniencia, mas no por eso pueda creerse que era una mujer fría y calculista; poseía un alma llena de bondad y de ternura, y al aceptar aquel noviazgo, no hacía más que dar una prueba de sumisa obediencia.

Su madre, la señora del Carril, misia Leonor, como se la llamaba generalmente, era una de las damas más prestigiosas de la sociedad, siendo proverbial su don de gentes y su amabilidad tradicional; pero todos sabemos que es humano adolecer de defectos y debilidades, y la buena señora tenía también su lado flaco...

Su única preocupación eran los casamientos de sus

hijas; había dado fé de tener "buena mano", pues llevaba realizados los de sus tres hijas mayores.

Pero Lina, con lo que ella llamaba sus caprichos, la desconcertaba.

Durante todo un verano en Mar del Plata, fué inaccesible a sus adoradores, desbaratando así sus planes. Pero cuando misia Leonor conoció a Herrera, que acababa de llegar al Balneario, y vió la impresión que la belleza de su hija causara en el joven, se dijo: "He aquí mi otro yerno".

Lina comprendió la táctica que desde ese instante desplegó su madre, e indiferente sonrió...

¿No le dijeron acaso desde chica que la misión de las niñas era tener novio, y casarse? Ella lo haría un día u otro, pues ya su madre le manifestaba temor de que se quedara soltera, ¿por qué no aceptar aquel buen mozo, que reunía las condiciones de un gran "candidato"?

Y Lina se entregaba a sus reflexiones...

—Es rico, joven, distinguido... mas estos argumentos que para otra hubieran sido convincentes, no conseguían borrar el pliegue desdeñoso de sus labios.

—No lo amo, — exclamaba.

Y sentía profundo desaliento.

Misia Leonor comprendió que aquellos eran momentos décisivos, y resolviendo jugar a cartas vistas, le dijo a su hija con voz dulzona:

—¿Qué piensas de Mario Herrera?

—Que es muy simpático, mamá.

—Todos dicen que está loco por tí.

Lina hizo un gesto displicente y misia Leonor continuó:

—Sabrás que es un gran partido.

Tiene una estancia al Sud ;además, heredó de una tía el año pasado un millón de pesos.

—¡Ay, mamá, cómo me apena oirla enumerar sus

bienes, como si eso tuviera algo que ver en este asunto!

—¿Cómo que no?..., si te casas con él, continuarás tu vida de lujo y bienestar, y eso asegura tu felicidad.

—¿Mi felicidad?... sólo la encontraré al lado del que yo ame.

—¡Uf, hija, déjate de decir pamplinas! ¡amar!... amar, es lo único que saben las niñas de ahora, ¿no me casé yo con tu padre, (que Dios tenga en su gloria) a los quince años; edad en que sólo se quiere a su muñeca, y fuí muy feliz con mi marido?

El amor llega después... y si no llega, créeme que no hace falta.

La joven inclinó su cabecita donde bullían tumultuosas sus ideas, y desconcertada por aquel aluvión de palabras repuso:

—Bueno, bueno, lo pensaré...

En los ojos penetrantes de misia Leonor brilló una luz de triunfo; y comprendió que por entonces no debía insistir.

El veraneo continuaba con su acostumbrada animación; a diario se realizaban excursiones, bailes, conciertos, etc., a los que la joven concurría, encontrándose en todas partes con Herrera. Habíase establecido entre ellos un "flirt" muy interesante, que adquirió para Mario, todos los visos de un amor verdadero; pero que para Lina fué un simple pasatiempo.

Sin embargo, deseando complacer a su madre, en uno de los grandes bailes de la temporada, le prometió ser su esposa.

IV

A misia Leonor, que en un principio se hallaba plena de satisfacción con el noviazgo de su hija, se la veía fruncir el ceño como presa de inquietud.

Hacía muchos meses que se encontraban de regreso en Buenos Aires, instaladas en su elegante hotelito de la calle Arenales, donde Herrera visitaba a su prometida.

Era una tarde fría de invierno, la lluvia azotaba los cristales de las ventanas, y se oía el silbido del viento que hacía pensar en prolongados días de temporal.

Lina vestía un traje de terciopelo negro que realzaba su blancura; sus cabellos de un rubio dorado orlaban de rizos su alba frente, y se anudaban graciosamente en su nuca en un artístico rodete bajo.

No había transcurrido mucho tiempo de su compromiso, y ya sabía a que atenerse respecto a su porvenir; la realización de su enlace se le aparecía como un fantasma amenazador.

Cada día veía ahondarse el abismo que la separaba de su novio, y ella replegábase en sí misma.

Si bien es cierto que Herrera amaba a Lina; su natural escepticismo, le hacía considerarla como una lujosa muñeca, y nunca se preocupó de llegar hasta su alma.

Ella sufría con su manera de ser, y su orgullo de mujer inteligente y de espíritu cultivado, se sublevaba ante aquel aparente desdén y se decía:

—Si Mario hubiera sabido conquistarme, tal vez habría llegado a amarlo...

Suspiraba con tristeza recordando las escenas a su lado. Su novio sólo le hablaba de trivialidades que nada decían a su corazón; se complacía en relatarle

incidentes de su vida de clubman elegante; un asalto de esgrima... la compra de un caballo de carrera, o el resultado de una partida de bridge...

Lina consideraba aquel vacío y pensaba:

—¿Por qué se empeñará mi madre, en la realización de este casamiento? ¿Por qué entre mi novio y yo no existe esa finalidad espiritual, que debe ligar nuestras almas? ¡Oh, qué felices deben ser los que tienen absoluta concordancia de ideas p de ideales!... pero, yo, ¿sé acaso lo que piensa Mario?

La joven que tenía los ojos llenos de melancolía, y los labios elocuentes de tristezas, llegó hasta el piano que ocupaba un ángulo del salón; sus dedos recorrieron el teclado... Hacía todo aqueollo máquinalmente como abstraída en sus pensamientos. Mas de pronto sus manos errantes hallaron una olvidada canción, y ella misma se sorprendió de oirse repetir sus versos de amor.

Instantes después un lacayo anunciaba a Herrera, y Lina con un suspiro, pareció despedirse de sus quiquimeras.

Hizo un gesto como para ahuyentar las sombras de su frente, y con cierta energía avanzó a recibir a su novio.

V

La sala era de estilo jacobino con muebles de madera oscura hábilmente tallados y tapices de brocato azul; la luz difusa de una lámpara de pié, daba al ambiente un delicioso carácter de intimidad.

Lina saludó a Herrera con aire distraído, sentóse en un diván lleno de almohadones, y él a su lado le dijo:

—Esta tarde he venido, para despedirme de usted, he recibido un llamado urgente de mi estancia y creo tendré que permanecer allí una temporada.

En ese instante entraba misia Leonor; anunció su llegada con el fru-frú de su vestido de seda, saludó con efusión a su futuro yerno, y volvió a salir con el pretexto de hacer servir una taza de te.

—¿Estará allí largo tiempo? — preguntó Lina.

—No sé, depende de que pueda arreglar mis asuntos.

—Veo que los negocios constituyen su única preocupación.

—Es que necesito mucho dinero para asegurar su felicidad.

—¿Cree usted que puede depender de unos pesos más o menos?

—Creí que amaba el lujo...

—Oh, yo vivo en lo que usted llama lujo, pero eso no basta para llenar mi corazón.

—Acabará por convencerme que es usted sentimental?

—No... solamente que tengo alma.

—¿Alma? — exclamó Herrera sorprendido.

Lina después de sus quejas recobró su orgullo, y dijo reaccionando:

—Yo deseaba ser adivinada, ese era mi sueño... Al aceptarlo a usted pensé que tal vez llegaríamos a comprendernos en un día no lejano; confié en que sabría conquistarme, pero...

—Lina... — dijo el joven confuso, — ¿de dónde saca esas ideas? bien sabe que yo la amo.

—¡Bah!... ¡si me amara! Pero hace casi un año de nuestro compromiso, y estoy por convencerme que todo ha sido una lamentable equivocación.

—Es usted cruel...

Cansada de ese noviazgo que no llenaba en absoluto sus ideales, continuó:

—Cada día es mayor la distancia entre nuestras almas, ¿por qué empeñarnos en salvar un abismo?

Sigamos cada uno nuestro camino, acaso seremos más felices.

Misia Leonor que entraba en ese instante, comprendió la situación; y dijo, con su gracia habitual:

—Esto parece una reyerta de enamorados...

—Señora, Lina se empeña en demostrarme que no nos comprendemos — murmuró Herrera, con amargura.

La señora del Carril dirigió una mirada fulminante a su hija, e insinuó tratando de conciliar:

—¡Fantasías, hijita! Es el día gris que te hace ver las cosas bajo un prisma sombrío.

La joven enmudeció, pero en sus ojos se leía una inquebrantable resolución.

Misia Leonor veía consternada desplomarse el castillo dorado de sus ilusiones.

Herrera se levantó para despedirse.

—¡Adiós!... — le dijo Lina con voz firme.

Y él en esa sencilla palabra, leyó una eterna despedida; mas dominado por su amor propio, repuso friamente:

—Adiós.

Cuando Herrera hubo partido, Lina dejóse caer en un sofá, sintió una infinita tristeza y un inmenso deseo de llorar.

—¿Por qué no comprenderá Mario mi corazón? — se dijo.

En la casa reinaba profundo silencio, mas quedóse escuchando como si de las sombras que inundaban la estancia esperara contestación a su ansiedad; en el gran hall un reloj iba marcando la monotonía de aquella tarde invernal.

Sus nervios experimentaron una extraña sacudida.

—¡Esa es la vida!... — pensó al oirlo, — que va rodando hacia la eternidad. ¡Oh, debe ser horrible la muerte cuando se es feliz... pero a mí, me sería dulce morir!

VI

Pero volvamos a la gente elegante que llegaba al Tigre en el tren eléctrico de las once de la noche.

Los coches que esperaban en la estación fueron ocupados inmediatamente, teniendo parte de la concurrencia que trasladarse en las lanchas que hacen el trayecto por el río Luján.

Herrera buscó en vano entre el bullicio de la llegada a su compañera de viaje; pero ella había desaparecido.

Los lujosos salones del Club, presentaban un aspecto deslumbrante, una enorme muchedumbre de máscaras, multicolores, se entregaba a la danza al compás de una orquesta norteamericana; se hacía derroche de "sprit", y las bromas se cruzaban entre el bullicio.

La concurrencia que era excesiva, desbordaba por la pasarella hacia la magnífica terraza que da al río. Allí cambiaba la decoración, una orquesta típica desmayaba en las notas cadenciosas de un tango, mientras en el cielo de esa noche de verano, titilaban las estrellas.

Herrera hallábase abstraído en la contemplación de aquel cuadro de luz y de alegría, cuando vió ante él a dos de las máscaras de negro.

—¡Qué pensativo estás!

—Parece que te ha dejado intrigado el dominó misterioso que venía en el tren.

Ante aquellas bromas hechas con voces fingidas, y entre el bullicio del baile; Mario no pudo menos que sonreir y les dijo:

—Debo advertirles que la máscara a que se refieren, desapareció como por encanto... ¿no la han visto ustedes?

—Te noto muy interesado — exclamó una de ellas.

—¿Quieres que te de un consejo? — agregó la otra.

—¿Cuál es? — murmuró Herrera.

—Mira — le dijo con voz queda: — no te dejes llevar de tus impresiones; porque... ¿sabes tú acaso si bajo esa incógnita no se esconde un horrible vejestorio?...

—Piensa que estos chascos son sumamente frecuentes — añadió la otra.

Y las dos reían con malicia.

—¡Oh, no! eso es imposible, ¿quién, por ejemplo, puede dudar de que ustedes son jóvenes y bellas?...

En ese instante llegó el dominó misterioso, y bastó su presencia para que se borrara del ánimo de Mario la impresión que le causara la advertencia de las máscaras.

En su "donnaire" se advertía a la elegante, en su coquetería deliciosa a la mujer segura de agradar, y de su persona emanaba un inmenso poder de seducción.

Las de negro, al verla, se alejaron, y una de ellas golpeándole en el brazo a Herrera con el abanico, le dijo con acento burlón:

—Nos vamos para no ser indiscretas...

Mario, encantado de hallar a la que lo había interesado tan vivamente, no trató de retenerlas y dirigiéndose a ella le insinuó:

—¿Quieres que te obsequie con una copa de champagne?... Eso disipa toda melancolía.

—Si tú me aseguras que tiene ese poder... — exclamó con gracia.

Se instalaron en una mesita un poco apartados del bullicio; a sus pies se estiraba el río dormido como una serpiente de plata; la luna rielaba poéticamente en las ondas, y de las islas llegaba hasta ellos, una suave fragancia de jazmines.

El dominó parecía presa de gran nerviosidad.

—¿Sabes — dijo de pronto, — que me ha dejado intrigada tu deseo de olvidar? ¿Hay alguna pena en tu vida?

—Tal vez... — dijo Herrera con un suspiro.

—¿Aceptarías una confidencia? ¡Aunque no!... es un egoísmo de mi parte contarte mis pesares, cuando tú has venido a divertirte.

—¿Son tan grandes tus penas?

—¡Tanto, tanto! — dijo y continuó:

—No sé por qué me inspiras una inmensa simpatía, y siento que hay en ti una hermosa alma de mujer.

La máscara lo miró con sorpresa y murmuró con acento extraño:

—¿Cómo?... ¿Crees tú que las mujeres tenemos alma?

Y rió irónicamente.

El comprendió que aquella risa sonaba a falso, y experimentó inexplicable malestar.

—¿Por qué vibra en tu voz tanta amargura? ¿También tienes tus pesares?

—Sí... — dijo ella como un hálito.

—¡Oh, agradezco tu confianza, y para que veas que no soy insensible a esta demostración, te contaré mi historia...

—¿Una historia de amor?

—¡De amor sin esperanza!

Las orquestas parecían lejanas, el río más hondo y en la voz de Herrera se advertía una intensa emoción.

El dominó apoyó su mentón en una mano.

Herrera sirvió champagne en las copas y tomó un sorbo.

—Hace un tiempo... ¿cuánto? ¡no sé?, desde entonces me parece como que hubiera perdido la noción real de las cosas; y los meses, los años, no fueran nada para mí.

Pareció reunir sus ideas y continuó:

—He amado locamente a una mujer; mas como no llegamos a entendernos, tuvimos que alejarnos el uno del otro... Desde entonces soy una sombra de mí mismo, y solo vivo del recuerdo!

El dominó no podía disimular su emoción.

—¿Todavía la amas? — dijo dulcemente.

—Sí; la querré siempre — exclamó con violencia.

—Acaso ella también te amaba. Fueron ustedes juguete de falsas apariencias.

—¡Oh! si así fuera todavía podría ser feliz...

El dominó lo miró intensamente.

—¿En qué piensas máscara?

Ella pareció volver a la realidad al conjuro de su voz y contestó:

—Reflexionaba... ¿Sabes que entre tu historia y la mía, hay extraña coincidencias? ¿Quieres que te cuente?

Ante un gesto de asentimiento de su compañero, continuó:

—Estuve de novia, pero experimenté una amarga decepción.

—¿Por qué?

—Mi novio era un espíritu superficial que poco sabía de psicología, y nunca comprendió mi alma...

Herrera tuvo un sobresalto.

¿Qué le recordaban aquellas palabras? ¡Tenían la esencia de las cosas olvidadas, pero quedaban muy hondo en el corazón!...

¿Quién era aquella mujer misteriosa que resucitaba en él reminiscencias de un pasado que creía muerto? ¿Por qué sus ojos se abrieron de improviso a la luz, y vió lo que antes no viera?... ¿Era que comprendía al fin?

—¡Mario! — dijo ella.

El quiso hablar, pero sus labios sólo balbucearon palabras inintelibibles.

Sus manos se buscaron en un inmenso deseo de ternura.

—¡Lina adorada!... ¿Es usted?

La joven levantóse y se aproximó a la baranda que da al río. Herrera anhelante llegó a su lado, y ella descubrió su rostro diciéndole:

—¡Te amo!

—¡Y yo — exclamó él apasionado — recién he adivinado tu alma!...

El paisaje había tomado una fantástica tonalidad azul. Amanecía; las máscaras se dispersaban presurosas rumbo a la estación.

¡Y en aquella hora de resurgimiento en que el alba subrayaba el horizonte con una pincelada de oro, Herrera comprendió que había hallado por fin la dicha, hajo el misterio de un antifaz!

.. ..

.. ..

CONFIDENCIAS A UNA SOMBRA

...Sola en el mundo, sin nadie que me ame, a quién confiar mis angustias, mis esperanzas, todo lo que desborda mi corazón.

Deseando hallar un ser que no tuviera nada de humano egoísmo, mi pensamiento ha volado hacia una sombra.

Si ella no me comprende... ¡no importa, necesito desahogarme!

.. ..

Así decía a manera de prólogo, el manuscrito en que Ketty Delor, volcara su alma virginal.

I

Abril, 15 de 1919.

"Señorita de compañía se necesita... estancia "Los Mirasoles", F. C. del Sud".

Esto he leído en un diario con los ojos llenos de lágrimas.

Es una mañanita tibia de abril.

Hace dos meses justos que mi adorada madre bajó al sepulcro. Hoy visitaré su tumba y la cubriré de flores.

¡Pobre madre! su existencia fué una larga serie de privaciones y sufrimientos; la muerte de mi padre acaecida hace muchos años, nos sumió en la pobreza... la vida fué dura con nosotros. Conocimos los largos días de invierno sin pan y sin fuego.

Mi madre cosía el día entero, y aún de noche continuaba su tarea hasta muy tarde; la recuerdo agobiada por el trabajo, pálida, con los dulcísimos ojos rodeados de ojeras, esforzándose en mirar para dejarme el mejor sitio junto a la bujía que nos alumbraba; y a cuya temblorosa luz yo preparaba mis lecciones.

Ella cifraba en mí sus esperanzas, quería que fuera maestra. ¡Cuántos sacrificios para conseguir tal fin!... Me ayudaba, me confortaba, trabajaba para mí, sostenida por su ilusión.

Mi carrera fué rápida, la necesidad era un constante acicate, así que en poco tiempo recibí mi título.

¡Cuántas lágrimas brillaron en sus ojos aquel día feliz! Su pobre alma acongojada hecha al dolor, hasta sus alegrías las demostraba en llanto...

Mas, desde entonces su salud comenzó a decaer, y yo comprendí bien pronto que sus días estaban contados.

¡Qué amarga es la existencia para algunos seres que parecen privilegiados del dolor!... Yo soy uno de ellos, ¿por qué Dios no me permitió la felicidad suprema de haberle podido proporcionar con mi trabajo un poco de bienestar?

Aun sin recursos, me sentía fuerte en presencia de la vida; tenía mi juventud, mi carrera, y un optimismo que se me antojaba invencible; trabajaría para labrar mi porvenir.

Subrayé el aviso con lápiz azul...

Debo tener gran imaginación, porque con solo mirarlo me forjo mil fantasías. En fin, he escrito a la estancia "Los Mirasoles" ofreciendo mis servicios como señorita de compañía... a pesar de que hubiera deseado ser institutriz de algunos niños; ¡me gustan tanto las criaturas, son lo más bello que hay en la vida!...

II

"Partir es morir un poco"... ha dicho el poeta.

Recién ahora comprendo cuánta verdad hay en esa frase.

Yo he muerto a mi pasado para comenzar una vida nueva...

Con la familia de Alvarez, dueña de la estancia "Los Mirasoles", cruzamos algunas cartas y nos pusimos de acuerdo. El rápido de las 18 me arrebató de la estación central.

Heme aquí sombra confidente, rumbo a lo desconocido, en un convoy... aturdida por un ruido ensordecedor, ahogada por el polvo, pero con el corazón ligero, como si me fuera alejando para siempre de todos mis pesares...

Saco de mi neceser un espejito. De veras que no me sientan mal mis vestidos de luto. Después abro mi cuaderno, y al proseguir mi confidencia, sombra amiga, escribiendo sobre la falda con letra desigual, diría que te siento a mi lado...

¿Qué podré contarte? No quiero volver sobre el pasado. Sabes que he sufrido y que era valiente y alegre, por no acongojar a mi santa madre.

Todavía ahora sé sufrir en silencio para no turbar su paz, si me mira desde el cielo. Mi porvenir es una interrogación, pero mi lápiz llevado por mi fantasía

va llenando de visiones las inmaculadas páginas de mi cuaderno... . .

¡Pero yo divago, sombra amiga!...

El tren se para en una estación y sube un joven arrogante. Somos en mi compartimento los dos únicos viajeros. Al sentarse frente a mí, insinúa un saludo. Me corro hacia la ventanilla por temor de incomodar.

—Gracias, señorita, no se moleste — me dice el desconocido con voz grave y armoniosa.

Sonrío por cortesía.

En ese momento la locomotora deja oir un silbido estridente, y comienza ese ruido de paragolpes característico del tren que se pone en movimiento.

Minutos después cruzamos las últimas casas de una población; por un camino franjeado de árboles añosos, va un carricoche con campesinos, más allá se extiende la campiña, el otoño comienza a desnudarla.

Algunas lagunas de las que se levantan bandadas de patos al paso del tren rompen la monotonía. Miro mi reloj-pulsera, las veinte; llevo dos horas de viaje, y pienso cómo engañar mi ansiedad para soportar tres más que faltan.

Mi vecino toma un diario, y parece engolfarse en su lectura; pero yo sin mirarlo, con esa doble vista, facultad exclusivamente femenina, noto que me observa con atención.

De pronto los cristales del vagón comienzan a teñirse de rojo, y ambos atraídos por la magnitud del espectáculo miramos hacia el ocaso...

El sol es una bola de fuego, arden las nubes, el horizonte semeja enorme hoguera.

—Este panorama de rojos violentos, parece hecho a brochazos por un pintor futurista — dice con tono jovial mi compañero.

Aquella vez río de buena gana ante su observación.

El timbre de mi risa franca y cristalina me vuelve a la realidad, y súbitamente adopto mi anterior circunspección; ¡todo es en vano! ha desaparecido el hielo entre nosotros y mi compañero de viaje continúa con naturalidad:

—¿Pinta usted, señorita... o le gusta el arte?

—Mucho — repliqué — pero no podría trazar ni una línea.

Afectó buscar en sus bolsillos un lápiz sin hallarlo... entonces le ofrecí el mío que aceptó diciendo:

—Gracias... ¿quiere que haga un apunte para usted?

—¡Oh, no! — murmuré, creyendo que era un ardid para apoderarse de mi cuaderno, y saber lo que escribía con tanto empeño...

Debí hacer un gesto tan enérgico al pensar que mis "confidencias a una sombra" serían leídas por ojos indiferentes, que él comprendiendo mi actitud exclamó rápidamente:

—No... no señorita, sólo le pido una hoja.

Su tono desenvuelto y la llaneza de su expresión me vuelven la calma, desprendo con precaución una página inmaculada que le entrego... Extraigo de mi valijita otro lápiz; él comienza su dibujo y yo continúo mi manuscrito...

Después de largo rato, el sueño me invade; reclino mi cabeza en los almohadones más cómodamente, y pierdo la noción real de las cosas.

Todo flota a mi derredor vagamente, yo misma me siento llevada por alas invisibles. Un barquinazo del tren me vuelve a la realidad; es de noche... hemos estado parados en una estación de pobre aspecto, alumbrada por una lamparilla a kerosene con el vidrio ahumado.

Entró un inspector anunciando por fin el pueblo de Juncales. Experimento gran sobresalto, por poco me paso de mi destino. Mi primer pensamiento es

buscar a mi compañero de viaje, pero ha desaparecido...

Contrariada por haberme dejado vencer por el sueño, miro a mi derredor... todo estaba en orden, únicamente dentro de mi cuaderno había una hoja más... La miro con ansiedad, y cual no sería mi sorpresa al encontrarme con mi retrato de un admirable parecido; mi primer impulso es de fastidio y estoy a punto de romperlo; pero al pie del dibujo leo lo siguiente:

"Señorita: Disculpe mi atrevimiento... no he podido resistir a la tentación de reproducir el rostro más encantador que he encontrado... se lo dejo para que ilustre sus "confidencias a una sombra".

No recuerdo que nada me haya fastidiado tanto... ¡Qué audacia! ¿cómo se habrá reído de mis ingenuidades?...

Y sin poder contenerme comencé a llorar.

—¡Estación Juncales! — gritó el guarda.

Reuní mis petates, enjugué mis lágrimas que habían caído sobre el manuscrito borroneándolo lamentablemente; y bajé del tren con cierto temor supersticioso de que fuera un triste presagio aquel bautismo de llanto que recibieran mis "Confidencias a una sombra".

III

Abril 20...

Cinco días sin dedicarte un instante sombra amiga... pues con solo pensar en mi manuscrito, me ponía nerviosa, agitada, fuera de quicio, recordando la escena del tren.

Hoy miro las cosas con más calma. Aquella noche en que me viste llegar al fin de mi viaje, se me acercó un sirviente de confianza de la familia de Al-

varez, el viejo Fermín que me condujo en un breack hasta "Los Mirasoles".

El atraso del tren y la hora de viaje que empleamos en el trayecto del pueblo al establecimiento, me impidió conocer esa noche a los dueños de la estancia.

Al llegar, Fermín descendió del pescante y abrió un gran portón; los perros ladraron amenazadores; después el coche empezó a rodar por una avenida enarenada.

En la amplia escalinata de mármol me recibió una mucama a quien Fermín entregó mi equipaje.

—Pase, señorita... tengo encargo de la señora de conducirla al cuarto que se le ha preparado.

Yo la seguí haciendo un signo de asentimiento.

—Los habitantes de esta casa se acuestan temprano — continuó la sirvienta que parecía ser una mujer bondadosa — sin embargo esta noche la han esperado hasta las diez.

—El tren venía atrasado — dije sin saber qué contestar.

Subimos una escalera alfombrada hasta un primer piso, y penetramos en una confortable habitación.

—Debe estar cansada, señorita...

—Un poco...

Me dió las buenas noches, cerró la puerta; yo me quedé parada en medio del cuarto, desorientada, inmensamente triste... y me puse a escuchar el ruído de sus pasos, hasta que se perdieron en el corredor solitario.

¡Sombra amiga, qué sola me sentí! si no fueras tú... ¿qué sería de mí en momentos como aquel de terrible desaliento?

Debía ser muy tarde cuando me desperté al día siguiente; un rayo de sol alegre y juguetón se colaba por entre las cortinas cuidadosamente corridas.

Incorporéme en el lecho y escuché... la algarabía de los pájaros en el parque era increíble... mas de

pronto llegó hasta mí el eco de voces juveniles. Salté de la cama avergonzada de mi remolonería; una señorita de compañía no puede darse el lujo de dormir hasta las diez.

Vestíme con apresuramiento; y un rato después, la mucama que me esperaba, me condujo a través de grandes habitaciones; salimos al jardín, recorrimos un laberinto de caminos bordeados cuidadosamente de boj; hasta que por fin llegamos a una cancha de tennys.

Bajo una enorme sombrilla de brin con listas rojas, se hallaba una señora de aspecto juvenil, abstraída en un complicado tejido a dos agujas.

Al oir nuestros pasos levantó los ojos.

—Señora... — dijo mi acompañanta — esta es la señorita Delor...

Saludé ceremoniosamente, la dama me contempló de pies a cabeza, y yo soporté sin pestañear aquel prolijo examen.

Dejó su labor sobre una mesa y me dijo:

—Venga usted...

Desandamos el camino que acababa de recorrer, y al darme vuelta, vi a los jugadores de tennys que cuchicheaban entre sí; y me bastó una simple ojeada para adivinar sonrisas desdeñosas.

La señora me guió hasta una salita del piso bajo, donde se hallaba una anciana cuyos ojos claros de vaguedad extraña, me impresionaron dolorosamente.

Era una ciega.

Parecía tener el oído aguzado por la costumbre.

—¡Julia! — exclamó.

—Tía Rosa... aquí está la señorita de compañía que hemos buscado para usted.

Iluminóse súbitamente el rostro de la ciega, y yo en un arranque de simpatía me aproximé a ella.

—¿Dónde está usted, hija mía? — dijo estirando sus manos flacas y amarillentas.

Y yo comprendí que buscaba una alma amiga en medio de su noche perpetua.

—Aquí, señora, a su lado...

En aquellas simples palabras debió traducir la pobre ciega el grito de mi corazón, que pedía también un poco de cariño para mi orfandad; por que me atrajo y me besó en la frente.

—Me han leído sus cartas. Desde el primer momento la he sentido buena, sincera, y esperaba con ansiedad su llegada.

Sentéme en un taburete a sus pies, y conversamos como si nos conociéramos de toda la vida.

La señora a quien la tía Rosa llamó Julia, hacía rato que nos dejara solas, así que nuestra primera entrevista fué sin testigos.

Aquel día pasé a su lado, me pidió le leyera, después le conté mi vida, y a su vez me refirió que hacía cinco años que estaba ciega, y que desde entonces vivían con ella su sobrina, Julia, viuda de Alcorta; y sus tres hijos: Ivonne, Laura y Rodolfo.

IV

Abril 30.

Sombra amiga: ¿en qué parará todo esto? Hace días que vivo como en un sueño, las envidias, los odios, todo es nuevo para mí.

He hallado una segunda madre en la tía Rosa... Es una viejita adorable, pero advierto que cuando están presentes sus sobrinas es más reservada conmigo; y hasta su fisonomía de continuo plácida toma un sello doloroso.

¿Temerá acaso excitar sus celos?

Ayer de una manera casual tuve la confirmación de mis sospechas. Disponíame a entrar en un boudoir del piso bajo a buscar un libro olvidado, cuando

advertí que dos personas hablaban a unos pasos de mí; por no parecer indiscreta me volví con presteza, mas... alcancé a oir el siguiente diálogo:

—Está encantada la tía Rosa con la señorita de compañía.

—Menos mal, pues así nos libraremos de quedarnos a acompañarla como antes.

—Sí, pero hay que tener cuidado que la muchachita esa no advierta que la dueña de todo aquí es tía Rosa.

—¡Oh, qué imaginación la tuya!... ¿Por qué había de meterse en nuestros asuntos una simple empleada, casi una sirvienta, cuyo único rol es cuidar a la tía, para no sacrificarnos nosotras?

—¿Sabes que he sorprendido a Rodolfo mirándola extasiado?

—¡Hombre al fin!

—Me pareció leer en sus ojos verdadera admiración...

—No lo creo tan zonzo a mi hermanito.

¡Oh sombra amada! no necesité oir más. Con el corazón oprimido, volví al lado de la tía Rosa.

Con esa extraordinaria intuición que la caracterizaba advirtió mi angustia y exclamó:

—Ketty... ¿qué le pasa a usted?

—Nada, señora... — dije con voz temblorosa — me duele un poco la cabeza.

La ciega permaneció callada un instante.

—¿Qué tal día es hoy?

—Muy hermoso — respondí. — Daremos una vuelta por el parque, el aire puro la mejorará.

La bondadosa anciana se apoyó en mi brazo, y nos dirigimos al jardín.

Los rosales desprovistos de su exhuberancia estival ostentaban una que otra rosa tardía. En una fontana de mármol crecían en profusión líquenes y plantas acuáticas.

—Aquí hay un banco señora, ¿quiere descansar?

—Bueno — respondió con dulzura — así conversaremos.

—¿Hay flores? — inquirió.

—Sí, las primeras violetas que nos anuncian el invierno.

La ciega calló, parecía preocupada.

—Señorita Delor... quisiera hacerle un pedido.

—¿Cuál es señora?

—Es difícil decirlo... más, hoy he comprendido que usted sufría cuando entró en mi cuarto, y deseo me sea franca; dígame si alguien la ofende o molesta en mi casa.

Me sentí conmovida... pero ¿cómo confiarle lo que iba adivinando poco a poco, cuando mi misión a su lado era de paz y consolación?; sin embargo por complacerla exclamé:

—Se lo prometo.

Ella oprimió mi mano cariñosamente.

V

Mayo 1.°

Sombra confidente: Siento una intensa dulzura al confiarte los incidentes de esta vida mía. Hallábame en el jardín con una labor aprovechando la hora en que la tía Rosa duerme, cuando el crujido de la arena, me hizo levantar la cabeza.

—Señorita Delor — me dijo Rodolfo Alcorta — ¿me permite conversar un rato con usted?

—¿Por qué no, señor? — repuse continuando mi labor.

—Me han dicho que usted es profesora y he pensado que a una persona inteligente y estudiosa; le será grato saber que en el primer piso de la estancia hay una bien provista biblioteca que me complazco en ofrecérsela.

—Muchas gracias... — respondí.

—En la monotonía del campo — continuó — la lectura es un gran recurso...

—¿Le gusta leer?.

—Muchísimo, y así olvido mi propia vida para vivir y sentir al unísono con los personajes que me ofrece el autor.

—Así que, habrá visto muchos estados espirituales a través de los libros.

—Ciertamente ¿podrá creerme que he amado con los poetas y he conocido el corazón humano con los novelistas?

Imaginando que la tía Rosa se hubiera despertado me puse de pie...

—Discúlpeme — le dije.

Pareció contrariado.

—¿Se va?

—Sí... son casi las dos.

Y sin esperar su respuesta me encaminé hacia la casa.

La ciega al oir mis pasos exclamó:

—Señorita Delor, ¿sabe usted? ¿sabe que he tenido un lindo sueño?

—¿Cuál es, señora?

—Le parecerá ridículo, pero ha sido tan real que todavía me encuentro bajo su influencia... Oía una música que me evocaba recuerdos de mi juventud...

Se quedó abstraída en sus añoranzas.

—¿Qué música, señora? Tal vez yo la conozca y pueda repetírsela.

—¿Toca el piano, señorita?

Parecía encantada.

¡Oh sombra amiga! que dichosa me siento al poderle proporcionar un poco de felicidad a esta viejita que me ama.

Aquella tarde en el piano, hice en su obsequio de-

rroche de mi repertorio. Más cuando la conduje a su cuarto nos encontramos con Ivonne y Laura.

La tía Rosa dijo:

—¿Han oído ustedes? La señorita Ketty es una eximia pianista.

—No me interesa el piano, prefiero la pianola — murmuró Ivonne.

—No es raro que sea tan eximia — agregó Laura — su posición requiere todos esos conocimientos...

—Cierto — respondí con sencillez disimulando mi amargura.

VI

Mayo 5.

Hoy me entregó Rodolfo un libro.

—Léalo señorita Delor... se lo recomiendo.

Temerosa de que Ivonne o Laura nos vieran conversar, se lo acepté con presteza, limitándome a darle las gracias.

En el jardín lo abrí y hallé entre sus páginas un papelito cuidadosamente doblado, en el que estaban escritas estas líneas:

"Ketty: Perdone mi audacia; que es una forma de mi naciente amor... Yo no le pido que me quiera, solamente le suplico se deje querer..."

Mi primera impresión fué de desaliento. ¿Por qué se burlaba de la pobre señorita de compañía? Pero recordando las palabras hirientes de sus hermanas experimenté terrible indignación. Cuando volví a encontrarlo le devolví el libro; dentro iba su carta hecha pedazos.

Pensé haberme librado para siempre de sus atenciones, pero no fué así; y acabé por tomarle verdadera antipatía.

Una tarde, nos encontrábamos todos reunidos en el cuarto de la tía Rosa; la señora Julia leía unas

cartas que el viejo Fermín acababa de traerle; Rodolfo fumaba en silencio, yo bordaba sin levantar los ojos, mientras Ivonne y Laura conversaban en voz baja mirando unos figurines.

—Una carta para Ivonne — dijo la señora de Alcorta alargándosela.

La joven la abrió con presteza y roja de alegría exclamó:

—Carlos me anuncia visita para fin de semana. ¿Qué día es hoy?

—Jueves — dijo Rodolfo.

—Entonces mañana o pasado lo tendremos aquí...

—Ya era tiempo — murmuró Laura — a mí no me resultan esos novios que se van a Mar del Plata; mientras su prometida les guarda la ausencia en una estancia...

—Peor es no tener a quien guardársela.

La señora de Alcorta interrumpió la incipiente disputa.

—¿Fijarán la fecha del enlace?

—Veremos, veremos... — respondió Ivonne mirándome de soslayo cual si le contrariara mi presencia.

La tía Rosa que no parecía gustar de la sociedad de sus sobrinas, me pidió buscara un libro y la condujera al jardín.

Fuíme a la biblioteca y subí a una escalera para alcanzar una novela que hacía mucho tiempo deseaba leer, cuando experimenté la extraña sensación de que alguien me miraba.

Yo no había oído ruido de pasos, pero volví la cabeza...

Rodolfo Alcorta hallábase allí.

—Señorita, usted me ha tratado duramente — dijo con voz ahogada.

Como yo lo mirara sorprendida, continuó:

—Y no creo que tuviera motivos... pero si los tiene ¿quiere explicármelos?

—Señor, he procedido como una joven que no gusta de galanteos. Mi posición en esta casa debió imponerle más discreción.

Bajé de la escalera, y cuando iba a retirarme exclamó con torpeza:

—¡Ya conozco su juego... aventurera; con sus gazmoñerías se ha acaparado a la tía Rosa... y con sus melindres quiere ganarse un marido!...

Y reía con expresión estúpida y nerviosa.

¡Oh sombra protectora! ¿Podrás medir mi indignación?

Más, he aprendido a dominar mis emociones; y sin responderle, sin mirarlo, salí de la biblioteca.

VII

Mayo 30.

Sombra amada: ¿cuánto tiempo desde mi última carta? Debo confesarte que no hallaba manera de relatarte las cosas extraordinarias que me han ocurrido. Pero te abriré sencillamente mi corazón para que puedas leer en él... Hace unos días me desperté contenta, tenía en el alma como un beso de sol... Pasé la mañana al lado de la tía Rosa, a quien logré hacer participar de mi alegría.

—A las dos de la tarde llega mi ahijado Carlos Gutiérrez, el novio de Ivonne.

—¿Sí?

—Es un excelente joven. Temo que ella no llegue a merecerlo nunca...

Después de almorzar me pidió que tocara "Claro de luna" de Beethoven.

Se sentaba cerca del piano, cerraba los ojos sin luz, y se arrobaba en sus piezas favoritas.

Yo misma arrebatada por la vehemente dulzura de aquella música, no observé sino al conluir, que la anciana se había dormido.

Reclinaba la nevada cabeza sobre un brazo del sillón, y en sus labios se dibujaba una inmóvil sonrisa.

Levantéme con precaución, tomé de mi canastita una labor que la señora de Alcorta me encargara y fuí en su busca hacia el comedor.

Ella y sus hijos Laura y Rodolfo, estaban allí.

—Llame a Ivonne y a Carlos — dijo Laura a una sirvienta.

La señora Julia, apartada de la mesa, tomó una taza de té que le alcanzó su hija; mas al advertir que llegaba con mi labor, una delicada broderie en que yo pusiera todo mi empeño, me entregó la taza.

—Señorita, quiero ver bien esta maravilla.

En ese instante entraba Ivonne seguida de su novio...

¡Santo Dios!... tuve que arrimarme a una silla para no caer, tan violenta fué la emoción que me produjo el mirarlos.

Me temblaron las manos y dejé caer la taza que se estrelló en el suelo.

Todos me miraron.

—¿Qué es eso, señorita Delor? — dijo Ivonne — se ha quedado usted embobada... En una sirvienta no me extrañaría, pero...

—Cállate Ivonne — murmuró la señora de Alcorta apenada por mí.

—Disculpe señorita, podrá imaginarse que ha sido involuntario, — respondí avergonzada sin poder levantar los ojos del suelo.

—Bueno, puede retirarse; y no descuide sus obligaciones con la tía Rosa.

De soslayo advertí la maligna mirada de Rodolfo que gozaba con mi humillación.

No pude resistir el deseo inmenso de observar al novio de Ivonne. Estaba pálido, azorado y me miraba con dolor. Ya no podía dudar; era mi desconocido compañero del tren, de quien guardaba un recuerdo imborrable.

En la luz azul de sus ojos comprendí que me había reconocido; el destino travieso se complacía en ponernos frente a frente.

Una vez en mi cuarto, como en la noche aquella que lo viera por vez primera; sobre mi cuaderno confidente corrió de nuevo el raudal de mi llanto.

VIII

Junio 15.

Sombra amada: ¡Pleno invierno! El parque está mustio, se acabaron las flores, y el viento zumba en la ramazón escueta de los árboles...

Todo esto se refleja en mi alma y siento en ella la desolación del paisaje invernal.

¡Pobre ciega! ¡cómo se abate!

No podemos salir por la crudeza de la temperatura, y nos pasamos la una al lado de la otra. Su cariño en mi orfandad es como un pálido sol que marcha al ocaso. A veces permanece callada cual si trabajara en su espíritu una idea fija. Adivino que piensa en mí.

Ayer estiró sus manos amarillentas hacia el fuego y me dijo:

—¡Estoy helada! ¿Será así el frío de la muerte?

—¿Por qué dice eso, señora? Usted está muy bien y con la esperanza de recobrar pronto la vista mediante una sencilla operación.

—¿La vista? ¿Para qué? ¿Para sorprender en los rostros el reflejo de las almas?

—Y a mí ¿no querría verme? — la interrumpí con tono mimoso y resentido.

—A usted, hija mía, que ha sido la luz de mis tinieblas, el consuelo de mis últimos días, la veo sin ver y la siento pura, amable, excepcional.

Yo emocionada tomé sus manos descarnadas y se las calenté con las mías tibias y juveniles.

—Aproxímese más, Ketty; quisiera decirle algo...

Hizo una ligera pausa, luego continuó:

—No, no, es mejor que no lo sepa por mí... Convénzase que estoy chocha.

¿Qué me quería decir la bondadosa anciana? No traté de arrancarle su secreto porque la vi agitada, pero mi fantasía se perdió en congeturas.

IX

1.º de Julio.

Y así, sombra amiga, va pasando el tiempo.

Hoy es un día gris... el frío es excesivo, las habitaciones parecen más grandes y desmanteladas.

El viento nos trae del sudeste unas nubes lerdas y oscuras que anuncian la próxima tempestad.

Un relámpago ilumina el paisaje, y escuchando estremecida el fragor del trueno me acerco a la ventana.

Algunos campesinos corren a guarecerse en sus viviendas; caen las primeras gotas, vibra la naturaleza.

Después la lluvia desata sus torrentes. ¡Cómo se llena la acequia, parece un río, cuyas olitas festoneadas de espuma desbordan de su cauce! ¡Qué elocuente en su sencillez es el ruido del agua!...

Me pongo a escuchar...

¡Clap, clap, clap!, ya los cristales se han llenado de gotitas cristalinas que me impiden continuar en mi observación.

Vuelvo a mi asiento. Tía Rosa parece muy triste;

por distraerla, he tratado varias veces de iniciar una conversación, pero ella está como abstraída.

Temerosa de que mi charla la incomode, guardo silencio... y me entretengo en mirar el fuego.

¡Cómo se exalta mi fantasía; qué variedad de matices descubro en la llama que lame los leños!

El rescoldo del hogar me parece un magnífico joyel... ¿no hay allí encendidos, rubíes, dorados topacios y soberbias esmeraldas?

¡Si un hada me obsequiara con aquellas piedras preciosas!

—¡Bah! — murmuro, a pesar mío — ¿para qué querría todo eso una pobre señorita de compañía?

El viento parece que lanzara una carcajada irónica, burlándose de mis quimeras.

¿Por qué esta noche las sombras que inundan el cuarto se me antojan más densas?

Experimento cierto terror...

—Señora, señora — digo a la tía Rosa con voz queda; pero la viejecita se ha adormecido.

¡Dios mío, qué silencio!; comienzo a recordar absurdas leyendas de fantasmas; el menor ruido me hiela la sangre.

Más luego tía Rosa se despierta, y yo doy un suspiro de alivio...

¡Sombra amada ya no estoy tan sola!

X

Agosto 19.

Hoy entré a mi cuarto y sobre mi mesa de luz encontré una carta.

Pensé que sería de Rodolfo, y experimenté una gran angustia. Ya no era antipatía, sino terror lo que me inspiraba.

¿Puedes sombra amiga calcular mi estupor cuando leí lo siguiente:

"Señorita Delor: Una gran casualidad me ha puesto de nuevo en su presencia. Por cierto que usted no observó mi turbación cuando la hallé otra vez. Pregúntele a su sombra confidente lo que pasa en mi alma... Le suplico que no se indigne al leer esto; cada día me siento más desligado de un compromiso contraído por arreglos de familia, y en el cual no entra para nada mi corazón.

Sin embargo, seguiré visitando la estancia como siempre, pues esto me asegura la dicha de verla".

Mi conciencia me ordenó romper aquella esquela. ¡Sombra amada! a ti sola te lo digo... Sufrí mucho, mucho... pero tuve el orgullo de triunfar sobre mí misma!

Desde entonces traté de evitar todo encuentro con los novios, pero no siempre lo conseguí.

Carlos quiere entrañablemente a la tía Rosa, y le hace largas visitas. Cuando él llega, y yo me levanto para dejarlos a solas, la tía Rosa me dice:

—¿Por qué se va?

Y en los ojos de él adivino un doloroso y tímido reproche.

XI

Septiembre 4.

Me había jurado no pensar en Carlos Gutiérrez, y con aquella resolución me sentí más en paz con mi conciencia.

Pero ayer a la hora del sol lo vi con Ivonne paseando por el parque.

Sentí un dolor agudo en el corazón, y al ver que sus sombras se confundían bajo la arboleda, repetí a pesar mío con el poeta:

"Era una sombra y otra sombra
dos sombras que hacían una
sola sombra larga..."

¿Qué es esto? ¿será que estoy celosa?

XII

Septiembre 15.

Otro día, sobre mi mesa de luz, como si un duende penetrara en mi habitación, y en el mismo lugar donde encontrara la primera carta, vi con espanto una segunda.

¡Cómo latía mi corazón!

Comencé su lectura sin comprender una palabra, y tardé algunos minutos en descifrar la primera línea.

"Señorita Delor: He resuelto alejarme, por mí, que no puedo continuar esta penosa comedia de amor; y por usted, a quien no quiero imponerle mi presencia.

No hay martirio comparable a un amor sin esperanza".

Firmaba Carlos Gutiérrez, y por el membrete del papel, yo sabía donde podría contestarle.

¡Una vez más sentí el orgullo de ahogar los latidos de mi corazón!

Aquel mismo día vi llorar a Ivonne. Como si me sintiera culpable de sus penas me acerqué deseosa de hallar el camino de su alma.

—¿Qué le pasa, señorita Ivonne?... ¿Sufre? ¿Puedo yo servirla en algo?

Ella enjugó sus lágrimas con presteza y alzó la cara con un gesto agresivo.

—¿Qué dice usted? ¿Cómo se atreve a meterse en lo que no le importa?—Yo no sufro, y si así fuera no sería a usted a quien se lo confiara.

Me alejé apenada por ella más que por mí. Me sentía invulnerable a su odio, pero hubiera deseado saber porqué se cernía en la casa un vago malestar.

¡Qué culpable me siento sombra amiga! Mas para que se complete el enigma, la tía Rosa de continuo

triste y callada, hace un tiempo está muy contenta. Me besa en incontenibles arranques de ternura exclamando:

—Hija mía, hija mía, ya puedo morir tranquila.

Y yo al oirla me he alegrado.

Es tan indócil y aventurera mi fantasía, que de pronto me trae olas de ilusiones, sin que yo pueda saber de qué fondo inagotable las extrae.

XIII

Octubre 2.

Sombra mía: Deseosa de paz, he venido al jardín.

Vuelvo a recorrer los senderos por donde tantas veces vagamos con tía Rosa... Imaginando que bajo la hojarasca del invierno he de encontrar la huella de su paso, me he enternecido. ¡Pobrecita! que contraste entre su vida que se extingue y este resurgimiento primaveral. El aire es suave, los árboles están llenos de renuevos, y la fuente murmura una canción de vida.

Ayer vi las primeras golondrinas. ¿En qué ramas colgarán sus nidos? Y me he sentido muy triste... ¿Es que encuentro en esa sencilla imagen cierta analogía con mi vida? ¿Tenderé como ellas mis alas buscando otros cielos? ¡En fin!... ¡sombra amada! ¿para qué seguir? Tiembla mi mano, sufro...

XIV

Octubre 20.

A pedido de tía Rosa he abierto el balcón de su cuarto que da al jardín.

¡Qué fragancia nos trae la brisa! Aspiramos con fruición aquel ambiente balsámico.

Una enredadera de rosas tempranas escala su ventana.

¡Cómo me apena pensar que ella no puede ver la belleza de las flores, ni la pureza de este cielo azul!...

Embargada por una íntima emoción corté una rosa y se la dí...

—¿Qué es esto hijita? — dijo palpando sus pétalos de seda.

—Una humilde flor que quiere besar su mano...

Parecía enternecida.

—¡Ketty, Ketty, hija mía, oígame usted!... Cuando yo muera quiero muchas rosas en mi ataúd.

En vano traté de desviar sus tristes pensamientos; dominada por su idea, repetía:

—¡Muchas, muchas rosas!...

XV

Noviembre 5.

Y como si la pobre ciega hubiera tenido el presentimiento de su muerte se empeñó en arreglar sus asuntos pasando largas horas con su abogado. Y en un atardecer luminoso, perfumado por las primeras rosas, su vida comenzó a extinguirse como una lámpara...

¡Oh sombra amiga! nunca podré olvidar aquel cuadro doloroso. Fermín fué al pueblo a traer un médico y a Carlos a quien la moribunda quería tener a su lado.

Yo me quedé sola con ella. En el jardín en que la primavera trabajaba las nuevas flores, rondaba la muerte y yo la sentía... Todos permanecimos a su lado hasta el amanecer; el médico se fué a esa hora con alguna ilusión, dejando a la enferma más tranquila.

Había empezado a llover.

Un alba lívida se filtraba por entre las rendijas

de los postigos, haciendo más triste el cuadro de la habitación. Después que le pusieron la Santa Unción, la tía Rosa salió de un sopor y dijo:

—¡Carlos... quiero hablarte! ¡Ketty, hija mía, ¿estás aquí?

Nos encontrábamos los dos solos; los demás, fatigados por la mala noche, se habían retirado.

—Hija mía — murmuró de nuevo la anciana buscando mi mano — conozco tu secreto de amor... El que ama guarda su cariño como un tesoro; y cree que nadie adivina lo que esconde... ¿De qué me serviría mi experiencia, si no supiera comprender a las almas sencillas? Vivo en tinieblas, pero tu corazón es como el sol. Yo siento su luz...

Hizo una pausa y continuó con voz que sonaba en mí dulce y dolorosamente.

—Carlos fué más franco que tú. Me ha contado como te vió por vez primera, me ha contado también sus vacilaciones.

Calló de nuevo.

Yo no alzaba los ojos del suelo y me aterrorizaba al pensar que Carlos pudiera sentir los tumultuosos latidos de mi corazón.

—El amor ; prosiguió la moribunda, — es la ley con que Dios maneja el mundo. Yo no tengo más que unos minutos de vida, y quiero llevarme la confesión de tu amor. Ketty... si de veras lo sientes, no te avergüences de él... Carlos te quiere... ¿y tú?

Compenetrada de lo solemne del momento no velé con palabras triviales mi respuesta, y mi confesión surgió con vehemencia.

—Yo... ¡ay de mí! ¡también lo amo!

La anciana unió nuestras manos, y alzando al cielo sus ojos apagados nos bendijo.

XVI

Noviembre 15.

¡Oh sombra amada! ¿Cómo ha podido pasar todo esto en tan breve tiempo? ¡Pobre tía Rosa... me parece verla en su lecho de muerte; sellado su rostro por una sublime expresión de beatitud!

¡Que mis lágrimas y mis oraciones lleguen hasta ella!

XVII

Enero 17.

Han transcurrido algunos meses desde que murió mi bienhechora, y que, de nuevo sola en el mundo emprendí el camino de regreso...

Mas al decirte esto, sombra confidente, oigo que exclamas en tono de reproche:

—¿Cómo, Ketty? ¡Tú no estás sola; amas, eres amada!...

¡Ah, perdona mi largo silencio! ¡Aun me está sangrando el corazón!

XVIII

Enero 28.

¡Dios mío! ¿Cómo llegué a dudar? El testamento de la tía Rosa me dejaba rica, mucho más que a sus sobrinas. No pude envanecerme de mi nueva posición, porque desde el primer instante comprendí que la pagaba con mi dicha.

Carlos se alejó de mí, aterrado al solo pensamiento de que pudieran creer que aquel suceso había engendrado su nuevo amor.

Ofendida en mi orgullo, lo dejé irse, reservado y taciturno.

Me encontraba más sola y desamparada que en el día tan lejano ya de mi partida. Mas la voluntad expresa de la tía Rosa, nos protegería contra nuestras propias acechanzas. Dueña del secreto de nuestros corazones, nos obligaba si habíamos de obedecerla a desafiar el comentario del mundo.

"Es mi voluntad que Ketty Delor, mi amada señorita de compañía, se case con Carlos Gutiérrez, puesto que se aman..."

¡Qué dulce fué el someterse!

. . . .

En este momento mi marido se acerca a mi lado y exclama:

—¿Qué escribes, Ketty adorada?

Mas al reconocer mi cuaderno, me toma en sus brazos; y al sentirme dichosa en ellos... comprendo que el destino me dicta en este instante, un epílogo feliz para mis "Confidencias a una sombra".

PECADO MORTAL

Era tan fea, que quien miraba su rostro difícilmente podía olvidarla; su fealdad casi trágica ostentaba rasgos en tal anarquía con las leyes de la estética que su recuerdo pegábase en la memoria como una grotesca calcomanía.

La conocí en circunstancias especiales. Acaso la vida quiso poner ante mis ojos un caso de esos, en que nos es dado comprender la profundidad insondable del alma humana.

Aquel verano lo pasamos en un pueblo del norte; nuestra casa era de edificación anticuada, techo de tejas, un corredor que circundaba toda un ala del edificio, donde trepaban los suspiros y un viejo rosal manto de oro, que en primavera daba pródigamente, como las almas buenas, sus flores a manos llenas.

Dividida de la nuestra por una tapia derruída, que vestía con pudor de monja, una enamorada del muro, hallábase la casa en que habitaba ella.

Se llamaba Amalia Márquez; era huérfana, sola en el mundo, y su corazón estrujado por los desen-

gaños, incapaz, al parecer, de ternura y de emoción, debía estar marchito y frío.

No se le conoció jamás otro amor que el Divino, pues Amalia Márquez era una "beata" de antiguo cuño, con el alma moldeada en dogmas de sacristía.

Su vida, supeditada a su devoción, no tenía otra orientación que la iglesia. Pasaba su día mascullando oraciones, con el oído atento a la voz mística de la campana que llamaba a los fieles a novenarios y ceremonias.

Desde mi casa oíala yo andar por el huerto, o por el corredor vecino, golpeando las baldosas con sus tacones de palo, y a veces la oía también suspirar como si una pena muy honda trabajara su espíritu.

Mi afán de comprender almas, me llevaba a toda suerte de conjeturas. ¿Por qué suspiraba Amalia Márquez tan doloridamente? ¿Qué congoja podía haber en aquella vida solitaria, en aquel espíritu refugiado en la religión?

Me propuse estudiar aquel ser extraño.

Todos, en la vida, tenemos un ideal: éstos la ciencia; aquéllos el arte; los otros la fortuna o la gloria; los de más allá el amor, fuerza suprema que eleva o precipita las almas en el caos.

Pero en aquel ser... en aquel ser escueto, frío, sobre cuyo pelo renegrido y crespo, comenzaba ya a nevar, ¿qué razón de vida había? ¿Cuál era el dinamismo interior que determinaba sus acciones? Pronto comprobé que en aquel corazón sólo había cenizas.

Las horas pasaban para ella lentas y abrumadoras; sus manos inútiles apenas si sabían tomar la aguja para echar con la mano izquierda un remiendo de puntadas desiguales.

Amalia Márquez no tejía, no bordaba, no cultivaba la música, ni tenía gusto por ella. Sus escrúpulos la llevaban hasta escandalizarse ante el ritmo embriagador de un tango, que le sugería la imagen

de un hombre y una mujer muy unidos. En su mundo espiritual no había luz. La lectura hubiera podido mostrarle nuevos horizontes, pero, por orden de su confesor, ella no leía sino absurdas vidas de santos, que morían entre la suciedad, para que sus almas se fueran muy limpias al cielo.

Alguna vez que se publicó un cuento mío, se lo pasé por sobre la tapia; pero ella me lo devolvió con la faz incendiada por un rubor que habría sido digno arrebol en una tez de quince abriles.

—Perdone, no puedo leer novelas; mi confesor me lo prohibe... Además soy hija de María.

En las mañanitas de invierno, cuando apenas clareaba el día, ya estaba ella en pie. Yo la oía regañar a la criada desde mi cama tibia, por motivos triviales.

Una vez se dió el caso de que la engañó la hora (una mala pasada que le jugó su reloj... un reloj muy alegre y parlanchín, que daba horas, medias y cuartos con toque de cristal y que sin duda no resistió a la tentación de burlarse de ella), y llegó al convento cuando aun las monjas dormían. Su llamado fué ocasión de alarma entre las santas mujeres.

Aunque mis relaciones con ella eran muy cordiales, yo no era ajena a una secreta cólera que alimentaba en su interior contra mí.

Mis diversiones de muchacha de mundo, de las que invariablemente se enteraba interrogando a mi sirvienta, le ponían carne de gallina.

Después me interpelaba a mí, directamente, para corroborar sus datos, con un tonito despectivo que le alargaba un jeme la cara, y le contraía la boca sin dientes en un gesto de dolor.

—¿Va al baile de máscaras esta noche?

—Tal vez... si no hay inconveniente.

—¿Qué traje se pondrá?

—Unos velos de odalisca y una tiara de perlas.

—¿Una tiara? ¿Como la del señor Obispo?

—Más o menos...

—¡Qué disparate!

—¿Por qué disparate? ¿Quiere verla?

Ardían sus ojos en fiebre secreta, y yo de un brinco iba a mi cuarto y volvía con las zarandajas de la mascarada.

—Pruébesela... — me decía con una curiosidad que no lograba disimular su encono.

Lo hacía por complacerla.

Me miraba con ojos despavoridos, y llevábase una mano a la frente como si quisiera ahuyentar malos pensamientos.

—Y eso, ¿queda desnudo? ¿No lleva algo en los brazos ni en el cuello?

Se escabullía con un gesto trágico al oir mi respuesta afirmativa, y desde lejos, como un murmullo, llegaban hasta mí sus condenaciones:

—¡Vaya con las niñas cristianas! Eso es una vergüenza...

Mi predilección por las plantas me llevaba al jardín cada minuto que tenía libre. Aquel año la primavera se adelantaba, y las tapias comenzaban a vestirse de los primeros brotes. Ella, que era de salud precaria y ansiaba el calor, como si esperara que el buen tiempo retemplase a la vez el alma y el cuerpo, espiaba las yemas que iban reventando de los tallos henchidos de savia, y con cierta turbación me dijo un día:

—¿Se ha fijado como está esta planta?

—¿Cuál?

Estiró su mano nudosa y flaca llena de aristas, y señalando la tapia, dijo, ruborizándose y excusando las expresiones claras:

—Esta... la del muro.

Casi lancé una carcajada.

—¿La enamorada del muro querrá usted decir?

Bajó los ojos.

—Yo nunca digo esas palabras — replicó confusa.

II

En un año se produjo el derrumbe... porque este es el término exacto; un derrumbe físico y moral. Su salud se quebrantó más aún; sus suspiros se volvieron quejumbrosos. Me parece verla como un fantasma rondando el huerto... Su fealdad repulsiva aparecía entonces, como sublimada por un gran dolor.

—¿Cómo le va, Amalia? — le gritaba por el fondo, pensando en hacerle o decirle alguna travesura. Pero al ver la tristeza inconmensurable que asomaba a sus ojos, en vez de burlarme de ella, sentía deseos de consolarla, de acercarme a su pobre alma solitaria e incomprendida, que se me antojaba una lámpara votiva ardiendo eternamente en un templo vacío.

—¿Cómo ha de irme a mí?... ¡Mal!... ¡mal! — murmuraba muy quedo.

—¿Por qué? ¿Se siente enferma?

—No...

—Entonces no veo porqué le pueda ir tan mal.

—Ah... usted no sabe... yo voy a morir.

—¿Quién piensa en morir con un día como este? — decíale yo, deseosa de distraerla. — ¿No ve qué tarde tan espléndida? ¡Cuántas gentes que viven en la ciudad, en esos departamentos como jaulas, no envidiarán la felicidad de estar ahora aquí, en el jardín lleno de flores! ¿No ve usted que éste es el año de las rosas?...

Ella, sin responder, inclinaba la frente con tristeza y se alejaba con su andar de sombra.

Lo que más llegó a intrigarme fué su repentino

desvío de las cosas piadosas; ya no comulgaba, y su antigua exaltación mística, sólo se manifestaba en su asistencia a misa uno que otro día.

Su ánimo fué decayendo sensiblemente; la casita del lado parecía deshabitada; ya no se oía su rezongo con la criada o con el gato que se había bebido la leche, ni la eterna consulta sobre la hora o las posibilidades de lluvia, ni los comentarios sobre los chicos de la doctrina.

A veces un suspiro como escapado de un corazón que se ahoga llegaba hasta mí; después el silencio se hacía de nuevo.

Cierta mañana de verano que levantada desde temprano paseaba por el huerto, oí que la criada de mi vecina me llamaba.

—Niña... la señorita ha amanecido hoy muy mal. ¿Por qué no salta la tapia y viene a verla?

Más tardó ella en decírmelo que yo en encaramarme como un pillete a una higuera frondosa del fondo, y desde allí, haciendo pie en el muro, en saltar al otro lado.

—¡Amalia! — grité para anunciarle mi irrupción en sus dominios. Pero nadie me contestó. Llegué a su cuarto, una piezucha monacal, con una cama blanca y pulcra, en cuya cabecera se hallaba en pleno la corte celestial representada en estampas y cuadros de oleografía barata. Amalia estaba en un rincón, acurrucada, como un perro castigado, con la cara angulosa más demacrada que nunca, y los ojos llenos de sombras.

Repetí mi pregunta de siempre.

—¿Está enferma? ¿Qué tiene? ¿Por qué no me confía su mal?

—¿Para qué?

—Para consolarla. ¿No soy acaso su amiga?

—Sí, pero...

—Las penas compartidas se aminoran.

—¡Oh!, mi mal no tiene remedio...

Inclinó la frente llena de surcos; entornó los ojos a través de los cuales me pareció ver asomarse la herida sangrienta de su alma, y de sus labios exangües salió algo como un sollozo, mientras sus manos se agitaban en el vacío con un ademán extraño.

Días después su mueca se trocó en expresión de estupidez. La boca apretada, como si temiera dejar escapar un secreto, se ablandó de improviso, borrándose de ella todo reflejo de vida interior. Con frecuencia deliraba; y desde mi jardín, en donde simulaba leer en las azuladas tardes de verano, la veía vagar como una sonámbula del pensamiento.

Ahora estaba como dormida, dormida en quien sabe qué quimera, insensible a todo placer y a todo dolor.

Sus quejas fueron poco a poco revelando en ella un aspecto nuevo, como si subiera a la superficie el oleaje de su borrasca espiritual. De que existía un dolor muy profundo, que le devoraba la razón y la vida, yo no tenía duda. Pero, ¿cuál era la índole de ese dolor? ¿Qué pensar de una mujer casi vieja, de fealdad repulsiva, que había pasado toda su existencia dedicada a los santos, y cuyos escrúpulos de beata le prohibieron siempre hasta mirar a los hombres?

¿Qué tormenta tardía se desencadenó en su alma, llevándola al extravío? ¿Qué pájaro azul de quimeras halló abierta la puerta de esa vieja torre derruída? ¿Qué lago de esperanza, tantos años dormido, se irisaba de espuma al soplo de locas ilusiones?

¡Pobre Amalia!... No puedo olvidarla en aquellos días en que yo aun atribuía a un trastorno puramente físico, su abatimiento y su tristeza.

Unos parientes lejanos, sabedores del estado de su salud, condolidos tal vez de su soledad, la llevaron a consultar a un médico. Acaso éste sospechó la he-

rida profunda que aquella mujer llevaba en su corazón, y haciendo uso de mil artimañas consiguió arrancarle parte de su secreto.

Amalia Márquez confesó que, en efecto, una pena muy grande la devoraba.

El médico supo luego, que esa pena era un pecado que ella no se atrevía a confesar al sacerdote, y que pesaba en su pecho como una lápida.

Pero nada más logró saber... A sus preguntas volvió de nuevo a responder acurrucada y medrosa, como si todos sus escrúpulos la acosaran de pronto.

—Tengo un pecado... un pecado mortal...

Cuando yo supe esto me quedé perpleja.

¿Qué pecado podía ser ese? ¿Un escrúpulo de beata o una culpa real, que gravitaba sobre su conciencia?

III

Después de su confesión, Amalia Márquez cayó en una terrible postracción, como si el esfuerzo que hiciera para confesar su misterioso pecado, la hubiera aniquilado. Su razón se nubló.

Se pasaba los días en su cuartucho, sentada en un rincón, con la mirada fija en un punto imaginario, o perdida en las lejanías de su mundo interior... Se negaba a tomar alimentos y a descansar, y, con la boca torcida en un rictus de dolor, repetía con persistencia:

—Fué un pecado... un gran pecado... Voy a morir.

La criada, su fiel compañera de todos los momentos, me miraba en silencio cuando iba yo a ver a Amalia, cual si escudriñara mi rostro. Tal vez imaginado que yo había husmeado el secreto de su ama.

Una tarde, la buena mujer me habló de aquella

tragedia íntima, página novelesca de esa vida vulgar y oscura.

—Niña — me dijo, — ¿sabe lo que tiene la señorita Amalia?

La mujer miró a todos lados, y comprobando que estábamos solas, murmuró a mi oído:

—Lo que tiene, es mal de amor...

En otra oportunidad, me habría reído de su ocurrencia; al oírla en aquel momento, sentí una piedad inmensa que me hizo saltar a los ojos el llanto.

—¿Cómo puede ser eso? Usted se equivoca sin duda.

La criada me hizo un largo relato, de tal suerte patético, que no me quedó duda de la verdad de su aseveración.

Amalia Márquez amaba...

He aquí, extractada, la historia de tan desatinado romance:

Antes de que viniéramos nosotros a habitar la quinta vecina, vivía en ella la familia de Aranda, gente amable y bondadosa, que bien pronto le cobró afecto a Amalia, cuya soledad moral enternecía a cuantos la trataban.

La amistad se estrechó; el corazón de la pobre solterona, reverdeció al calor de esos afectos, y para nadie fué un secreto su marcada preferencia por Julio, uno de los muchachos, circunstancia que dió motivo al comentario risueño de las hermanas, quienes hasta se permitían bromas llamándoles "los enamorados".

Lejos estaba el gallardo joven de veinte y cinco años, de sospechar la hoguera inextinguible que había encendido en el páramo de aquella alma.

Pasó el tiempo; la familia de Aranda cambió de domicilio, y Amalia, desde la distancia, siguió adorando a su quimera. Mas un dió ocurrió el desastre. Julio estaba de novio y la solterona fué la pri-

mera en saber la noticia antes que trascendiera al público. Y fueron las mismas de Aranda las que, ajenas a su drama íntimo, quisieron asociarla a quella alegría de familia.

Aturdida por el golpe, se reconcentró en sí misma; bebió sus lágrimas y ocultó su secreto.

Acaso una última ilusión la hizo aún aferrarse a la vida...

Luego los acontecimientos se precipitaron. Vino la boda de Julio Aranda, que encendió en la imaginación de aquella eterna célibe un volcán de devaneos. ¡Quién sabe qué escenas de ternura, que sus escrúpulos consideraban pecaminosas, la atormentaron desde entonces!

Y así, en una gradación lenta y terrible, la pobre solterona fué pasando por todas las fases, por todos los matices de la tortura. Tal vez llegó hasta desear la muerte de esa mujer que le robaba su único amor, su único cariño.

Acostumbrada al diario examen de su conciencia, retrocedía horrorizada ante aquel amor imposible que se alzaba en ella engendrando el odio, y que sus escrúpulos de beata le representaban como un pecado sin remisión.

¿Qué haría para contener el torrente? ¿Podía perdonar el cielo aquel amor humano? ¿Podía perdonar el buen Dios su íntima rebelión contra el destino que la privaba de la dicha de amar y ser amada?

Porque Amalia Márquez comprendía que su deber era sofocar aquel amor, aquella envidia, aquella cólera salvaje que se agitaba en ella con furia de tormenta...

IV

A los pocos días de conocer este silencioso drama de amor, desarrollado en la sombra como una flor

abierta en la noche, la pobre Amalia Márquez fué internada en un sanatorio de enfermedades mentals.

Allí he sido a visitarla muchas veces, deseando prodigarle algún consuelo; pero mi intento ha sido vano. Amalia está ya al margen de la vida; su razón, nublada para siempre por su dolor, sólo tiene fugaces chispazos de lucidez, durante los cuales experimenta terribles crisis. Otras veces cae en el misticismo, y el visitante puede verla de rodillas, con los brazos en cruz, pidiendo al Padre Eterno perdón por el delito de haber amado demasiado... y confesando con un grito prolongado y lúgubre:

—Mi pecado... mi pecado mortal...

LOS BUHOS DE MI TORRE

Estimado lector:

Hace un tiempo un amigo quedó en darme un argumento de novela. Cuando ya creía olvidada la promesa, recibí por correo un abultado paquete que contenía, una carta, que reproduzco en primer término, y un cuaderno de tapas de hule, negro, donde una mano varonil había escrito con trazo firme, una extraña y dolorosa historia.

Como tengo el convencimiento de que el realismo es el factor principal en toda narración, he temido cubrir con hojarasca literaria su belleza sencilla, o deformar con recursos estilísticos, la verdad de este relato; lleno de dulce aroma de sentimiento.

Ahí va, pues, como vino a mis manos...

Lector: a ti te dejo el comentario.

Distinguida amiga:

Adjúntole el argumento prometido, que no tiene otro mérito que el de haber sido vivido lo que en él se cuenta.

A sus protagonistas los conocí en circunstancias

especiales muy lejos de acá; traídos al momento actual, creo que ganarán en interés.

Se lo remito con el temor de que no le parezca bueno, me excusa sin embargo el haber querido que usted estudie un curioso caso de psicología.

PROLOGO

Soy un sentenciado; voy a morir... pero antes de que la rueca de mi destino haya hilado su última hebra, y me arroje a los abismos de la nada, a la noche eterna, quiero confiar a este cuaderno el montón de mis ideas deshilvanadas, sin disciplina, que brotan del torbellino de mi cerebro.

Mas ponte en guardia, lector amigo, no sea que sientas sobre tu frente algún extraño batir de alas... Los buhos de mi torre fatídicos, luctuosos, revolotearon un día, encandilados por un rayo de sol, que hizo irrupción en mi tristeza.

Cierra tu alma a toda emoción malsana, ahuyéntalos con un fulgor de optimismo; no quiero ser responsable de tu desgracia.

(Copia del manuscrito).

I

Tengo treinta años bien cumplidos y más de un siglo de experiencia.

Hasta hoy he dejado deslizar mi vida como cosa de poca monta; la rutina diaria, los periódicos que hay que leer, la taza de café negro tomada con fruición entre el humo de mi cigarro; el apretón de manos de los amigos, mezcla de afecto y egoísmo, y la sonrisa de los labios femeninos, en que el lápiz de carmín parece delinear con sólo un trazo, los contornos de sus vidas, me ha bastado y sobrado hasta el presente, para llenar mis días.

Jamás hasta hoy pensé en escribir mi diario, primero porque nunca tuve aficiones literarias que imagino imprescindibles, y segundo porque para hacer interesante mi narración, debían vibrar en ella los timbres del sentimiento... y estos estaban hace muchos años, reducidos al más completo silencio.

Pero he aquí que hoy, un suceso extraordinario, viene a cambiar la faz de mi monotonía.

Creo haber llegado al capítulo más interesante de mi vida; y no resisto a la tentación de verter sobre el papel, este torrente de alegrías sin cuento, de tristezas profundas, o de loco optimismo, que me asalta, que es más que yo; que rompe los baluartes de mi voluntad; de esa mi voluntad que hasta ayer creyera invulnerable.

Un gran silencio me rodea; pasan diez minutos, que mi reloj marca con precisión matemática; luego de la torre de los Ingleses, vuelan los musicales sones de sus campanas.

¡Tin, ton, tin, ton!...

¡Media noche! el sueño ha huído de mis párpados. En mi cuartucho de bohemio hay un no sé qué aterrador, que parece atisbarme... la débil luz de mi lámpara eléctrica, en vano intenta disipar las sombras, y las veo en largas filas, pegarse a los muros desnudos, expandirse, abrir sus alas como fantásticos murciélagos.

Esta atmósfera de misterio me anonada, siento que mis ideas se entretejen...

Por librarme de esa especie de sortilegio, me pongo de pie, abro las ventanas. Ha quedado en la gran ciudad dormida, una vibración aguda de cristal.

La luna idealiza el cuadro, y le presta contornos de leyenda; las cúpulas estiran sus agujas en una loca ansia de infinito.

Se me antoja que esa nube errante que llega del

Norte cabalgando en el viento, va a dejar en ellas un girón de su velo.

Abarco el paisaje; todo duerme, sólo muy lejos una ventanita iluminada me hace guiños. Cierro los ojos y su visión me obsesiona; veo miles de puntos rojos que se encienden y se apagan...

¡Con mucho menos podría forjarme una novela!

Sin embargo, debo sofrenar mis quimeras, para que la pluma de nuevo dócil, vuelva a su misión de vestir mis ideas.

Mas, por hoy, basta; la fatiga me vence, y muchas cosas quedarían en el tintero.

II

Al leer lo escrito anoche, a la luz de un sol alegre y esplendoroso, que irremediablemente me vuelve a la realidad, estoy a punto de destruirlo, y con un gesto de fastidio, recuerdo el plenilunio, único causante de aquel derroche de sentimiento.

Hoy más dueño de mis nervios, y libre de toda influencia, abarco de un vistazo mi existencia.

Mi pasado es una nebulosa de contornos sombríos, mi presente... ¿qué es mi presente?

Me he jurado ser sincero, y como tal confieso:

Es la vaguedad incierta de una aurora, es un despertar.

En la aridez de mi vida, hay un afecto en el que, ¡cosa extraña! aun la duda no ha incado su diente venenoso; es mi amigo Leoncio Cabral; sé que me ama más, desde que me sabe desgraciado. Soporta mis rarezas, calma mis tempestades, y su excelente humor, tiene para mis frecuentes accesos de melancolía, la virtud sedante de un remedio infalible.

Me parece oir en este momento su voz grave de dulces modulaciones.

—¡Anda, viejo, echa tus penas a la espalda, y en marcha!

Allá vamos como dos buenos tunantes, en busca de la luz que enceguece, del bullicio que aturde; él disipando su sano optimismo, yo, acabando de anestesiarme.

El caso resulta curioso, cuando mi amigo recurre a mí en trances análogos; lo veo cariacontecido, displicente, bueno; ahí va una dosis de mi filosofía.

Discutimos. Leoncio pierde terreno, ataco con más brío... ¡no se puede dudar, es mía la victoria!

Una noche (y cito este episodio, por ser el origen de esta fiebre, de esta inquietud que me devora) llegó Leoncio a mi casa a eso de las diez, vestido con desusada elegancia; respiraba dicha por todos los poros, y al verme lanzó una exclamación de alegría.

—Temí no encontrarte, querido Carlos, pero felizmente has tenido la buena idea de no salir.

Yo me hallaba en uno de esos estados espirituales tan frecuentes en mí, en que una apatía desoladora me vence moral y físicamente.

Molesto por aquella irrupción que echaba por tierra mi proyecto de meterme en cama juiciosamente, ofrecí asiento a mi amigo, pero éste, sin percatarse de mi gesto, dejó caer su mano sobre mi hombro en un ademán afectuoso que le era familiar y continuó:

—Vengo a buscarte, tengo un programa colosal...

—¿Colosal? — dije imaginando que se trataba de alguna de nuestras frecuentes trasnochadas en el Bar del Molino Verde, concurrido por calaveras elegantes.

—¡Ya verás, ya verás!... — me repuso con una sonrisa prometedora, — esta noche hay una fiesta en lo de Riga, que será una maravilla; tendremos orquesta típica, y un grupo de chicas encantadoras...

Una carcajada que me salió de lo más hondo de mi ser, como si sus palabras hubieran tenido la virtud de

revolver toda mi hiel, sonó con estrépito en mi cuarto desmantelado.

—¿Y a mí qué? — grité con enojo. — ¿Conozco acaso esa gente? Que bailen tangos y concurran mujeres encantadoras... ¡allá ellos! Hoy no estoy para esa clase de estupideces.

Mas, temiendo haberlo herido con mi rudeza, suavicé el tono de mi voz, y deseando borrar toda mala impresión, continué:

—Ya que estás en tren de divertirte, déjame a mí hacer el programa; daremos una vuelta, tomaremos unos copetines, y a una hora razonable, regresará cada cual a su casa.

—¿Estás en tus cabales? ¡perder una fiesta semejante! no, no, eso haremos mañana; hoy es imprescindible que me acompañes.

Dudó un instante, luego agregó:

—Si te empeñas te confesaré; deseo que conozcas a Martha Riga y me des tu parecer...

—¿Estás enamorado de ella?

—Poco menos.

—¡Mal negocio!

—¿Por qué?

—Las mujeres son hijas de Lucifer.

Leoncio rió.

—Lo que no impide que nos hagan perder la cabeza.

—Son astutas, falsas...

—Hay excepciones.

—Envuelven en sus redes al incauto en nombre del amor.

—No me negarás que el amor existe.

—¿El amor? ¡Egoísmo, mentira!

—¡Calla, eso es una blasfemia!

Debí leer en su cara una expresión tal de sinceridad, que sin responderle, y rabiando contra mí mismo, que no sabía decir "no" a sus inopinadas locu-

ras, comencé a vestirme, y una hora después nos dirigíamos al baile.

Cuando llegamos, la fiesta se hallaba en todo su esplendor. La mansión que le servía de marco era soberbia, las luces de las arañas caían sobre las perladas desnudeces de los escotes femeninos; las estufas habían volcado allí sus tesoros, decorando los salones con la policromía de su floración exótica; reinaba el "sprit" y el buen tono, y los amantes de la danza, aprovechaban el variado repertorio de la orquesta.

Después de presentarme a la dueña de casa, perdí de vista a Leoncio; suponiéndolo enredado en las coqueterías de la bella Martha, no traté de buscarlo, y con la filosofía que siempre me acompaña, resolví ser esa noche, un simple espectador de aquel brillante cuadro.

Fuíme al "fumoir", despaché dos cigarrillos, me encontré con varios amigos que se aburrían tanto como yo, y vagando por los salones llegué de nuevo al gran "hall" que era el centro de la reunión.

Logrando substraerme a dos o tres señoritas de mi amistad, que planchaban lastimosamente, y que me echaron miradas suplicantes de náufragas, me puse a observar a una jovencita, que cruzando la pierna se empeñaba en lucir su bien torneada pantorrilla, cuando oí que alguien me nombraba.

—Señor del Castillo... ¿me permite?

Díme vuelta y me encontré con la señora de Riga, quien creyéndome aburrido y solo entre aquel gentío, me propuso presentarme a las niñas, (refirióse sin duda a sus hijas), y antes de que volviera de mi sorpresa, apoderóse de mi brazo y me arrastró consigo.

—No se moleste, señora — pude balbucear sintiéndome remolcado contra mi voluntad por la corpulenta matrona.

Pero todo estaba ya previsto por el destino...

Cruzamos un salón y la dueña de casa se detuvo frente a una preciosa joven de traje de tul negro, exclamando:

—Elsa... voy a presentarte al señor del Castillo.

Y dirigiéndose a mí, agregó:

—Mi sobrina, la señorita de Benoir.

Hice una inclinación profunda, que era un homenaje; ella retribuyóme con una sonrisa; la orquesta preludiaba: Invitéla a bailar, y momentos después sentí entre mis brazos a la bellísima mujer.

Experimenté un placer extraño. De la mata de oro de sus cabellos escapaban algunos rizos que rozando mi frente me acariciaban, sus brazos de alabastro me enlazaban, mientras sentía su manita tersa y nerviosa palpitar entre la mía.

Aspiré con deleite su perfume de rosa Francia, sin duda el predilecto, de que estaban impregnadas sus ropas y su piel sonrosada.

¡Elsa Benoir!, — me dije repitiendo su nombre, como si ya presintiera el lugar que ella ocuparía en mi existencia, — he aquí la mujer más hermosa que pisa sobre la tierra; y en un giro de aquel vals inolvidable, ¡oh dioses del Olimpo!... ¿por qué callarlo? perdí la cabeza, y creo que la estreché fuertemente contra mi corazón.

Vi que el rubor teñía su rostro, la sentí temblorosa, confusa; desasióse con un gesto y nos dirigimos a un saloncito contiguo; ella dejóse caer en un sofá demostrando fatiga, y yo silencioso me senté a su lado.

Una frase trivial jugó en sus labios encendidos como un botón de rosa.

Comprendí que deseaba disipar mi emoción, y mareado con su hechizo respondí a mi vez, mas el sonido de mi voz se me antojó cambiado, extraño.

¿Qué mago musitó a mi oído el secreto de aquel

espíritu excepcional? ¿qué misteriosa intuición me guió para ver en ella lo que mis ojos buscaron por el mundo tanto tiempo en vano? ¿por qué mi alma muerta a todo sentimiento se estremecía en una nueva ansia de vida? ¿qué era aquel ablandamiento, aquella inquietud desconocida que me turbaba al extremo de no acudir las palabras a mis labios?

Pero lo que más me intrigó fué la dulzura que a su lado experimentaba; nuestros espíritus se habían tan profundamente compenetrado, que parecíamos conocernos de toda la vida.

A medida que cambiábamos nuestras ideas, descubría en ella sus tesoros de bondad e inteligencia.

En la certeza de que aquel corazón excepcional sabría comprenderme, cedí a una imperiosa necesidad de desahogo y le conté las circunstancias especiales que me llevaron a aquella fiesta; le hablé de mi soledad en la vida, del frío de mi existencia sin ideales, de mis fracasos, de mis luchas, dejándole vislumbrar el abismo de mi mundo interior.

Ganada por mi confianza, refirióme ella a su vez su vida, la tristeza de su orfandad, y su soledad espiritual entre los seres que la rodeaban.

Hablóme de su pasado feliz al lado de sus padres, y mientras sus labios amontonaban ante mí los recuerdos venturosos, sus ojos se perdían en la lejana visión de su hogar, en la paz dulce y sencilla de la vida provinciana.

Profundamente emocionado, sellé nuestra amistad con un fuerte apretón de manos.

—¡Siempre! — la dije, y nunca como en ese instante abarqué la amplitud de aquel concepto.

La mayor parte de la concurrencia se había retirado, cuando nos despedimos yo y mi amigo Leoncio.

Una vez en la calle, nos separamos abstraídos cual si ambos, demasiado felices, nos sintiéramos por vez primera egoístas de nuestra dicha.

III

Ocho largos días han pasado desde la fiesta de Riga, y se me antoja al trasluz de mi vehemencia que han transcurrido ocho siglos.

Alarmado mi amigo Leoncio de no encontrarme en los sitios habituales por donde antes paseaba mi amargura, ha tenido el heroísmo de trepar las interminables escaleras que conducen a mi vivienda.

Allí estaba yo como un pajarraco en su nido, calentándome a la luz de ese sol que había aparecido en mi tristeza.

En la fisonomía de Leoncio se pintaba el más vivo asombro, que lo exteriorizó en grandes exclamaciones.

—¡Esto es imperdonable! Ocho días metido aquí como un caracol, sin dejarte ver ni en el Molino Verde, ni en el Cabaret de la Estrella, donde anoche hemos festejado con un baile el triunfo de la última pieza de teatro de Paco Ramírez; te confieso que temí que estuvieras enfermo, pero con sólo verte se disipan mis temores... nunca tan rozagante como ahora.

Ante aquella avalancha de palabras, permanecí silencioso, mas al hacer alusión a mi salud, pensé que aquella era una oportunidad para escaparme por la tangente.

—¿Mi salud? ¡Ya lo creo, inmejorable!

Mas viendo la duda en los labios de Leoncio retozando entre una risita irónica, continué:

—En cuanto a lo otro... a mi aislamiento, obedece a una resolución de cambiar de vida; ¡los cabarets, los cafetines, uf!... ¡cómo me harta todo eso!...

Simulando no haberme percatado del asombro de Leoncio, que sin duda creía tener que habérselas con un demente, continué imperturbable:

—Mi cambio es absoluto, radical, comenzando por el horario: de mañana, a mi trabajo, de noche a mi casa, y... ¡en santas paces!... Eso en el orden material, que en lo moral me ocurre cosa análoga, ¿no me habrás contagiado un poco de tu optimismo?

Mi amigo reía a carcajadas.

—¡Trabajo... optimismo... mil truenos y relámpagos! ¿tu crees... tú crees (la risa le impedía continuar) que yo puedo ingerir tamañas invenciones?

—Me limito a explicarte el por qué de mi...

Pero Leoncio estaba demasiado lleno de dicha, para parar mientes en el origen de mis accesos de tristeza, a que por otra parte estaba habituado, y cortándome la frase, exclamó:

—¡Ya me explico! tu melancolía habrá comenzado por el bolsillo, estoy seguro que todavía no te han pagado; ahí van cincuenta de la nación para alegrarte; cuando cobres me los devuelves (sin interés) y... como te iba diciendo (compuso el pecho algo perplejo), pues... dentro de algunos días debo hacer mi primera visita a la chica; porque, viejo... debí empezar por decirte que estamos comprometidos.

—¿Comprometido? ¿Con quién?

—Con Martha Riga.

Al oir aquello mi corazón se puso a dar saltos, y en medio del desorden que en mis ideas produjo tal noticia, sólo pude pensar en mis propios anhelos y me dije:

—Este noviazgo me acerca a la señorita de Benoir; en mi carácter de amigo íntimo, tendré que acompañar a Leoncio con frecuencia.

—¡Vería a la soñada Elsa, la hablaría, sentiría nuevamente aquella dulzura desconocida, que desde que apareciera en mi existencia, llenaba mis días!

Mas tuve un momento de duda. Aquello implicaba ponerme en la boca del lobo, abdicar... el peligro era inminente.

Si confiase a Leoncio mis impresiones — me dije; pero lo sabía tan alocado, tan superficial, que tuve la certeza de que sólo le serviría de tema para sus interminables bromas.

—¿Con Martha Riga? — dije aparentando una calma que estaba lejos de sentir; — ¡por fin, querido Leoncio, vas a asentar el juicio! el matrimonio es...

Pero ya fuera porque él no veía el asunto bajo ese aspecto, y se preparaba a continuar de casado sus locuras, o porque no hacía caso a mis juiciosas reflexiones, dejó trunca mi disertación y exclamó con alborozo:

—Sí, viejo; creo que he hallado la horma de mi zapato!... ¡nos entendemos divinamente! ¡Marthita es un encanto!

—Magnífico, dispón de mí — repuse al ver que no tenía escapatoria.

Un vigoroso apretón de manos de mi amigo me produjo un sacudimiento.

El destino colocaba mi pie en la pendiente. ¡Bueno; estaba resuelto!, vería a Elsa, y que suceda lo que Dios quiera, me dije con un suspiro.

IV

Las últimas ediciones de los diarios de ayer, anunciaban el compromiso de Martha Riga con Leoncio Cabral, y con tal motivo, como lo tenía previsto, aquella noche penetré del brazo de mi amigo, a la lujosa mansión de Riga, donde habitaba la señorita de Benoir.

Decir la impresión que me produjo este nuevo encuentro con la dulce Elsa, sería ardua empresa; sólo entonces pude apreciar lo profundo de mis sentimientos.

Traté de componer mi fisonomía ante un espejo del hall, sonreí con naturalidad, y tomando un aire des-

preocupado, me fuí por los salones en busca de la dueña de mis pensamientos.

Pero una sorpresa dolorosa me esperaba, y fué tal mi emoción, que perdí todo aplomo. Allí estaba Elsa, a dos pasos míos, rodeada de una corte de admiradores.

Ni en los momentos de mayor desvarío en que acaricié el recuerdo de su hermosura, pude llegar a figurármela como aparecía a mis ojos en aquel instante.

Un vivo carmín teñía sus mejillas, su boca primorosa era arqueada por una traviesa sonrisa, y en la profundidad de sus ojos pardos, fulguraban las doradas chispas de su ingenio.

Con solo un vistazo comprendí que "flirteaba". Una gran angustia me embargó; estuve a punto de volver sobre mis pasos; ya mi imaginación más veloz que el rayo había llegado al "hall", pedido mi sombrero al sirviente, y ya caminaba por la acera rumbo a mi soledad y a mi tristeza.

—Señor del Castillo, ¿es usted?

La voz de la señorita de Benoir, me sacó de mis pensamientos.

¿Qué si era yo?... No estaba muy seguro de ello; creo que en aquel instante no era el hombre frío e indiferente; podía palpar aquella dualidad que siempre fué mi tormento; no, no era yo, era otro... un enamorado, un celoso...

Con una sonrisa que debió parecer una mueca, avancé hacia ella, y la saludé afectuosamente, pero advertí en los jóvenes que la rodeaban miradas tales, que acabaron de desconcertarme.

Con fino tacto la señorita de Benoir hizo las presentaciones.

Víme precisado a repartir apretones de manos a diestra y siniestra, entre media docena de petimetres que reían y hablaban con aire despreocupado.

Paseé con desconfianza mi mirada por el grupo, y uno de ellos me intrigó sobremanera. Era un buen mozo, alto, bien plantado, de cabello renegrido, ojos claros y tez mate, de palidez extraña.

Si es verdad aquello de que la simpatía se transmuta en ondas que concuerdan o no con las similares emanadas de nuestro espíritu, debieron las mías chocar desde el primer instante con las de aquel caballero.

Todo me disgustaba en él; su mirada provocativa, su gesto de suficiencia, y sus patillas "a lo prócer", que le daban un aire de conquistador irresistible.

—El señor Olaguer, — había dicho Elsa con tono de complacencia, cual si lo contara entre sus amigos, y si mal no recuerdo, no agregó a su nombre ningún grado militar; sin embargo, aferréme a esa creencia y desde entonces le llamé "in menti" el "capitán Patillas".

—Señorita de Benoir — dije temeroso de que aquel en quien adivinaba un rival fuera a adelantárseme — ¿quiere que bailemos?

Ante el asentimiento de la joven, los del grupo se retiraron, y yo, demasiado triste para entregarme al placer de la danza, dije a mi compañera:

—Si usted no tiene empeño en que bailemos, le ruego me conceda un rato de conversación. Desde que tuve la dicha de conocerla, ansiaba este momento.

Un tanto turbada, me miró en silencio.

—¿No gusta usted del baile?

—En determinadas ocasiones.

—Hoy festejamos un gran acontecimiento.

—Es cierto; pero... celebrémoslo nosotros con un momento de charla, que nos hará más amigos.

—¿Va a contarme algo interesante?

—Si me pide tanto, acabaré por arrepentirme de no haber optado por la danza.

Quedéme un momento pensativo, luego dije:

—Además... ¿qué puedo decir que merezca su interés un taciturno, un misántropo como yo?

—¿Misántropo? ¿Taciturno?

Parecía encantada.

—Le advierto que todo lo que es psicología me apasiona.

—Pues hablemos de psicología.

—Me gustan los casos — agregó Elsa — en que yo pueda ver al sujeto debatirse, y triunfar por sus propios medios.

—¿No sería más grato para su corazón de mujer, pura ternura, haber contribuído... ¿cómo diré?, haber colaborado al triunfo de ese sujeto?

Al oir mis palabras, su tono jocoso y ligero cambió, tornándose seria y algo melancólica.

—Desgraciadamente eso es asunto de novela; en la vida real, sólo en raras ocasiones se llega a palpar tales cosas; primero porque somos muy avaros de nuestros sentimientos, y segundo porque se necesitaría una gran percepción, una sutileza extraordinaria, para penetrar en los intrincados laberintos espirituales.

Asombrado de sus palabras repuse:

—Ese es el motivo por el cual yo a nadie dí jamás ni una hilacha de mi yo. Tengo un amigo íntimo, como usted sabe, mi querido Leoncio, con quien he compartido durante años mi accidentada existencia de soltero, pero hay un límite que demarca las fronteras, ¡hasta ahí, ni un paso más! Nuestro mundo interior es inasequible, hasta para los más caros amigos.

Estamos condenados a vivir solos, excepto en el caso de hallar otra alma que nos comprenda, al extremo de llegar a una absoluta comunión espiritual...

—Semejante prodigio sólo puede hacerlo el amor.

—Ciertamente, y por lo mismo que depende del dios vendado, es menos fácil la posesión de tal dicha.

—¿Tan difícil es llegar a amar? — preguntó Elsa con ingenuidad.

—¿Difícil? Depende del grado de complejidad de cada uno.

Miréla. Un vehemente deseo de saber el misterio de su corazón me asaltó y no pude menos que exclamar:

—No quisiera incurrir en una indiscreción, mas hemos prometido, ser tan amigos, que ello disculpa en cierto modo mi curiosidad. ¿Ha amado alguna vez?

Ruborizóse profundamente.

—No, — me repuso con franqueza, y agregó mirándome a los ojos.

—¿Y usted?

Quedé perplejo.

¿Por qué me hacía ella tal pregunta?

¿La guiaba como a mí el deseo de acercarme a su alma, o debía atribuirlo a un mero capricho, a una curiosidad pueril? ¿Acaso en su afición a los asuntos de psicología, indagaba en la obscuridad de mis recuerdos, para agregar uno más a los casos interesantes de que hiciera referencia?

La sola idea de ser para ella una especie de conejo de laboratorio, en que pudiera estudiar a su antojo, me abstuvo de la confidencia, ¡no, aún no! — me dije, — es excepcional, inteligente, pero mi escepticismo parecía gritarme: Espera, cerciórate, ponte en guardia; su belleza ha predispuesto tu ánimo en su favor, y alucinado, crees ver en ella, los dotes más excelsos.

Toda esta avalancha de dudas que tenían la virtud de atormentarme, me asaltó de súbito.

Imaginándome Elsa transportado a los lejanos recuerdos de mis años juveniles, calló cual si no quisiera turbar mi emoción.

Yo, mientras tanto, tuve un arranque, un deseo

vehementísimo de confiarme, de darme, sin restricciones ni cálculos egoístas. La duda con respecto a la sinceridad de aquella criatura, se me antojó una ofensa que yo le infligía.

El destino, sin embargo, había dispuesto las cosas en otra forma.

Cuando la confidencia subía a mis labios e iba a referir a Elsa la historia de mi vida, alguien penetró al saloncito en que nos hallábamos.

Sin mirar reconocí a la persona que despiadadamente, venía a interrupir nuestro coloquio.

Una voz que modulaba frases rebuscadas, encendió mi cólera.

¡El capitán Patillas!

Cerré los ojos como para despedirme de una dulce visión; mas al tornar mis pupilas a Elsa, experimenté gran amargura.

¿Dónde estaba la emoción que la agitara hacía un momento? ¿dónde la luz sedante de su mirar dulcísimo?

Impotente para retenerla ante los argumentos de Olaguer, me puse de pie, y ella hizo lo propio.

Embargado por la ira, le miré con aire de reto, pero él no pareció darse por entendido.

Contrariado, me despedí de la señorita de Benoir, quien me detuvo breves momentos.

—No olvide — me dijo — que me debe una confidencia.

Aquellas frases a "sotto voce", halagaron mi amor propio y tuve la pretensión de creer que no le era indiferente.

—Muy pronto — prometí, y de nuevo feliz, me alejé simulando no advertir el enojo que acentuaba la palidez del rostro de mi rival.

V

Si no fuera por este cuaderno confidente, acabaría por ahogarme.

Como una fantástica marea, siento que sube incesantemente en mi corazón esta pasión que me devora, esta dicha, esta angustia, que a veces acabo por convencerme que es una gran alegría.

El pensamiento de que Elsa llegue a corresponder a mi amor, basta para que huyan mis antiguas tristezas, mi escepticismo, mis negras ideas.

Mis días transcurren lentos, abrumadores; cumplo con mis tareas como un autómata... con el alma ausente; mis noches son agitadas, febriles, y si concilio el sueño, me atormentan extrañas visiones.

Parece que en ese mundo de sombras, me acechan los malos pensamientos.

Mas, en medio de tales angustias, late en mí una sensación misteriosa que compensa mis desvelos, y es... ¡cosa increible! que he rejuvenecido.

Frente a un espejo, a la luz cruda del día, puedo apreciar, sin embargo, las huellas del pasado; algunas canas brillan entre el ébano de mi pelo, mientras un no sé qué de infinito, se hunde en mi mirada.

¿Qué importa eso, si tengo el alma llena de sol?

VI

Hoy fuí a ver a Leoncio, temeroso de que extrañado de mi actitud, tratara de indagar las causas de mi retraimiento.

Encontrélo agitado, confuso, con una severidad en el rostro para mí desconocida.

Trató en un principio de engañar mi penetración, hasta que por fin me confesó su desventura.

Había tenido un disgusto con su novia, a quien llamaba ¡caprichosa, mal criada, coqueta!

Se paseaba a grandes pasos mesándose los cabellos en actitud tragicómica.

Tuve que recurrir a mis frases más persuasivas para calmarlo; como en el fondo deseaba ser consolado, aceptó mi mediación; esa noche iríamos ambos a lo de Riga, y yo pondría fin a esa querella de enamorados.

VII

Anoche he visto a Elsa, y hemos hablado largamente.

Nunca concebí el hogar de Riga abierto a las relaciones mundanas y siempre alegrado por un bullicio de fiesta, bajo el aspecto de dulce intimidad con que nos acogió anoche.

El gran ''hall'' aparecía iluminado apenas por una lámpara chinesca de pie, que colocada en un ángulo, lo envolvía todo en azulada penumbra.

Un sirviente nos condujo a una sala pequeña de la derecha, donde se encontraba la señora de Riga y su hija Martha, quienes nos hicieron un afectuoso recibimiento.

Demás está decir que los enamorados hallaron pronto pretexto para hacer un aparte, y a juzgar por la expresión de ambos, comprendí al poco rato que mi mediación era ya innecesaria... el amor, dios de la elocuencia y fuente inagotable de perdón, había triunfado en aquellos corazones juveniles.

La señora de Riga trataba de sostener la conversación, pero su charla insulsa no lograba interesarme.

Comprendiendo que mi aire distraído, podía despertar sospechas de mi verdadero estado de ánimo, traté de reaccionar y la atendí pacientemente.

Así transcurrió un rato, al cabo del cual, comencé a no ser dueño de mis nervios: la llegada de Elsa me sacó de esa tortura; una gran emoción me embargó, y hasta creo que palidecí intensamente.

Su voz musical me devolvió la calma.

—¡Qué bella estaba con la sonrisa en los labios, y su expresión ingènua y tierna!

La señora de Riga tomó de una mesita su labor interrumpida a nuestra llegada; y rogándome la disculpara, fué a sentarse al lado de la estufa donde ardía un buen fuego.

Nos miramos en silencio.

Elsa debió leer en mí, la inquietud que me embargaba, pues bajó sus ojos ruborosa.

Simulando interesarme por un álbum de láminas antiguas, nos instalamos en un sofá; un tanto confusos miramos a la señora de Riga, y al verla imbuída en su tejido, dije a Elsa con malicia:

—Supongo que ahora podremos charlar sin que nadie nos interrumpa...

Comprendió que hacía referencia a la intromisión de Olaguer.

—No está, felizmente, el "capitán Patillas" —agregué.

Una carcajada premió mi agudeza.

—¿Patillas? Es usted muy chistoso.

—No tanto como una señorita coqueta que yo me sé, la otra noche...

—¿Por qué deseaba bailar

—Hubiera sido franca; yo la retuve con un egoísmo imperdonable.

—No, no; todo se puede hacer, un rato de "shimmy" y un rato de charla.

—Ahora no hay "shimmy".

—Conversaremos.

—Usted me debe una confidencia. He pensado mu-

cho en lo que me dijo la última vez que nos vimos, le aseguro que estoy intrigadísima.

—Si usted se empeña... pero debo confesarle — dije con tono jocoso — que en este instante me siento calculista, interesado, y pido reciprocidad.

Una sombra obscureció su rostro.

—Yo sólo puedo contarle tristezas, y tengo entendido que usted tiene bastante con las propias.

—Haremos un cambio; eso nos aliviará.

Quedamos abstraídos. Elsa fué la primera en hablar.

—¿La vida ha sido cruel para usted? ¿Dónde reside el mal?

—¡Ay de mí! Usted no querrá creerme... el mal reside en mí mismo.

—No comprendo.

—Me lo figuraba, es algo muy extraño lo que en mí ocurre.

Suspiré con alivio; aquella joven que tenía a mi lado pendiente de mis labios, no era la Elsa de otrora, coqueta, mujer como ninguna... ¡no, era una dulcísima amiga que pedía ser admitida en mi santuario!

Se lo diré todo, — pensé alejado de mis vacilaciones, — eso nos unirá, nos atraerá el uno hacia el otro. Hundí mi codo entre el raso de un almohadón de plumas, y exclamé con voz velada por la emoción:

—Elsa, mi confidencia es una historia de amor y de pena...

Inclinó la cabeza como quien se apresta a escuchar. Yo continué:

—Hace de esto muchos años, recién traspasaba los dinteles de mi niñez, ¡mi primera juventud!

Mi alma, como el hilo de agua cristalina que se despeña de la montaña, iba dejando sus burbujas de ensueño en el camino; tenía veinte años, tempera-

mento ardiente, sangre moza en las venas, que afluía a mi corazón en raudales de fé y optimismo.

Mi familia habitaba por aquel entonces en la calle Viamonte, en una casa que hiciera construir mi padre años atrás, después de su emigración de Montevideo, donde había dejado lo mejor de sus actividades, en las luchas entre blancos y colorados.

Pared por medio de nuestro hogar, vivían unos parientes, un matrimonio de ancianos, tíos de mi madre, con una nieta que alegraba sus días y los rodeaba de mimos, la inolvidable María Esther.

Decir porqué entretejió el destino nuestras quimeras y nació aquel amor, sería tan osado como pretender indagar, porqué cuajan las flores de los almendros, o porqué visten de seda los rosales en la estación estival...

María Esther me amó con toda la ingenua confianza de su alma sencilla; era de esas mujeres en que prima el buen criterio. Nada de sueños ni de inquietudes morbosas. Me había dado su amor, y jamás hubiera dudado de mi palabra; su fé era su vida, era la savia que la vivificaba, la luz que aureolaba su existencia.

Yo veía en ella el compendio de todas las perfecciones, juventud, belleza, bondad, y ávido de dicha, sediento de cariño, sólo pensé en hacerla mi esposa.

Sabedor mi padre de aquellos amores, salió de sus preocupaciones políticas, para ocuparse con más eficacia de mi porvenir.

Yo había dejado mis estudios al terminar mi bachillerato, y viendo el autor de mis días que no demostraba inclinación por ninguna carrera, me aconsejó aceptara la propuesta de un rico hacendado amigo suyo, y me fuera al campo a labrarme una posición.

El espejismo de un mañana próspero e independiente, que me permitiera realizar mi matrimonio,

me hizo dejar de lado, toda mira egoísta, y sabedor de los sacrificios morales y materiales que ello me implicaría, me propuse afrontarlos en aras de mi amor.

Un tiempo después, mi padre pedía la mano de María Esther, y nuestro compromiso mereció el beneplácito de ambas familias.

Con aquel estado de cosas éramos felices. Sin embargo, mi próxima partida, proyectaba una sombra en nuestro cielo, mi amada aferrábase a mi presencia, como si la asaltaran tristes presentimientos.

—¿Por qué temes? — le decía lleno de fé, — nos amamos y nadie puede impedir nuestra dicha.

—Cierto... cierto, — me respondía pensativa, cual si tratara de convencerse con mis palabras.

Al volver ahora al pasado y recordar los diálogos de mi pobre romance juvenil, mi corazón se contrae en una convulsión dolorosa.

¡Ingenuo! aseguraba que nadie podría impedir nuestra dicha, sin comprender que el peor enemigo estaba en mí mismo.

Mas hasta entonces no había despertado en mí esa espantosa dualidad, ese caos, esa nada en que caí más tarde...

Callé para coordinar mis ideas al advertir que me apartaba de la narración.

—María Esther lloró sobre mi pecho con un abandono que conmovió las fibras de mi alma — continué, — mas en mi ánimo había al alejarme una extraña mezcla de dolor y de dicha, al palpar lo profundo del cariño de aquella criatura.

Vinieron luego para mí los largos meses de soledad, en que pasé mil penurias; el establecimiento se hallaba recién en formación; con la primer luz de la aurora estaba a caballo, y se trabajaba hasta mediodía; a esa hora hacíamos una tregua para almorzar en pleno monte.

Al caer la tarde, de regreso a la estancia, y libre de mis obligaciones, podía dejar volar mi fantasía y soñar con mi amada.

Sus cartas me llegaban como una ráfaga del mundo; en todas ellas había un dulcísimo reclamo... "¿cuándo vuelves?, te espero ansiosa"...

El primer año visité dos veces a mi novia; en los siguientes hallé manera de hacerlo con más frecuencia.

Mi conducta ejemplar, y mi tesón para el trabajo decidieron de mi suerte; yo era el brazo derecho del dueño de la estancia, quien me propuso la administración del establecimiento, durante una larga estada que proyectaba en Europa.

¡Aquello colmó mis anhelos! Acepté gustoso, y partí a Buenos Aires a dar a mis padres y a mi novia la grata nueva.

Fué entonces... ¡ay! ¿qué pasó en mí?

Mi arribo fué un júbilo para María Esther; a toda hora buscábamos pretextos para reunirnos: cuando no iba yo a su casa, era ella la que, amiga íntima de mis hermanas, venía a la mía; nuestro noviazgo llevaba cuatro años, y mi padre considerábala como a otra de sus hijas.

Con motivo de mi inesperado ascenso, se precipitaron los acontecimientos, y la víspera de mi partida, fijamos para fin de año, la fecha de nuestro enlace.

Como nunca le costó aquella vez a María Esther la separación. Su solicitud de mujer enamorada, parecía querer rodearme en la ausencia de todo lo que me hablara de ella, y con sus amantes manos puso en mi maleta de viaje, ya una novela predilecta, ya un libro de versos con sus anotaciones al margen.

—Léelos — me decía — y piensa en mí.

A mi regreso, la soledad me resultó espantosa. Los

primeros días estuve cien veces tentado de abandonarlo todo y volver a Buenos Aires.

Un resto de buen criterio me retenía aún en la estancia; pero experimentaba la más extraña de las sensaciones.

El trabajo, que meses atrás realizara con empeño, me era una carga odiosa, mis ideas de juicio y de cordura se me antojaban teorías petulantes, y un desgano enfermizo paralizaba mis facultades.

Mientras tanto la angustia subía del fondo de mi alma como un vaho de misterio.

¿Qué era aquello? ¿Qué pasaba en mí?

Pero lo que más me sorprendió fué lo que sentí al recibir las habituales cartas de mi novia; con una frialdad desconocida recorrí sus ardientes líneas... ¡qué absurdas me parecían! ¡amor... amor!... ¡qué ruído hueco de mentira humana, repiqueteaba en esa frase!

Aterrado de mí mismo, temía con aquel estado de ánimo llegar a la locura; durante mis interminables noches de desvelo, trataba de poner en claro mis ideas, y coordinar mis emociones.

En la quietud del campo, alejado de todo ruido mundanal, metí el escalpelo alma adentro y asustado quise huir de mí mismo, aturdirme, olvidar...

¡Imposible!, las cartas de María Esther renovaban mis sufrimientos, llegando a experimentar crisis horribles, durante las cuales daba vueltas impotente en un círculo de hierro.

¿La amaba? ¿no la amaba? ¿era yo un villano capaz de defraudar el tesoro de su fé? sin embargo, ¿cómo engañarme... y engañarla? ¿cómo llegar al matrimonio, en tal estado de ánimo? Pero si era mi novia, mi prometida, ¿por qué tales dudas, por qué tan absurdas vacilaciones, por qué esas tardías preguntas?

¿No la amé acaso, con todo el fuego, con toda la

pasión de mis veinte años? ¿No cifré en su amor mi ventura, no me sacrifiqué por ella, no era el objeto de mis anhelos y aspiraciones? ¿Por qué, entonces, aquella sensación de vacío, aquel desgarramiento interior, por cuya herida escapaba hasta la última gota de mi optimismo?

Aquello venía a plantear en mi espíritu un grave problema. Al defraudarme a mí mismo anatematizaba con encono a toda la humanidad.

Si yo, que era puro de alma, que era incapaz de hacer verter una lágrima, del día a la noche me convertía en un perjuro, ¿qué podía esperar del mundo, donde sólo prima el egoísmo, donde los intereses más viles manejan a su antojo las conciencias?

¡Horror, era el caos!

¿A quién recurrir? Entre la gente que me rodeaba, no había una persona capaz de comprenderme. Con mi segundo, un inglés flemático, guardábamos las distancias, ¿podía yo confiarle mis cuitas?

Reconcentrado en mi mundo interior, quedé a la espera de los acontecimientos; confiaba en mi lealtad, en mi orgullo. Acaso todo fuera un simple desvanecimiento, una falla de mi carácter, ¡somos tan poca cosa en el fondo, y nos cubrimos con tan soberbias galas!

Pasé así muchos días de lucha. La soledad del monte me atraía. En esa quietud agreste, nada podía turbar mis cavilaciones; ya de noche regresaba pálido, con el ceño más adusto, con más dolor en la mirada...

Generalmente al entrar a mi cuarto hallaba sobre mi mesa de trabajo la correspondencia.

¡Con qué gesto de horror reconocía la letrita menuda de María Esther!

Sólo un momento de duda, luego un sollozo.

Rasgaba el sobre; tal vez aún consiguiera avivar ese fuego que irremediablemente se extinguía en mí.

La realidad con su zarpa brutal, me impidió dudar. ¡Estaba destruído mi frágil esquife de ilusión!

Seguro ya de la índole de mis sentimientos, se alzó en mi ser una pregunta de contornos casi trágicos; toda aquella trama de impresiones, aquel flujo y reflujo de amarguras, aquel fracaso sentimental, no podía ocultarlo a la sutileza de María Esther.

Como un resto de lealtad entre mi falsía, como un fulgor piadoso entre las sombras de mi maldad, comprendí que debía confesárselo todo a ella, y depositar en su corazón amante y noble, la carga de mi miseria.

Ella vería mis lágrimas, vería que yo hubiera muerto antes que engañarla, vería que yo no era el culpable de aquella tragedia moral.

—¡No, no era yo! era aquel escéptico que acababa de despertar en mí.

Mas ¿cómo decírselo? ¿qué palabras emplear para que el golpe no fuera demasiado brutal? ¿debía prepararla antes con una actitud estudiada, para que por sí sola fuera absorbiendo la amargura hasta comprender?

¡No; eso era cobarde! Lo leal era hablar claro; mi conciencia me lo decía sin ambajes; pero sabedor del daño que iba a causar, retrocedía ante aquel deber de caballerosidad.

Durante los días subsiguientes dí vuelta en mi cabeza las cartas más descabelladas, que destruía al leerlas, hallando todo eso soso, incoloro, una serie de absurdos enhebrados en un estilo de demente que no coordina, que no es dueño de sus ideas, y deja correr la pluma con la misma pasividad con que siente ya extenuado caer de sus ojos el raudal de su llanto.

Imposible me sería reconstruir con precisión en mi memoria el texto de la carta definitiva, del mensaje fatal.

Eran pocas palabras. Anestesiado por el dolor, acabé por no ver el mal que causaba, y en un grito de egoísmo le decía:

"No te amo, ni puedo amarte, y hasta creo que no te he amado nunca"...

Al llegar aquí de mi narración, miré a Elsa, y una emoción profunda me embargó.

Sus ojos, agrandados por el asombro, estaban llenos de lágrimas, y su boca se contraía en un gesto doloroso.

Me contempló como quien despierta.

—¡Cuánto ha sufrido usted! — me dijo — yo no seré ingrata a su confianza.

Quedamos en silencio, y una gran comunión espiritual pareció fundir nuestras almas, en una sola.

—Elsa, — exclamé, — mi historia la ha conmovido, perdóneme haberle causado una pena.

—No — me repuso, — le soy deudora de una saludable emoción.

Calló y enjugó sus lágrimas.

El reloj del "hall" dió las once. Un sirviente trajo al salón una mesita portátil con un servicio de té.

Elsa se levantó con presteza, y yo me quedó observando la gracia natural de sus modales, mientras servía en las tazas de China la humeante bebida.

Vuelta a mi lado, dijo:

—Continúe, por favor... quedamos en la parte de mayor interés, y no me conformaría con ignorar el desenlace.

—¿El desenlace, no lo adivina usted?

Bajó la frente cavilosa, y yo de nuevo, dueño del hilo de mis recuerdos continué:

—El golpe fué certero, fatal, y si hubiera quedado en mí un resto, una chispa del pasado amor, estoy seguro que habría revivido, ante la grandeza e integridad de carácter que supo ella demostrar en esos momentos de prueba.

Ante el derrumbe de su fé se irguió contra toda mira de egoísmo, y sublime en su dolor, abnegada, valiente, con el corazón demasiado lleno de ternura para odiarme, sólo pensó que yo sufría y volvióse a mí como una dulce y tierna hermana.

Su respuesta era un poema de bondad y de perdón.

—"Tu carta no me ha tomado de sorpresa" — decía — "en tu último viaje, a pesar de tus protestas de cariño, comprendí con una clarovidencia aterradora, que habías dejado de amarme".

Ni un reproche, ni una queja, ni una palabra que pudiera herirme.

Al palpar aquella superioridad moral, me odié a mí mismo, y odié a la humanidad entera.

¡Mentido amor, mentida fé, mentida felicidad!

Desde entonces fuí un misántropo, un descreído, y ¿por qué no decirlo?, fuí un libertino. ¿No le había pedido mi parte al espíritu y me lo negó inexorable? ¿no se agotó el vaso donde quise saciar mi sed?

Sólo un camino me quedaba, y era lo material, lo deleznable...

Sin objeto ya de sacrificar en el campo mi juventud, lo abandoné todo, y regresé a Buenos Aires, decidido a ahogar mi dolor, en la vida disipada de la gran ciudad...

Mas, aquello como lo otro, era una quimera. El vivir sólo me dejó un dolor hecho de escepticismo y de odio, metido en el alma y en la carne.

Fué por aquel entonces que ocurrió la muerte de mi padre, y en tal ocasión pude apreciar el grado de insensibilidad a que había llegado.

Era la paz de los muertos, pletórico de vida!

Impasible asistí a su agonía, sin conseguir derramar ni una lágrima; ví cómo se doblegaba aquel fuerte tronco, que afrontara tantas tempestades.

Y continué mi existencia, indiferente a todo; com-

prendí que era un fracasado, un ser inútil a la sociedad.

Aquello me hundió en mis malos pensamientos y acabó por sepultarme en lo que dí en llamar "la soledad de mi torre".

—¡La soledad de su torre! — exclamó Elsa. — En vez de dejar penetrar la luz en ella, usted cerró sus puertas y su lobreguez se pobló de buhos...

—¿De buhos? — pregunté a mi vez impresionado por el realismo de aquella imagen.

—¿No siente cómo aletean en ella sus malas pasiones? Anidaron allí centenares de buhos que envuelven su vida en una sombra luctuosa.

Guardó silencio breves instantes, luego continuó:

—¿Mas por qué desanimarse y desmayar? muéstrese fuerte...

Y agregó como un hálito:

—¡Y yo le ayudaré a triunfar!

VIII

Anoche, de regreso de lo de Riga, me fué imposible conciliar el sueño, ¡sentía pequeño mi corazón para contener tantas emociones!

El pasado con sus amarguras, y el presente con toda esta alegría insensata que me hace amar la vida, amar lo que odié otrora, me producía una turbación extraña.

¡Oh, dulce Elsa! tú curarás con tu mano hecha de seda y de ternura las heridas de mi alma; tú ahuyentarás mis negros pensamientos; mis pasiones.

¡Elsa, tú me has prometido ahuyentar los buhos de mi torre!

IX

Veinte días habían transcurrido sin ver a la señorita de Benoir, y esto llegó a producir un verdadero cataclismo en mi sistema nervioso.

Mi pensamiento estaba a toda hora a su lado, y mi corazón reclamaba imperioso la dicha de verla, de sentirla...

Por Leoncio supe que la familia de Riga abonada a la Opera, concurría al segundo turno.

El deseo vehemente de ver a Elsa, me decidió aquella noche a salir de mi retraímiento.

Llegué al teatro al final del primer acto de "Manon"; en la penumbra de la sala tomé asiento en mi butaca, y escuché transportado la delicada música de Massenet.

En el entreacto, al pasar revista a la concurrencia con mis gemelos, experimenté un placer inefable. A la derecha, en un palco bajo, estaba la señorita de Benoir; de un lado una amiga a quien no conocía, de otro la señora de Riga, y en la penumbra del fondo Martha y Leoncio.

Satisfecho de la ubicación de mi butaca, que me permitía observar sin probabilidades de ser visto, me prometí ir en el próximo entreacto a presentarles mis respetos; pero, como siempre, lo imprevisto me sorprendió en forma desagradable.

Hallábame absorto, cuando advertí que la puerta del palco se abría, y un joven elegante penetraba en él.

Dí un salto, ¡acababa de reconocer a Olaguer!

La señora de Riga le cedió su asiento al lado de su sobrina; él, aparentando no advertir la maniobra, lo ceptó con naturalidad, e inició con Elsa una animada conversación.

Toda mi alegría, toda mi animación huyó como por encanto.

¡Cómo se contraía mi corazón mientras ella le miraba con la sonrisa en los labios!

Me hundí en mi butaca y medité.

¿Qué hacer? ¿merecía mi sufrimiento aquella coqueta, merecía el culto que le profesaba, esa mundana frívola, para quien el "flirt" era un pasatiempo?

¡Oh ingenuo, cuán confiado creí en los momentos que más profundamente dudaba!

La personalidad de Elsa se me antojó envuelta en una sombra de falsía y engaño.

¿Dónde estaba la mujer tierna y sincera que lloró conmigo al referirle mi historia?

Imaginé a mi rival murmurando al oído de Elsa frases apasionadas.

Ardió en mis ojos un relámpago.

El ségundo acto comenzaba.

No pude soportar por más tiempo mi tortura, y salí del teatro ahogado por la ira.

X

Desandé el largo camino; llegué de nuevo a mi tristeza, y estrujé mi corazón rebelde.

—¿Por qué sufres? — le dije.

Es absurdo; no comprendo tu loco desvarío, ¿el frío de mi odio, la dureza de mi egoísmo, no cristalizó tu esencia?

Sollozó en silencio, y nada me repuso.

XI

Esto es un constante morir y renacer... morir a mi dolor, renacer a mi alegría...

Anoche me llevó Leoncio poco menos que a la fuerza a casa de su novia.

Inventé mil excusas para librarme de la angustia de ver a Elsa; pero mi amigo no entiende de razones y tuve que resignarme.

Demás está decir que mis buhos no entraron jamás a la mansión de Riga. Cuando piso el umbral, siento que se alejan medrosos, asustados; es en la soledad, es lejos de Elsa, cuando me asedian.

Con una tristeza infinita me recibió aquella noche, ¿qué pasaba en ella? ¿era un mudo reproche a mi alejamiento, o era que había olvidado nuestro pacto?

Pocas palabras pudimos hablar. Varias amigas se hallaban de visita, y un aparte hubiera sido ostensible.

Debió sin embargo notar mi palidez delatora del sufrimiento de aquellos días, pues al despedirme me dijo con severidad.

—Usted ha dudado de mi amistad.

¿Cómo ocultar a su sutileza mi miseria?

Incliné la cabeza sin responderle.

XII

Al salir de mi empleo me encontré con Leoncio, quien al verme lanzó una exclamación de alegría.

—¡Qué buena suerte, viejo! Si no tienes inconveniente vamos a casa a charlar un rato, — y agregó con cierto tono de reproche — como en nuestros buenos tiempos...

Habíase apoderado de mi brazo, y me miraba con una expresión maliciosa que acabó por intrigarme.

¡Como en nuestros buenos tiempos! ¿Qué me quería decir Leoncio con esto? ¿era que iba a contarme alguna nueva reyerta con su caprichosa Martha; o

quería confiarme algún caso de complejidad espiritual?

Rechacé esto último. Mi amigo era un ser perfectamente normal, sin complicaciones de ningún orden... eso quedaba para los temperamentos morbosos como el mío — me dije con angustia.

Más triste que de costumbre me dejé llevar; llegados a su casa, un departamento de soltero, me acurruqué en una butaca; deseoso de que Leoncio, olvidado de mi presencia, me dejara reconcentrarme en mí mismo y reflexionar; pero contra aquellas previsiones se sentó a mi lado, y me observó pensativo.

—¿Sabes, querido amigo, — dijo — que he hecho un descubrimiento?

—¿Científico?

—Metafísico.

—¿Sí, eh? ¿te has metido a sabio? Yo creía que el amor no dejaba tiempo para investigaciones.

—Según la índole; hoy me creo bastante versado en psicología a fuerza de sentir y de observar.

—¡Acabáramos... psicología femenina!

—Desde luego; ella creyó, guardar su secreto, pero su melancolía la traicionó.

—¿Qué dices? te ruego hables claro, que no entiendo de sutilezas.

—¡Ah, já, já, já!... ese es el motivo por el cual no te entiendes a ti mismo.

—¡Que si me entiendo! ¡vaya, tendría que ver... cuando con sólo oir graznar mis buhos, comprendo que nada puedo esperar de la vida!

—Romanticismo enfermizo de tu parte, y amor fulminante de parte de ella.

Aquello sonó en mi alma como una campana de alarma.

—¿Ella?... (tomélo del brazo con un vigor extraordinario). ¿Quién es ella? ¡habla, por piedad!

—Vamos, viejo, te burlas de mí... ella es Elsa Benoir, a quien amas sin saberlo, como un botarate — dijo Leoncio, riendo a carcajadas.

— Sin saberlo? — grité en un arranque de sinceridad, cansado de ocultar con argucias mi vehemente amor. — ¿Cómo?, si yo estoy seguro de amarla, como no amó en el mundo mortal alguno; y decidido, si ella me corresponde, a hacerla mi esposa.

Un fuerte abrazo fué la respuerta de Leoncio, quien me palmeaba con júbilo.

—También tú, viejo... también tú serás feliz — exclamaba emocionado.

XIII

¡Cinco días vacíos, incoloros, un corazón que late apresurado, un cerebro que trabaja cual una máquina de complicado engranaje, en cuyas poleas y turbinas se enredan las ideas, en flujo y reflujo de emociones!

¡Un pretérito que se esfuma, un mañana que es un sueño de ventura!

XIV

Desde mi confesión a Leoncio, vivo bajo un raro hechizo.

Como antaño, he mirado alma adentro.

¡Elsa, mujer inefable, tú me has salvado; tu amor ha sido el ancla de mi nave; tu amor, la tibia ráfaga de primavera, el rayo de sol que ahuyentó los buhos de mi torre!

XV

Todo ha ocurrido como en un sueño.

Incapaz de callar por más tiempo mi ventura, fuí a Elsa y le confesé mi amor.

La señora de Riga advertida por Leoncio, preparó la entrevista con complacencia.

Aquello fué breve... era el epílogo de mi último romance; era...

Debo ser valiente y narrar hasta el fin.

Elsa vino a mí temblorosa, estremecida; parecía una débil hoja agitada por el viento.

En silencio escuchó mis ardientes palabras, más era notorio que su alma libraba en ese instante una gran batalla.

Cuando enmudecí ansioso de su respuesta; exclamó con un acento extraño, que repercutió dolorosamente en mi corazón.

—Amigo mío: Eso es un sueño, una quimera. Mi deseo de salvarlo de usted mismo, hizo que no le previniera el peligro.

Su alma rediviva reclama su parte de ternura... ¡perdóneme! ¡Usted ve; estoy llorando por el mal que involuntariamente le causo!...

Mi natural egoísmo me puso desde un principio en guardia, contra la seducción de su tristeza, contra la seducción de su historia, que da a su vida contornos novelescos.

Yo soy joven, idealista, romántica, le hubiera amado; pero sus buhos me hicieron ver el peligro.

¿No amó otrora con idéntica fe, con idéntico fuego, con idéntica vehemencia? ¿cómo exponerme a morir de dolor? Usted, como a su novia de antaño, hubiera dejado de amarme; lo siento... no me queda lugar a duda.

¡Olvide y tenga valor!...

XVI

¡Señor, señor, piedad para este algo mío que acaba de morir!

Sueños de ventura, pompas de jabón; vida, a ti te

inculpo, ¿qué has hecho de mi amor? ¿dónde arrojaste mi ilusión?

Egoísmo, falsía, cálculos mezquinos, falta de fé, he ahí el fondo de las conciencias humanas.

XVII

Mi torre ha quedado en tinieblas. Ha huído mi débil rayo de sol; estoy yerto de frío.

Un revoloteo infernal me saca de mi abstracción.

¿Quién se atreve a penetrar de nuevo en mi tristeza?

¡Ah, viejos moradores de mi solar abandonado!

Lleno de espanto os reconozco. Primero es uno, después diez, luego mil... veo vuestros ojos fantasmagóricos y absurdos; no puedo dudar, Elsa fué profeta...

Tornan en remolino, cual si quisieran tomar por asalto las posiciones perdidas.

¡Son mis ideas de odio, de escepticismo, de suicidio, son los buhos de mi torre!

.. ..
.. ..

FIN.

INDICE



